



Luis María de Moxó y de López

Entretencimientos de un prisionero en las provincias del Río de la Plata

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Luis María de Moxó y de López

Entretencimientos de un prisionero en las provincias del Río de la Plata

Prólogo

Presento al público estos ensayos literarios, que me sirvieron de útil entretenimiento poco tiempo ha, cuando estuve confinado en varios puntos de las Provincias del caudaloso río de la Plata. Testigo entonces de la desastrosa guerra, que sufren todavía aquellos países, mi espíritu y mi corazón padecían intensamente; y solo esta ocupación me proporcionaba algunos intervalos de distracción y contento: en cuyos momentos de libertad perdida, cual otro Ateniese me consideraba menos desgraciado, cuando aun me quedaba franca la entrada al Templo de las Musas. Tan cierto es, como dice Cicerón, que las letras son un consuelo en la adversidad; y ya sea en la próspera, ó ya en la contraria fortuna forman siempre la felicidad de la vida.

¿Y como podía dejar de tener fatigado de continuo el pensamiento y despedazado el corazón con deseos insaciables de duelo y de lágrimas, viendo arder al rededor de mí la pavorosa y tremenda hoguera de la guerra intestina y civil en la que los dos partidos, ambos igualmente queridos de mi corazón, semejantes á los dos hermanos enemigos de la Tebaida de Racine se traspasaban mutuamente el pecho con las espadas? al ver bullir los campos y los despoblados en impías y crueles parcialidades? los que pertenecían á una misma familia: los que profesaban un mismo culto: los que hablaban un mismo idioma darse mutuamente nombres odiosos? armarse el padre contra el hijo: el hijo embestir al padre: el hermano derribar al hermano: el amigo acechar al amigo, y hasta la jóven esposa, desdeñándose de tener sujeto el cuello á un yugo, que antes de la revolución le pareció muy suave, preparar en secreta el veneno contra su jóven marido?

Tal era entónces, y tal es todavía el estado tan doloroso como triste de aquellas, en otro tiempo, deliciosísimas riberas. Vivirá eternamente esta ominosa guerra en la historia de las desgracias de los pueblos, con mas razón que las facciones azul y verde del imperio de Justiniano: los Guelphas y los Givelinos de Italia: los Wighs y los Toris de Inglaterra, y las facciones de Guise y Montmorenci de Francia.

Pero volviendo á mi propósito, podrá parecer á alguno de los lectores, que para asunto de estas disertaciones debía yo haber elegido otras materias análogas á las circunstancias

del tiempo y lugar en que se escribieron; mas, detenido allí en clase de prisionero, no tenia la libertad necesaria para tratar de aquellos sucesos como convenia: ni habria logrado así el fin con que emprendí estas tareas, para facilitar alguna tregua á mis penas; antes bien las habria dado mayor intension y fuerza; porque diré ¿que himnos compondriamos, ó que poemas cantaríamos que no estuviesen llenos de lastimeras memorias, y que á cada cláusula no respirasen en profundísimos ayes y tristísimas endechas el llanto y la compasion?

Me era pues forzoso ocuparme de otros asuntos; y así me dediqué principalmente á dar una idea mas puntual y espresiva del carácter é índole de aquellos indios, cual no se ha tenido hasta ahora; y esta fué casi mi única intencion; pero como el genio de todos los pueblos salvages es tan parecido: como las naciones paganas tienen entre sí tantos puntos de contacto, y tanta semejanza sus ritos y costumbres: al hablar de los indios de Méjico y del Perú he podido hablar tambien, no solo de los sencillos, amables y virtuosos otaitinos, sino de los bárbaros, crueles y desnaturalizados zelandeses y otras naciones antropófagas; y la idolatría de aquellos indios me ha dado ocasion igualmente de recordar circunstancias memorables de los antiguos griegos y romanos. No he descuidado tampoco conforme me ha venido mas á mano, el vindicar á nuestra España de las infinitas injurias y maliciosas sátiras con que muchos escritores estrangeros han intentado envilecerla, tales como Montesquieu y Rainal, Paw y Marmontel.

En cuanto al estilo he puesto diligencia y cuidado en darle toda la claridad posible en razon de que no se habla para otra cosa que para darse á entender sin dificultad. He procurado pues que fuese fácil y dulcemente fluido, sin usar de frases simétricas y relimadas, con las cuales, y á fuerza de preceptos, como dice el erudito D. Nicolas de Azara, solo se logra echar grillos á las lenguas, que con la prudente libertad y el ejercicio se enriquecen, se pulen, se suavizan y se hacen mas armoniosas, y mas manejables para tratar cualquier asunto.

No por ostentar erudicion he añadido muchas y á veces largas notas, que algunos tendrán por supérfluas ó menos necesarias. Sé muy bien, que en todas las cosas lo accesorio debe servir á lo principal, y que lo ocioso es fealdad en vez de hermosura; pero el mismo objeto y fin con que escribia, tal cual le manifiesta el título de la obra, me daba bastante licencia para distraerme á veces en algun punto de que se hiciera mencion casualmente, y para espaciarme en él cuanto quisiese, y aun mas de lo que era menester y convenia.

Finalmente he disertado sobre cosas y materias que no son aun bien conocidas, y merecen serlo: acordándome que el modelo de la verdadera gloria segun la espresion de Plinio consiste no solo en hacer cosas dignas de escribirse, sino tambien en escribir cosas dignas de leerse. Y aun que otros lo hayan practicado antes que yo con pluma bien cortada y muy feliz suceso, he dicho sin embargo con Corregio: Ed io anche son pittore.

Disertacion sobre el suicidio

No vemos nunca en las historias (escribe un célebre Filósofo del siglo prócsimo pasado) que los romanos se matasen sin motivo; pero los ingleses se matan sin que se pueda imaginar alguna razon que á ello les determine: se matan en el seno mismo de la felicidad. Este acto era entre los romanos efecto de la educacion; entre los ingleses lo es de una enfermedad; participa del estado físico, de la máquina, y es independiente de toda otra causa.

«Hay apariencias de que dicha enfermedad es un defecto de filtracion del jugo nérvico. La máquina, cuyas fuerzas motrices se hallan á cada momento sin accion, decae de su energía: en tal estado el alma sin sentir ningun dolor encuentra cierta dificultad en su ecsistencia. Y como el dolor es un mal local que nos lleva al deseo de verle cesar, asi el peso de la vida abrazando toda nuestra ecsistencia y no dejándose sentir en ningun lugar particular nos mueve al deseo de poner término á esta misma vida.

»Es claro que las leyes civiles de algunos paises han tenido razon para deshorrar al suicida; pero en Inglaterra no hay mas motivo para infamarle que para castigar los efectos de la demencia.»

Me parece, que Montesquieu da aqui muy lejos del blanco de la verdad. (a) No puedo resolverme á creer, que la accion con que un hombre se quita violentamente la vida: accion tenida por tan infame en todos los paises civilizados, en Inglaterra sea solo efecto de una enfermedad ó del estado físico de la maquina del cuerpo. Entre las naciones modernas no se hallará quizá ninguna, en la que haya habido tantos suicidios. Asentar, pues, como mácsima incontestable, que en aquella populosa isla, el mencionado crimen no depende de ninguna causa moral, y sí de varias causas físicas que no estan sujetas á nuestra voluntad, es en mi juicio pretender disminuir considerablemente el horror que inspira á cualquier hombre sensato una accion detestada como de una voz, por todos los pueblos aun por los mas bárbaros y salvages, y proscrita igualmente por la religion revelada y la natural (b).

Las pasiones humanas, no menos que las virtudes, estan enlazadas entre sí, y se dan mutuamente la mano. No podemos ser indulgentes con ninguna en particular sin añadir por lo mismo casi igual grado de fuerza á las demas. Desengañémonos: la puerta que abramos para favorecer á una determinada pasion, no podremos cerrarla cuando queramos; antes bien se quedará abierta, mal que nos pese, para el ejercicio y provecho de todas las otras pasiones.

Este pues es un nuevo motivo para que yo desaprobe seriamente la proposicion de Montesquieu. Sé muy bien, que en todos los paises del mundo ha habido algunos infelices, que oprimidos por el peso del dolor, de la infamia, ó de la indigencia, y creyendo ya su pena incapaz de alivio y remedio, han perdido poco á poco el uso de la voluntad y del juicio; han cesado de ser hombres antes de morir, é impelidos por la intensa y loca imaginacion de sus males y desgracias, han llegado al extremo de quitarse con sus propias

manos la vida. Confieso que estas miserables víctimas de una profundísima melancolía merecen mas pronto lástima que castigo, y que sin faltar al amor debido á la humanidad, puede todavía un filósofo regar con lágrimas sus sepulcros, y esparcir sobre ellos, cuando no guirnaldas de flores, á lo menos algunas ramas de verde mirto y de triste y solitario ciprés. Pero trazar con Montesquieu la apología de todos los suicidas de una gran nacion, en donde por desgracia nunca ha sido raro este atrocísimo crimen: decir á secas que en Inglaterra no hay mas razon para reprimir tan enorme esceso, que para castigar los efectos de la demencia: hablar de este modo, repito, es en mi concepto lo mismo que soltar la rienda á las pasiones, derribar uno de los diques mas fuertes que las detiene, y dejar que corran desapoderadamente por donde quieran é inunden en poco tiempo la sociedad. En efecto, si nos esforzamos á escusar á tantos suicidas con solo dar á entender, que lo han sido únicamente, porque la máquina de su cuerpo estaba cansada de sí misma, y sufría un cierto peso de la vida que les llevaba al deseo de verla fenecer, y que por lo tanto no merecen que se les castigue: ¡que armas tan fuertes é invencibles ofrecemos á todos los malvados! No habrá ya delitos; no habrá ya crímenes que no parezcan inocentes.

La tentacion, el estímulo, el deseo violento bastará para justificar cualquier esceso por grande que sea. El filósofo Hegesias habrá tenido mucha razon para asegurar que ningun delito debia castigarse; pues segun él, nadie le comete libremente, sino instigado de una perturbada imaginacion. Roberck compuso un libro bastante voluminoso para probar que le era permitido quitarse la vida; y luego que le pareció haber establecido este pretendido derecho, se dió la muerte á sangre fria, y con la misma tranquilidad con que habia deliberado por tanto tiempo sobre esta horrible empresa. La buena filosofía declarará siempre, es verdad, que su atentado fue ecsecrable, y que su nombre no debe manchar mas tiempo sus fastos. Pero ¿qué importa? El principio sentado por el metafísico francés le defenderá y pondrá á cubierto. Porque ¿quien nos estorbará decir que el peso de la vida y el deseo de verla fenecer fue el que puso en las manos de Roberck el agudo puñal con que finalmente se la quitó?

Yo discurro sobre este punto de una manera muy opuesta. La naturaleza, segun mi modo de pensar, ha inspirado al hombre tan grande horror de la muerte, y un deseo tan vehemente de la conservacion de su sér; y por otra parte la accion de quitarse con violencia la vida, es á los ojos de la razon tan bárbara y abominable, y es al mismo tiempo tan repugnante á los sentimientos de justicia, que naturaleza fijó con caracteres eternos en nuestros corazones, que no puedo absolutamente imaginar, como nadie, á no habersele vuelto del todo el juicio, sea capaz de matarse con sus propias manos, cuando no le arrastre hácia tan espantoso abismo, ó bien el poder casi irresistible de una estremada pasion ya manifiesta, ya oculta, ó bien un necio é indómito capricho sostenido por los vanos sofismas del ateismo. Mucho tiempo ha que creo, que si ecsaminásemos á la luz de una buena crítica las verdaderas causas porque tantos hombres de diferentes naciones se han dado la muerte, las hallariamos sin duda en la corrupcion del corazon (c) y en los desvaríos del entendimiento; cosas que no bastan en ninguna manera para borrar la fealdad de semejante delito. Esta opinion mia sobre un asunto tan grave y de tanta consecuencia, pide que la apoye y sostenga, como voy á hacerlo al instante con breves y sólidas reflexiones.

Admírase nuestro Filósofo de que los ingleses, segun él dice, se matan en el seno de la felicidad. Pero, pregunto: ¿disfrutaban ellos realmente de las ilusiones de su pretendida dicha

al tiempo de ejecutar una accion, que no es menos estraña que ecsecrable? Yo no puedo pensarlo. Me persuado al contrario, que la violencia de alguna pasion, que abrigan ocultamente en su seno, les trae de antemano inquietos noche y dia, y sin que nadie lo repare envenena sus mas dulces y sabrosos deleites, y apenas les deja sosegar interiormente por un solo instante. ¿Quien ignora en efecto que muchos, aun en medio de los bienes de que les han colmado con mano liberal naturaleza y fortuna, viven los mas despechados y los mas desabridos hombres de todo el universo? Oh! si arrimásemos á estos infelices la brillante antorcha de la filosofía, ¡que compasion nos causarían! Veriamos, como dice elegantemente el Poeta,

¡Tan grande, tan estremado, tan funesto y despótico es el furor de las pasiones! Su cruel imperio empieza por la halagüeña apariencia de un suave sueño que adormece poco á poco todas las potencias de nuestra alma; de un fresco y apacible céfiro que nos lleva navegando por entre riberas deliciosísimas, en las cuales todos los objetos, todas las circunstancias se reunen para lisongearnos. Pero apenas las mencionadas pasiones han echado raices en nuestro corazon, cuando á esta agradable perspectiva, á este breve y engañoso descanso se ven suceder terribles, continuas é internas luchas que nos ponen en contradiccion con nosotros mismos; trastornan y destruyen del todo la armonía que reinaba antes entre las dos sustancias distintas del alma y cuerpo; nos vuelven duros, caprichosos y extravagantes; arruinan nuestra salud; abrevian nuestros días; y tal vez tanto nos fatigan y aprietan, que no pudiéndonos ya sufrir, llegamos en el esceso de nuestro furor á destruir y despedazar con nuestras propias manos la débil aunque hermosa máquina de nuestro cuerpo. Este es el natural progreso de las pasiones, cuando no permitimos que la religion y la razon las contengan y repriman con el debido freno.

Tengo para mí que estos mismos son los pasos que ordinariamente siguen todos aquellos que al cabo se precipitan á ser suicidas; y que en efecto dieron muchos de los que, segun Montesquieu, se vieron en Inglaterra matarse á sí propios en el seno de la felicidad. Se dirá, quizá, que estas reflexiones son muy generales; lo confieso, pero son verdaderas, y las sirve de arrimo la constante esperiencia de todos los siglos y de todas las naciones. A mas de que una proposicion tan vaga, como lo es esta de Montesquieu, no sufre ser rebatida sino por otras de la misma especie.

Pero pasemos todavía mas adelante. Creo tambien que el ateismo es el hediondo charco de cuyas aguas impuras bebieron casi todos los modernos suicidas. El ateismo es efectivamente la doctrina mas á propósito para inspirar máximas crueles y atroces, y despojar al hombre hasta del mas mínimo sentimiento de humanidad. El ateismo es el que quita toda la fuerza á las leyes primitivas y eternas, y las borra enteramente del corazon. Él es el que rompe todo freno, desata todas las pasiones, y produce aquella absoluta igualdad y libertad que se considera no menos funesta para la sociedad en general, que perniciosa para el bien particular de cada individuo. Por último, él es el que suelta todos los lazos que unen

al hombre con sus semejantes, y desecha asimismo toda relacion de aquel con el Sér supremo.

No debe pues estrañarse que el hombre que ha adoptado esta fatal doctrina, el hombre que se mira ya á sí propio como único centro y fin de todas sus acciones, y que no pone ningun término ó límite á los soñados derechos de su alvedrío, se deje llevar sin resistencia por las pasiones, y que cuando se canse de vivir eche mano tranquilamente de una pistola, ó de un puñal, y se traspase el corazon, ó se haga saltar el casco. Todos los sofismas del S. Preux de Rousseau, aunque tan artificiosos y sutiles, no hubieran bastado, por sí solos para hacerle caer en esta desatinada resolucion. Refiere Ciceron, que el filósofo Hegesias, de quien hemos hablado arriba, se puso muy de intento á persuadir en la corte de Egipto lo mismo que despues de muchos siglos procuró hacer Roberck en la de Inglaterra; quiero decir, que cada uno tiene derecho á matarse cuando le parezca que la vida es un peso insoportable; y añade que las máximas del filósofo griego cundieron tanto en breve tiempo que fue menester que el Rey Ptolomeo le prohibiese absolutamente enseñar semejante doctrina, á lo menos en la escuela; porque eran muchos los que despues de haberle oido, se daban la muerte. Este hecho confirma mi última observacion. Hegesias era Cyrenaico, y por lo mismo lo eran tambien sus discípulos. La moral que profesaba esta secta era tal que llevaba en pocos rodeos al ateismo; porque no solo colocaba la felicidad en el deleite, como Epicuro, sino que confesaba sin rebozo, que por deleites entendia los mas groseros y torpes. Descuidaba tambien enteramente la perfeccion del alma, y ponía todas sus miras en que el cuerpo estuviese, por decirlo asi, nadando siempre en un mar de placeres. Por último establecia, como sello de su impiedad, la asercion, de que lo justo y bueno no se distingue por naturaleza de lo malo é injusto, sino solo por ley y por costumbre: máxima evidentemente falsa y en sumo grado perniciosa; y como dijo Ciceron, es una ceguedad, una locura capaz de trastornar la sociedad, y de confundir entre los hombres todo derecho y justicia; pero que no por eso ha dejado de hallar en nuestros dias, y en nuestra Europa, muchos y muy distinguidos partidarios.

¿Quien pues en vista de esto no reconocerá que una moral en todo conforme á la del griego Hegesias, una moral nacida del ateismo, como de una amarga y venenosa raiz, pudo muy bien haber dado el principal impulso á muchos de aquellos suicidas de que habla Montesquieu? Esta moral basta asi mismo para multiplicar iguales atentados, siempre que en una nacion se hace de moda entre alguna clase de gentes el cometerlos; porque entonces, como advierte sabiamente un famoso Escritor moderno, ya no se necesita de los rebatos del despecho, de la rabia y del furor: y muchas veces el solo capricho, la vanidad y el orgullo son suficientes para que los espíritus de un cierto temple se determinen, á sangre fria, á cometer tan horrible esceso.

La historia romana corrobora la verdad de este pensamiento. Ella nos hace ver como en los dias felices de la República apenas se halló en Roma un ciudadano que se diese la muerte, aunque estuviese acosado de los mayores desastres é infortunios. Régulo volvió á Cartago (d): Postumio pasó por debajo de las horcas caudinas (e): Varron recibió los obsequios del Senado despues de haber perdido por su temeridad cincuenta mil hombres. Hostilio finalmente consintió sin murmurar en ser entregado por los feciales á la discrecion de nuestros Numantinos (f). Nadie podrá decir con fundamento, que estos grandes hombres amaban demasiado la vida, ó no hacian caso de la infamia. Lo que si debe decirse, es, que

cuando ellos florecieron, no habia llegado todavía el tiempo en que el lujo asiático corrompió las costumbres de la capital del mundo (g), y dejó entrar en ella la moral epicúrea, ó mas bien la cirenáica, que introdujo consigo, como siempre, todos los vicios, é hizo que muchos ciudadanos, sin tener ya ningun miramiento por las venerables leyes de sus mayores, por su propio honor, ó por la utilidad de la patria, no reparasen en ser viles homicidas de sí mismos.

Habrà alguno tal vez que nos oponga aqui el ejemplo de Bruto y de Caton. Es fácil dar salida á este reparo. Caton y Bruto, diremos no eran epicúreos ni ateos; pero eran estóicos, y quitándose la vida, no en el seno de la felicidad, sino en medio de la ruina de su idolatrada república, no hacian mas que poner por obra los dogmas de su secta (h). Caton en el trastorno de aquella última noche, mientras hacia embarcar en el puerto á los senadores y á varios de los principales vecinos, sin embargo de la cruda borrasca que traía muy alborotado el mar, mientras daba las órdenes y providencias que ecsigia el caso, mientras recomendaba su hijo á los amigos, y mientras veía que César con su ejército victorioso se acercaba á marchas forzadas á las puertas de Utica: se puso á leer por dos veces, con semblante al parecer tranquilo, el profundo y elegante diálogo de Phedon. Mas ¿quien no repara que concurriendo entonces tantos incidentes á perturbar interiormente su alma, no pudo entender con claridad los escelentes preceptos que para casos semejantes da Sócrates en aquel sublime escrito? Si se ecsaminan á mas de esto las conversaciones que aquel general romano tuvo en los últimos momentos con sus familiares y con los filósofos Apolonio y Demetrio, no podrá menos de echarse de ver, que su principal móvil era, á la sazón, un secreto orgullo y vanidad, tan conforme con las máximas que habia seguido toda su vida. Es muy conocida, y en cierto modo aplaudida de todos los sabios, la reflexión que hizo César sobre el particular; pues apenas hubo entendido el fin trágico que acababa de tener su rival, cuando exclamó con mucha entereza: Te envidio, ó Caton, la muerte, ya que tú me envidiaste la gloria de conservarte la vida. Pero en cuanto á Bruto puede asegurarse, que sus pocos años y el ejemplo reciente de su suegro le perdieron, de modo que sin tener ánimo para esperar á que se acabase de decidir del todo la batalla, se mató á sí propio, y dió consigo al través con los últimos recursos y postreras esperanzas de la patria (i).

Lo que he dicho hasta aqui (j), basta en mi juicio para que imaginemos, cuales habrán sido las verdaderas razones, porque muchos ingleses se quitaron la vida en el seno mismo de la felicidad, sin que recurramos, como Montesquieu, á las causas físicas (l).

Puede que me engañe el amor propio, y que las reflexiones que llevo espuestas no sean del todo ecsactas; pero no podrá negarse á lo menos, que tengo de mi parte á los sabios legisladores de Inglaterra, los cuales siguiendo el ejemplo de los griegos (m) y otras naciones antiguas, notaron de infames á los suicidas y les impusieron una pena muy semejante, á la que les señala Sócrates en el libro cuarto de las leyes de Platon. ¿Y como, pregunto, lo hubieran asi establecido, si hubiesen pensado, que ninguna causa moral seria jamas parte para determinar á sus paisanos á cometer un crimen tan horrible?

Podria aqui poner fin al presente discurso, si solo tratase de impugnar el estravagante dictámen de Montesquieu. ¿Pero como será dable que yo arrime la pluma sin decir antes dos palabras de los indios, esto es, de la nacion singular que me rodea mientras escribo estas reflexiones: de la nacion menos conocida de los filósofos, y mas digna de serlo: por

ultimo de esta nacion, cuya suerte interesa vivamente toda la sensibilidad y ternura de mi alma? Seré muy breve.

Diferencia de los suicidas de Europa á los de América

La virtud y el vicio son sin duda de todos los climas y paises. Pero una constante y nunca desmentida esperiencia ha acreditado demasidamente, que el vicio, que es el que degrada la dignidad nativa de nuestra alma, y oscurece y empaña su divino esplendor, se estiende sin embarazo alguno por donde quiere: echa en cualquier terreno profundas raices; y sin necesitar del menor cultivo ó beneficio, crece y se propaga con vigor y rapidez increíble, cubriendo con su tétrica y venenosa sombra inmensos paises. La virtud al contrario, sin embargo de ser tan conforme á nuestro divino origen y nobleza, se mantiene casi siempre en un continuo desaliento y desmayo. Semejante á ciertas flores de unos estambres en extremo delicados, el mas leve soplo basta para marchitarla y hacerla perder el esquisito y finísimo matiz de su natural colorido. Parecida tambien por otro respecto á una lámpara, que alumbra en medio de las tinieblas de la noche, la que se apaga muy pronto, si no se tiene cuidado de subministrarla de continuo el debido pábulo; y aun asi, se la ve á ratos lucir con languidez.

Nadie, pues, debe estrañar que en los ángulos mas retirados del mundo se encuentren los mismos vicios, que infestan los lugares mas conocidos y frecuentados; y que en el particular las naciones mas montaraces y salvages poco ó nada se distingan de las que son mas cultas y civilizadas. No hablemos ahora sino del suicidio. Este horrible crimen, como hemos visto, sigue ordinariamente á la desoladora corrupcion del lujo; al desmedido y ciego orgullo de la ambicion; y á los locos desvaríos y sofismas de una metafísica impía, y desnaturalizada. Sin embargo, el suicidio ¿quien lo hubiera imaginado? se halla de tiempo inmemorial establecido entre los indios de Méjico y del Perú, los cuales aunque tienen algunos débiles impulsos de ambicion, no saben absolutamente lo que es lujo, y estan muy lejos de entregarse á los estériles y vanos teoremas de nuestra moderna metafísica.

Pero hay dos muy notables diferencias de los suicidas de Europa á los de América. 1.^a En Europa, son harto frecuentes los suicidios en las grandes poblaciones, especialmente en las cortes mas opulentas y civilizadas, y rara vez acontecen en las aldeas y lugares pequeños donde se disfruta la tranquila y agradable soledad de los campos. Al contrario, en la América son rarísimos en las ciudades; y no dejan de verse de cuando en cuando en los yermos y en los páramos. 2.^a En Europa se matan los ambiciosos cortesanos, los ciudadanos cultos, y los metafísicos que presumen de mas sagaces é ilustrados. En América se matan solo los sencillos pastores de los Andes, los groseros labradores de las Pampas, y los toscos peones de las minas.

¿Y cual será, pregunto, la causa de tan grande variedad? A mí me parece que debe colocarse en el carácter melancólico de los indios que tanto les distingue de las demas naciones del orbe. La melancolía es en efecto la pasion dominante de estos naturales. Cuerpo débil, aire triste, modales tímidas, pasos lentos, genio indolente y perezoso, propósitos caprichosos é inconstantes, y sobre todo una estraña apatía, que apenas cede á

ningun estímulo, forman la imágen moral y física del indio, ya sea mejicano ó peruano. Se puede decir en general, que todas sus acciones, todas sus palabras, sus proyectos y empresas estan siempre marcadas con el sello de la melancolía. ¿Qué cosa mas triste, por ejemplo, que la mayor parte de sus danzas nacionales? Poco tiempo ha que asistí á ellas en el pequeño y antiquísimo pueblo de Atacama, situado en la cordillera de los Andes; las estuve observando con la mayor atencion y curiosidad, y me acuerdo que á poco rato sentí me enternecía, derramé algunas lágrimas y me retiré del concurso llena la cabeza de no sé que ideas lúgubres, que se presentaban confusamente y de tropel á mi imaginacion. Lo misino me ha sucedido en otros lugares y ocasiones.

¡Que diferencia entre estas patéticas danzas y los bulliciosos bailes y cantares de los aldeanos de mi patria Cataluña, ó de Vizcaya, en las tardes de los dias festivos, en los que presiden la amable risa, la halagueña alegría, el placer, el contento y la lisongera y dulce esperanza! Al contrario ¿quien oye aqui jamas solo media hora con ojos enjutos el celebrado yaravi que es la cancion favorita de los peruanos? Los infortunios del amor ó de la suerte sugieren la materia de la composicion: el luto y el llanto inspiran los modos y tonos de la música: la flauta y el arpa los ejecutan, interrumpiendo por intervalos su tierna armonía las agudas interjecciones, los irresistibles ayes del dolor; y la escena es ordinariamente el campo raso cubierto de infinita arena; la hora, la alta y silenciosa noche; y la decoracion única del teatro, la bóveda inmensa del cielo, y la luz pálida de la luna y de las estrellas. Pero dejemos estas consideraciones para otro lugar mas oportuno, en que podamos proponerlas y analizarlas con la debida estension, y volvamos, en tanto á añadir el hilo de nuestro discurso.

La profundísima y penetrante tristeza, que conforme va referido, caracteriza á estos indios, es la fuente y escondida raiz de donde brotan los pocos suicidios que aqui se cometen. En Europa este crimen mana las mas veces, como de una fuente cenagosa é inmundada, de la avaricia, del orgullo, de la ambicion y de los sofismas de la impiedad. Allí se ve nacer el suicidio en el seno del fausto y de la opulencia: aqui en el seno de la miseria y mendiguez.

Es fácil, pues, inferir de lo dicho, porque en América, al revés de Europa, se cometen los suicidios en los yermos y en los despoblados. El indio que vive en las ciudades se agita y mueve de continuo, quiera ó no quiera. Los objetos se cambian cada instante á su vista, y envian al alma mil distintas impresiones, que llaman su atencion, y la tienen mal de su grado como embelesada. Y si alguna vez la tristeza, resistiendo poderosamente á todos estos estímulos, tiende su fúnebre manto sobre la imaginacion y el espíritu, cerrando el paso á la reflexion y al discurso: la religion repara y previene todos estos daños, acudiendo prontamente con sus risueñas promesas y dulcísimos consuelos.

Todo sucede de un modo muy diverso al pobre salvaje que apacienta su miserable ganado en medio de los espantosos desiertos de una y otra América, en cuyas tan silenciosas soledades apenas una que otra vez se oye el eco de la voz apostólica y paternal de los misioneros. Se ve, pues, el morador de aquellos montes abandonado á sí mismo, sin que le sostenga ninguno de los muchos y poderosos ausilios, que la sociedad ofrece á los demas hombres. El grito agudo de los ligerísimos guanacos y vicuñas (n), el silvido de las venenosas culebras como el tayá (o), el cascavel (p), y el boa (q) y el bramido horrible de

los tigres y leopardos, del cibolo (r) y famacosio (s), rompiendo por intervalos el aire, le llenan de un melancólico pavor. Los corpulentos y ancianos árboles, y los humildes y secos arbustos agitados por el viento causan un triste murmullo, y forman, no sé que patético contraste con el grave estruendo de los presurosos torrentes, que se precipitan á lo lejos de la cima de un peñasco, y el de un caudaloso rio que atraviesa la llanura y pugna incesantemente por romper sus márgenes demasiado estrechas. A este lúgubre cuadro añaden las últimas pinceladas los riscos, los derrumbaderos, los montes movedizos de arena que el aire transporta de una á otra parte; las masas monstruosas de granito, sobre las cuales la vegetacion de los trópicos, aunque tan robusta, nunca alcanza á desplegar la verde alfombra de la menuda yerba; y finalmente los altísimos picos, tan antiguos como el mundo, que se empinan en distintos puntos de la gran cordillera, y van á perderse entre las nubes mas elevadas.

Herida por el cúmulo de todos estos objetos la delicada imaginacion del indio salvaje se acalora sobre manera, y se sustenta de estraños y perniciosos fantasmas; no cesando de levantarse del fondo de aquella melancólica escena unos vapores tétricos, que en poco tiempo eclipsan la escasa claridad de su razon. Los dias de la vida se le hacen pesados: la brillante luz del sol le causa tedio: busca y desea con ansia envolverse en las frias sombras de la noche; y cede y se rinde de buena gana á las soñadas amenazas de la muerte, que le va tirando cada vez mas del funesto dogal.

«Cuando en los lugares yermos, dice el cultísimo y sabio Arequipeño doctor Unanue, se repara que algun pastor se aparta á menudo de sus compañeros, que ama el retiro y la soledad de la noche, interrumpiendo su silencio con los aires tristes de la flauta y sus ayes: esta conducta indica que aquel solitario va á espatriarse para siempre de sus hogares, ó á suspenderse de un lazo. El remedio de este mal es la flagelacion; porque la irritacion que los latigazos causan sobre la cutis, renueva la accion de la vida, y cesa la debilidad y sus efectos perniciosos. Acuérdomme, continúa, haber leído que para impedir en las islas de Barlovento los frecuentes suicidios que ejecutan los negros africanos, volviendo la punta de la lengua, y tapando la respiracion, proyectó un francés hacerlos pedazos á azotes, luego que aparecian algunos indicios de este intento. Los negros cuando se ahogan, creen van á parar á su suelo patrio, y los azotes eran para que teniendo vergüenza de aparecer maltratados delante de sus paisanos, no pensasen en visitarles. Con los indios no se necesitan estos castigos: son de fibra delicada é irritable, y con algunos latigazos se animan y llenan de alegría, olvidando las ideas funestas.» Hasta aqui el mencionado filósofo; cuyas observaciones sobre el clima de este pais, y sus influencias en los seres organizados acaban de ver la luz pública con singular complacencia de cuantos aman la amena y útil literatura; y escitarán luego que lleguen á Europa el aplauso general de los inteligentes.

Disertacion segunda

Disertacion sobre la música

Apenas hay un hombre medianamente erudito que no sepa que atenienses y lacedemonios (a), y en general todos los antiguos y mas famosos pueblos de la culta Grecia,

hicieron en sus instituciones políticas muy singular aprecio de la música. Pero pocos son los que dan en el blanco de esta que á muchos parece estraña paradoja. Los mas se dejan ir con la corriente del vulgo, no deteniéndose en analizar las ideas que en otro tiempo se solia comprender bajo la sencilla denominacion de música. Yo, para quitar en adelante toda duda, procuraré esplicarlo aqui, no con largo razonamiento sino con breves palabras; y despues de haber manifestado tambien sucintamente que en el sentido que se la da ordinariamente entre nosotros, era entre los griegos una parte muy considerable de la educación, propondré algunas observaciones en órden á la música de estos indios, quiero decir, los de Méjico y del Perú.

Digo, pues, que esta voz música tenia en el diccionario de los filósofos y legisladores griegos un sentido mucho mas universal; pues, segun ellos, significaba no solo la ciencia que enseña las propiedades de los sonidos, sino tambien la educacion moral y literaria. En efecto, la educacion literaria y moral es un arte que se parece no poco á lo que en idioma vulgar entendemos por música. Porque sirviéndose con primoroso y utilísimo artificio de los afectos y pasiones naturales del alma, y reduciéndolas todas en comun y cada una en particular á su debido tono y proporcion, produce al fin la mas suave, la mas noble y divina armonía (b).

Asi á lo menos pensaban, asi se esplicaban los antiguos griegos, especialmente cuando escribian sobre la política. Seria cosa ciertamente muy fácil apoyar esta verdad con el testimonio uniforme de varios sabios de aquella doctísima nacion; pero bastará citar aqui uno, quiero decir, el inmortal Sócrates, á quien no solo el Oráculo de Delfos, sino tambien el universal sufragio de mas de veinte siglos, ha elevado á la gloria de ser respetado como el primer ciudadano y el primer filósofo de la Grecia.

Tomemos, pues, en las manos el célebre y elocuentísimo diálogo llamado Phedon, y oigamos atentamente lo que maestro y discípulo, Cebes y Sócrates, van á conferir entre sí en órden á la música. Muchos son, dice el primero, los que me preguntan, ó Sócrates, acerca de las fábulas de Esopo que tú has puesto en verso, y del himno que has trabajado en honor de Apolo; y entre ellos Eveno se manifestaba ayer muy deseoso de saber ¿á que fin desde que has venido á la cárcel te has dado á versificar, no habiéndolo antes hecho nunca? Si Eveno, pues, vuelve á preguntarme sobre lo mismo, que sí preguntará, quisiera me dijese ¿qué es lo que deberé responderle? -Respóndele, ó Cebes, la verdad: que no lo hago porque le tenga envidia ó para igualarle en su arte, que aun cuando yo lo pretendiera no me seria fácil, sino para procurar por distintos medios y caminos dar cumplimiento á ciertos sueños que tuve en tiempos pasados. La cosa sucedió de este modo. Me acontecia muchas veces representármese no sé que vision, que bien que se me ofreciese en distintas formas y figuras, me repetia siempre las mismas palabras: Sócrates, decia, aplícate á la música y trabaja en ella. Yo entonces me daba á entender que lo que se me aconsejaba y mandaba no era otro que lo que ya me hacia, y que el repetirme con tanto ahinco que trabajase en la música, era solo para que lo ejecutase con mas brio; asi como los espectadores dan voces alentando á correr á los que ven que de suyo lo hacen con la mejor gana y ligereza. Se me representaba pues que la filosofía, á quien daba yo entonces todo mi tiempo, era en realidad la mas perfecta música. Mas ahora que he sido sentenciado, y que solo la presente solemnidad de Apolo impide que muera (c), he juzgado que debia dedicarme tambien á esta otra especie de música, que es la popular: por si acaso era esto lo

que en efecto me mandaba el referido sueño. Porque me ha parecido que en este caso sería más seguro no irme de acá sin haber hecho algunos versos, siquiera para dar cumplimiento á la obligación que el sueño me imponía. Y esto es, ó Cebes, lo que podrás contestar á Eveno.

Hasta aquí el mencionado diálogo, cuyas expresiones no dejan la más ligera sombra de duda sobre lo que propuse al principio, esto es, que en el diccionario de los filósofos y legisladores griegos la voz música tenía las más veces un sentido metafórico, y significaba todo el hermoso cúmulo de nociones é ideas que comprende en sí la perfecta y cabal educación de un ciudadano.

Hablemos ahora, aunque de paso, de la otra especie de música á la que Sócrates llamaba popular; pues también de ella hacían mucho caso, como es notorio, los políticos más graves y los filósofos más sublimes de la Grecia (d).

Entre los griegos era una parte muy considerable de la educación

Un Escritor moderno, cuyos frecuentes descuidos nos ponen en la precisión de citarles muy á menudo, asegura con su acostumbrada confianza que no se debe decir que la música inspirase la virtud, pues sería proponer una intrincada paradoja que nadie es capaz de descifrar (e). Yo, á la verdad, aunque infinitas veces me he trasladado con la imaginación y el pensamiento ya al encantador teatro de Atenas, ya á las llanuras de la pequeña villa de Olimpo, para asistir á las representaciones y juegos que se daban en uno y otro lugar, no he podido sin embargo formarme una idea clara de la perfección á que los griegos condujeron su música (f). Pero no por eso dejo de persuadirme que era muy grande, y que en lo patético llevaba mucha ventaja á la moderna música italiana. No quiero estenderme aquí en especulaciones vanas que de nada servirían. Se trata de un hecho público en otro tiempo, aunque al presente oscurecido y casi olvidado por la enorme diferencia de nuestros actuales usos y costumbres. Y así no debemos en manera alguna valerlos de raciocinios metafísicos y abstractos; sino producir testimonios abonados que nos den la debida luz, y disipen los vanos sofismas que podría sugerirnos nuestra profunda ignorancia en el particular.

Me contentaré, pues, con nombrar á Platon y Aristóteles, cuyas obras andan en manos de todos. Estos grandes hombres que conocían tan perfectamente el espíritu de su siglo, la cultura de su nación y los resortes que la buena filosofía emplea para introducir en el espíritu humano las verdades más útiles, eran de dictámen que la música de que vamos hablando, esto es, la que Sócrates llama popular, debía formar una parte muy considerable de la educación moral. Porque pertenece, dicen, á la imitación de las costumbres de los hombres; y una imitación tal, que no hay arte que pueda representarlas tan al vivo. La pintura misma comparada con ella es un arte mudo y sin vida, pues solo alcanza á desplegar delante de nuestros ojos las señales de nuestras pasiones, delineadas groseramente sobre el lienzo por medio de los colores y de las sombras; cuando la música al contrario se vale de imitaciones tan perfectas, que nos hacen ver y tocar, por decirlo así, las pasiones mismas. ¿Y quien puede disputar á la música semejante palma, pregunta Aristóteles? No es acaso evidente que la ira, la moderación, la fortaleza, la templanza, con los vicios opuestos, y en

una palabra, cuanto pertenece á las pasiones y costumbres, todo lo imita ella, todo lo espresa de una manera conforme al natural? (g)

Es inútil producir aqui mas autoridades. Todos los antiguos son en este punto de un mismo parecer. Todos levantan á lo sumo la fuerza increíble de la música en remedar las costumbres buenas ó malas, y en mover ó calmar las pasiones. No solo los amables atenienses, no solo los risueños moradores de los amenos prados de Caico y de las fértiles y hermosas riberas de Meandro, sino tambien los austeros y durísimos esparciatas hubieron de ceder como los demas á la divina é inesplicable magia de la música. Bien lo conoció Licurgo, cuando con tanto esmero y prolijidad arregló todo lo que pertenecia al ejercicio de esta arte verdaderamente encantadora. Bien lo conocieron asimismo los otros reyes, sus sucesores, los cuales nunca dieron batalla alguna sin que primero mandasen entonar la celebrada cancion del combate, cuyos acentos encendian en el pecho de aquellos bravos guerreros el amor de la patria, el deseo de dejarla completamente vengada de sus enemigos, y la resolucion de derramar, si fuese necesario, toda la sangre de las venas antes que arrojar cobardemente las armas que ella les habia entregado para su gloria y defensa (h). Bien lo conoció por último aquel famoso General que, viendo á sus batallones perseguir con brutal encarnizamiento á las huestes enemigas ya derrotadas y fugitivas, mandó á sus músicos que mudasen de repente el primer modo en otro mas halagüeño y suave: y con solo esto, sin dar ninguna otra orden ni desplegar los labios, logró en pocos instantes infundir en el ánimo de los acalorados vencedores, á manera de un precioso bálsamo, los sentimientos de clemencia y humanidad; hacer que espontaneamente envainasen sus sangrientas espadas, y salvar la vida de muchos millares de hombres (i). ¡Triunfo por cierto gloriosísimo para la antigua música, y solamente comparable con otros de la misma especie, que sabemos consiguió en distintas ocasiones la antigua elocuencia! Pero dejemos ya este punto, pues solo podriamos aqui hablar de paso en argumento tan grave, sin apurar el fondo á este misterio.

Yo estoy muy persuadido que quien meditare atentamente sobre las autoridades, sucesos y reflexiones que llevamos insinuadas, no graduará en manera alguna de escesivos y desmesurados los elogios que se daban en otro tiempo á la música: no juzgará por frívolas y de poca importancia las varias constituciones y decretos que los legisladores griegos de mas fama dejaron establecidos para su arreglo y uso: no estrañará que Platon diga claramente que la prefectura de la música es uno de los empleos mas considerables en cualquier bien ordenada república. Con todo, á fin de dejarle mas y mas convencido, haré que oiga de nuevo á Aristóteles.

El que se deleita ó entristece, dice este profundo político, con la representacion fingida de alguna cosa, está ciertamente muy cerca de concebir iguales afectos por la cosa misma. No debe pues dudarse que la música, en la cual campea una imitacion tan perfecta de las costumbres ó buenas ó malas, es poderosa para inspirarnos poco á poco y como insensiblemente todos los vicios y todas las virtudes. No puede asegurarse tanto, ni con mucho, de la pintura y escultura. Sin embargo quisiera yo, añade, que nuestros jóvenes se acostumbraesen á contemplar y ecsaminar con preferencia á todas las demas, las obras de Polygnoto ú otros autores semejantes. Y asi en cuanto á la música, concluye, deberian ellos con mayor razon dedicarse únicamente á la que es capaz de hacerlos mejores.

Observaciones sobre la música de los indios PRIMERA OBSERVACIÓN

No solo las naciones cultas y civilizadas, sino también los pueblos salvajes han sido en todos tiempos aficionados á la música. Cuando la Grecia era todavía una region bárbara, sin artes, sin comercio, sin leyes y sin costumbres; cuando no se habian aun dejado ver en su hermoso horizonte los primeros albores de la filosofía y demás ciencias que despues tanto la ilustraron, ya la música estendia por en medio de aquellas selvas y valles el eco de sus melodiosos acentos. Sus groseros moradores la escuchaban con gusto: hallaban en ella la espresion natural de sus pasiones; y seducidos poco á poco por las amables insinuaciones de tan dulce sirena, se iban disponiendo á la feliz revolucion de su cultura. Salian, pues, mas á menudo de la oscuridad de sus cavernas, no ya para disputar á las fieras el alimento escaso que ofrecian los árboles, ó para encarnizarse con el mas ligero pretesto contra sus vecinos, sino para disfrutar de la brillante luz del sol; para respirar el aire embalsamado de la mañana; para contemplar el vario y delicioso cuadro que la primavera despliega en los montes, en los prados y en las selvas; para oír el incesante y blando gorgceo de los pintados pajarillos, y sobre todo para buscar la compañía y conversacion de otros hombres, con cuyo poderoso lenitivo sentian menos los males y trabajos á que estaban de continuo espuestos, y las privaciones á que les sujetaba su propia situacion.

Tal y tan grande como este es el prodigio que los antiguos filósofos y poetas atribuyeron á la música, á fin de espresarnos que ella ha nacido para suavizar y templar las costumbres demasiado violentas de los hombres, y que sus atractivos llegan á domar el corazon y el alma de los mismos salvajes (j). No quisieron ciertamente darnos á entender otra cosa los primeros que pintaron á Anfion y Orfeo con una lira en la mano, este rodeado de tigres y leones que estaban pendientes de su voz, y aquel arrastrando sin mas fuerza que la de su dulce consonancia y armonía los peñascos con que pretendia edificar las murallas de Tebas (l). ¿Y que mucho, dice Metastasio, que la música ejerza su poder hasta en las naciones salvajes, cuando no le desconocen ni los tiernos niños, los cuales aunque no han llegado todavía al perfecto uso de los sentidos, sin embargo al suave encanto de la música suspenden el llanto, olvidan sus temerarios caprichos, y se quedan blandamente adormecidos en el regazo de sus madres? (m) ¿Qué mas? El reo tendido en el lóbrego calabozo, el esclavo afanado noche y dia en las penosas tareas que le ha impuesto su amo cruel, buscan en vano un alivio, y solo le hallan en la música. Ella hace que uno y otro pierdan de vista sus grillos y cadenas y la horrible perspectiva de su desgracia.

¡Sente fra i pie sonarsi i ferri, é canta!

He apuntado estas reflexiones, para que el europeo que leyere el presente papel no dificulte en creer lo que voy á decirle acerca de la extraordinaria aficion que estos indios tienen á la música. Yo no creo en efecto que ninguna otra nacion, ya sea antigua ó moderna, le haya sido tan apasionada. En esta parte poco ó nada se distinguen los mejicanos de los peruanos. Ambos pueblos impelidos por el irresistible impulso de su genio recurren incesantemente á la música para darle lugar en casi todos los actos públicos y privados de sus pequeñas repúblicas, y en los acontecimientos prósperos ó adversos de la fortuna;

funciones de los sagrados templos, cultos sacrílegos y clandestinos de los indios, alegres concurrencias y juntas en los días festivos, pompas fúnebres, movimientos sediciosos, gritos de alarma, saqueos de haciendas y ranchos, violentos y furiosos ataques de batallas, en una palabra, todos los negocios importantes de paz y guerra se celebran entre ellos al son, ya armonioso, ya terrible, de sus voces é instrumentos.

El indio, como todas las demas naciones salvages, es en extremo indolente y perezoso. Ninguna cosa fija su atencion, ninguna le interesa. Es verdad que sus sentidos se afectan quizá con mas viveza que los nuestros; pero tambien lo es que estas violentas impresiones son de muy poca duracion, y apenas llegan al alma, cuando se confunden, se borran y destruyen unas á otras como las olas en la orilla del mar. Un gran Naturalista ha dicho que la muger comparada con el hombre parecerá, generalmente hablando, un niño por razon de su natural inconstancia y ligereza. Yo creo que lo mismo y con igual propiedad puede afirmarse de todos los indios americanos en comun, respecto de los otros pueblos del mundo antiguo, especialmente de los que habitan en Europa. El indio ama y aborrece con singular vehemencia. Engañado por las apariencias exteriores corre en pos del mas frívolo objeto: le busca, le pide y solicita con ansia; pero en el primer instante de la posesion le abandona y olvida arrojándole de sí con el mayor desprecio. Esta imágen de extrema volubilidad se ve asimismo impresa en todas las acciones de su vida. Y á este debe atribuirse, y no á falta de capacidad, que hayan sido tan lentos sus progresos en las artes mas útiles, como la agricultura, la metalurgia, la escultura y otras semejantes. La ventaja que podria resultarle de su esmero en cultivar dichas artes, no le compensaria la pena y disgusto que habria de sufrir aplicándose por mucho tiempo á un solo objeto.

Estas reflexiones parece, lo conozco, que me desvian insensiblemente de mi intento; pero no es asi: antes bien deseo yo que mi lector tienda por otro momento la vista hácia este pequeño retrato del carácter moral de los indios, para que conozca mejor, conforme lo insinuaba arriba, cuan grande y poderosa es su inclinacion á la música; pues rompe y destruye un dique al parecer insuperable, quiero decir, la asombrosa y estúpida indolencia de su genio que triunfa de todas las otras pasiones, obligándolas á detenerse, ó mudar de direccion en la mitad de su carrera.

El indio se dejaria morir de hambre, si para cojer su maiz hubiese de afanarse por espacio de muchas semanas; iria enteramente desnudo, si las palmas de los montes y las totoras de las lagunas no le ofreciesen una materia tan flecsible y tersa con que tejer en un abrir y cerrar de ojos sus esteras, ó bien las fieras de los bosques no le dejasen en la mano el precioso despojo de sus tupidas pieles. Por último, viviria continuamente al cielo raso y descubierto, si las innumerables cañas de los pantanos y las ramas y cortezas de los árboles no le proporcionasen el construir en un solo dia la miserable choza que le ha de defender de los ardientes rayos del sol y de la húmeda y helada sombra de la noche.

Es, pues, evidente que el indio quiere permanecer á toda costa desocupado, y que el ocio forma su suprema felicidad. Solo la música, segun deciamos, es la ocupacion favorita que lejos de incomodar su profunda indolencia y pereza, la lisonjea y halaga. Los indios que cultivan las haciendas de los españoles solicitan á cada paso licencia para celebrar en sus rancherías los bailes y danzas propios de su nacion. No suelen atreverse los amos á negársela, porque este desaire produciria infaliblemente el desaliento y desmayo de los

gañanes y pastores, ó lo que seria mucho peor, su terrible cólera y despecho. Los indios que se alquilan en la ciudad para ocuparse en diferentes labores y ejercicios, en llegando el sábado exigen la paga de sus servicios mucho antes que se ponga el sol; y así que la han recibido, se juntan con sus compañeros, van por algunos frascos de su idolatrado pulque, ó de chicha, y chinguirito (n); y animados con los ardores de uno y otro licor, pasan cantando y bailando toda la noche, el siguiente domingo, y aun á veces la mayor parte del lunes, volviendo solo á sus antiguas tareas cuando han consumido enteramente su corto caudal, y la hambre y la sed empiezan otra vez á estimularles y poner en movimiento los resortes de su alma medio aletargada. Finalmente los indios, que colocados á grandes distancias de las ciudades mas opulentas viven con mayor libertad y anchura, se entregan sin miramiento alguno á su loca pasion por el baile y la música: citaré un solo ejemplo.

Habrá como dos años que, viajando por el Perú, hube de hacer alto en un pueblo de indios bastantemente considerable. Le atraviesa un rio caudaloso, cuyas márgenes estaban cubiertas de árboles frondosísimos y siempre verdes, tales como el cotopriz (o), el ceiba (p), el lucuma (q) y el pilco (r), y adornadas de palmas con el pie verde y liso, y una especie de lentisco que destilaba mucha almáciga en gotas blancas y transparentes, y varios otros arbustos y yerbas de increíble frescura. Los campos y montes vecinos participando igualmente de su benéfica humedad, producian tambien infinita yerba; y la tierra volvia con usura de dos y trescientos por uno, el poco maiz que se la confiaba. Sin embargo, apenas habia quien pensase en la agricultura que le hubiera fácilmente procurado toda suerte de abundancia. El único cuidado que se tomaban aquellos moradores era enviar al monte algunos muchachos que les trajesen plátanos (s), guayabas (t), chirimoyas (u) y otras frutas semejantes, y echar al rio dos ó tres anzuelos de caña para coger otros tantos pequeños, pero sabrosos, bagres (v), de que abunda: y hecho esto, se sentaban en el suelo con las piernas cruzadas; cogian una flauta ya de barro ya de madera, se ponian á tocar, y embelesados con su tosca armonía, permanecian inmóviles en esta postura seis, ocho y mas horas. Varios misioneros de Marañon y del Orinoco me han referido lo mismo en orden á las tribus que habian recorrido en sus viages y en cuya compañía habian vivido largos años. Y por lo que mira á los del Paraguay, de cuya policia tanto se ha hablado y escrito, bien sabido es cuan amigos hayan sido siempre del canto y armonía, y como los coros de músicos que servian á sus iglesias sobresalian entre todos los de una y otra América, y merecian entrar en competencia con los de la misma Europa.

Finalmente, por comprender en una sola palabra lo poco que me queda por decir: ¿quien habiendo observado con reflexion las costumbres y usos de estos paises, dejará de reparar que el indio se vale de cualquier pretexto ó causa para entregarse á los dulces atractivos de la música que tanto recrean su corazon? Los obsequios que dirigen á los grandes personajes, y los cultos que tributan á los santos de su particular devocion, les parecerian unas ceremonias frias y de ningun mérito, si la música no les diese vida y aliento. ¿Que objeto de mayor ternura para los indios mejicanos, que su celebrada Vírgen Guadalupana? En todas las estaciones del año salen de distintos lugares del reino numerosas bandadas de indios, hombres y mugeres, que emprenden penosos viages con el único fin de visitarla personalmente: entran estos peregrinos en el respetable y augusto santuario; y despues de haber permanecido por algunos instantes puestos de rodillas delante de la amada Imágen, toman asiento en los bancos que están á uno y otro lado de la riquísima crujía, empiezan á tañer varios instrumentos músicos, á cuyo compás y son patético, y tierno mueven las

indias sus pies y manos, ejecutando varias danzas que se conoce son de un carácter absolutamente original. Esto mismo he observado y visto tambien en las iglesias del Potosí, principalmente en la grande fiesta del Corpus. Y no me pareció esto un exceso de condescendencia hácia los indios en los que cuidan allí del decoro y magestad del culto divino, como es probable que lo parecerá á muchos de mis lectores. Seamos mejores críticos, y dejemos de pretender medirlo todo segun nuestras ideas y costumbres: no queramos ciegamente juzgar de los movimientos é impulsos interiores que conmueven el alma de un salvage, por los que agitan la nuestra en iguales circunstancias.

SEGUNDA OBSERVACIÓN

La imaginacion pronta y fuerte, el corazon sensible y tímido, y en una palabra, un sistema nervioso sumamente fino y que se escita con la mayor facilidad, es el origen de la asombrosa inclinacion que, conforme hemos visto, tienen estos indios á la música. Estas mismas causas hacen tambien que la música afecte con suma energía sus ánimos, y sea uno de los mas poderosos resortes para encender ó calmar sus pasiones. Tiempo ha que varios filósofos han observado que las naciones salvages poseen un grado mucho mayor de sensibilidad que los pueblos civilizados. Yo tengo por muy ecsacta esta observacion; y me parece cierto que la cultura de nuestras ciencias y artes, al paso que nos ha sacado de la primitiva barbarie y ferocidad, ha entorpecido en algunos puntos la vivacidad natural de nuestro espíritu, y ha secado, digámoslo asi, la preciosa y divina fuente de donde manan las dulces emociones de la amistad, de la franqueza, de la mutua confianza é ingenuidad que tanto admiramos en los personajes, ya sagrados ya profanos, de los tiempos heróicos. Nosotros verdaderamente tenemos mas delicadeza y finura en la espresion; pero ellos tienen mas fuerza y actividad en el sentimiento. Nosotros iluminamos nuestras ideas y pensamientos con los brillantes colores de la elocuencia, ó las envolvemos con los sutiles teoremas de la metafísica: ellos, al contrario, se contentan de manifestarlos sin el menor artificio y estudio, con las efusiones espontáneas y patéticas del corazon. No quiero apurar mas la comparacion, y vuelvo á mis indios.

Repito que nada hay tan capaz de dar impulso á sus pasiones como la música: ninguna cosa mas activa para escitar en su alma toda suerte de movimientos, ora sean las tiernas y suaves sensaciones de la tristeza, del respeto y del agradecimiento, ora los rebatos de la ira y de la venganza. He dicho en otro lugar que los lacedemonios sentian encenderse en su pecho el furor marcial al entonar la cancion del combate, cuando teniendo ya las armas en las manos iban á embestir los escuadrones enemigos (x). Lo mismo puntualmente sucedía á nuestros indios; con la sola diferencia de que la llama producida en ellos era infinitamente mas activa, y se parecia á la de un volcan que arroja de su cima rios de fuego, se echa sobre los campos vecinos, y arrolla, arrebatá y destruye cuanto se opone á su precipitado curso. Hernan Cortés será siempre un buen garante de esta verdad. ¡Cuántas veces se vió á pique de perecer él y su ejército dentro de las murallas del palacio de Motezuma, donde los mejicanos le tenían estrechamente sitiado! ¡Y cuan cerca estuvo de verse sumergido con sus soldados en las aguas de aquella gran laguna en la noche aciaga de su retirada! Él mismo confiesa en una carta escrita al emperador Cárlos V que en aquel conflicto le

pareció que todos sus esfuerzos eran inútiles, y que los prodigios de valor y prudencia apenas bastaban para contener el ciego entusiasmo de los indios acalorados con el ronco estruendo de los caracoles, de los tambores y otros instrumentos sagrados y militares que resonaban incesantemente en medio de la oscuridad y de las tinieblas.

Varias circunstancias particulares y principalmente la fuerza de nuestras armas ha obligado al fin á los indios á que recibiesen con docilidad el suave yugo de la dominacion española; pero no por eso dejan de repetirse de cuando en cuando escenas semejantes en distintos puntos de una y otra América. En las llanuras del nuevo Méjico: en las pampas del Sacramento y de Buenos Aires, y en las riberas del Marañon y rio Norte, se oye á veces repentinamente la cancion del combate; y nuestras centinelas se replagan á toda prisa, sabiendo que dentro de un momento los temibles puelches y apalaches se les echarán encima con la ferocidad y presteza de tigres ó leones.

La música escita asimismo en estos naturales otra clase de sentimientos muy distintos, pero no menos análogos á su genio y costumbres. Bien sé que se cree comunmente que el alma de los indios rara vez se deja ablandar por los suaves afectos de la ternura, de la devocion y del agradecimiento; pero esta opinion, ó mas bien, semejante paradoja no tiene mas fundamento que el orgullo y la ignorancia. Engreidos algunos filósofos con la aparente riqueza de su saber é ilustracion, miran á los salvages como individuos de otra especie, desdeñándose de acercarse á ellos para ecsaminarles con la debida atencion, aunque con todo eso tienen la ridícula vanidad de hablar en tono magistral y decisivo de sus costumbres, de su carácter, de sus leyes y de sus estilos; de cuyas dos fuentes salen los infinitos errores que se han esparcido en Europa sobre el particular.

Antes de salir de mi patria solo conocia á los indios por las infieles pinturas que habia hallado en varios libros de los mencionados metafísicos, y de algunos viageros modernos: ahora les conozco porque en mis dilatadas peregrinaciones los he visitado en sus propias chozas; he asistido á sus juntas; he tomado parte en sus negocios é intereses, y les he ecsaminado y preguntado con el persuasivo y penetrante idioma del cariño y de la amistad. A la luz de esta esperiencia se han ido mudando poco á poco los colores de la insinuada pintura, que conservaba en mi imaginacion, y todo el retrato ha cambiado enteramente de aspecto. Los indios me han parecido unos hombres verdaderamente racionales, y he descubierto en el fondo de su alma la raiz de todos los bellos sentimientos que adornan la nuestra. Uno de estos, como insinuabamos arriba, es la espresiva ternura, la respetuosa piedad y el sincero agradecimiento.

Palafox, que habia pasado tantos años en compañía de los indios, no tuvo reparo de escribir que en este punto igualaban y aun quizá aventajaban á los europeos. Yo he observado lo mismo; pero aqui solo hablaré de los efectos que en el particular hace en ellos la música, y de su grande fuerza para escitar en las almas de los indios las mas dulces sensaciones, á cuyo efecto terminaré ya esta disertacion con un hecho muy insigne.

Es bien notorio que las primeras tentativas que se hicieron para convertir á los naturales del Paraguay fueron del todo infructuosas. Los zelosos misioneros que descubrieron aquellas grandes provincias no lograron otro consuelo que el de regarlas con su sangre. Varios quedaron muertos en medio del desierto, otros se retiraron hácia la antigua ciudad

de la Asuncion, y el padre que habia sido gefe de todos fue hallado, pasados algunos meses, puesto de rodillas encima de un peñasco, teniendo á sus pies abierto el breviario, las manos cruzadas, el pecho atravesado con una aguda lanza, y lo restante del cuerpo medio comido de los gallinazos. Sus hijos y compañeros se animaron con la vista de tan sagrados despojos: su muda elocuencia les habló al corazon, y determinaron conquistar todo aquel pais aunque fuese á costa de sus propias vidas.

A dicho fin, pues, ya mejor instruidos del genio de sus bárbaros moradores, idearon el siguiente plan, inspirado á un tiempo por la caridad y la filosofía, y que tuvo un écsito aun mas favorable de lo que se atrevian á prometerse. Los misioneros, sentándose á los dos lados de las canoas y piraguas, cantaban alternativamente los himnos y salmos de la Iglesia, mezclando por intervalos á sus voces la armonía de algunos instrumentos que traian á propósito. Los remos herian en tanto blandamente las tranquilas aguas: los pequeños barcos abrian con suavidad un camino por en medio de la corriente; y el eco repetia en las vecinas riberas los dulcísimos acentos de la música sagrada. Los salvages salian del centro de sus bosques para oirla, y se dejaban ver por las cimias de los montes: sus pasos eran al principio tímidos y lentos; pero poco á poco atraidos por el nuevo encanto de nuestra música, dejaban ya entrar en sus corazones una especie de confianza; bajaban á la orilla, y se acercaban mas y mas á sus afables huéspedes. La noche sola daba fin á la tierna escena, que se renovaba sin falta á la mañana siguiente, y siempre con mejores esperanzas de parte de los misioneros, y de parte de los indios con señales mas claras de una inquieta curiosidad que se parecia mucho á la benevolencia y al afecto. El número de estos se aumentaba por momentos: llenaban la costa; seguian á pie por espacio de muchas millas el curso de nuestras embarcaciones, y daban á los santos cantores unos aplausos cada vez mas vivos y repetidos.

Finalmente los intrépidos misioneros saltaron en tierra sin experimentar ninguna oposicion: plantaron luego una alta cruz: despues de haber permanecido por breve rato en respetuoso silencio, rompieron otra vez el aire con los tonos alegres y patéticos de su música: tomaron al mismo tiempo en la mano un verde ramo: le estendieron hácia los indios como en muestra y prenda de los sentimientos pacíficos con que iban á visitarles: llamaron á los caciques: les regalaron y acariciaron con aquel irresistible cariño que acompaña siempre á la verdadera caridad: manifestaron en seguida las mismas amorosas disposiciones á todo el pueblo, y lograron dentro de poco que ellos mismos les convidasen de comun acuerdo á dejar para siempre los barcos, á ser los padres y oráculos de la tribu salvage, y establecerse en medio de sus ranchos.

¡Que origen tan glorioso para la famosa mision del Paraguay, de cuyos progresos y varia fortuna habria infinito que decir, si este fuese lugar conveniente!

Disertacion sobre la antigua y moderna antropofagía de varias naciones americanas

«Todas las primeras relaciones de la América, escribe Voltaire, no hablan sino de antropófagos. Se diría al oirlas que los americanos comian hombres tan comun y generalmente, como nosotros comemos carneros. El hecho mejor aclarado se reduce á un pequeño número de prisioneros que fueron comidos por sus vencedores en lugar de serlo por los gusanos.»

Esta atrevida asercion me dará abundante materia para el presente escrito; pues hallo dos cosas en dicho párrafo que no puedo absolutamente pasar en silencio. La primera, que diga Voltaire con tanta presuncion y osadía que los americanos en tiempo de su gentilidad apenas podian llamarse antropófagos, y que es cierto que solo comieron uno que otro prisionero. La segunda, que hable asi á sangre fria de un estilo tan bárbaro, tan monstruoso, tan horrible y tan opuesto á los primeros y mas puros sentimientos del corazon, que son el fundamento de la sociedad humana y de nuestra comun felicidad; pues desde el momento en que empieza á despuntar la razon, y aun antes, nos inclinan é impelen á amarnos mutuamente, á buscarnos unos á otros, y á considerarnos en cierta manera como miembros de un mismo cuerpo.

De estos sentimientos que la naturaleza inspira, y que ni las pasiones, ni la contraria costumbre pueden jamas apagar, nace asimismo el horror estremado que casi todas las naciones profesan á los caníbales ó antropófagos; siendo muy difícil hallar quien, no digo sea capaz de mirar con ojos tranquilos como un hombre se come á otro hombre, pero ni aun pueda oír la relacion circunstanciada de tan detestable escena sin conmovirse todo de pies á cabeza. Esta regla es muy general, pues comprende á doctos é ignorantes, y no sufre mas escepcion que la de varios pueblos salvages y la de ciertos filósofos muy modernos. Por lo que Voltaire, que se miraba y aplaudía á sí mismo como el principal corifeo de esta clase de sabios, no contento de hablar friamente de aquel atroz estilo, se esfuerza en cierta manera á disculparle. Todo ello, dice, se reduce en sustancia á que los indios se comian algunos pocos prisioneros en lugar de dejarlos comer por los gusanos.

En vista pues de esto, me detendré con bonísima gana sobre el presente punto, á fin de precaver las funestas impresiones que la lectura de dicho párrafo podria hacer en el ánimo de ciertos jóvenes, que tan fácilmente se dejan seducir por los brillantes sofismas de la moderna metafísica. Otra causa tambien no menos poderosa me mueve con vehemencia á tomar esta resolucion; quiero decir, el amor de nuestra comun patria, á la cual cierta clase de eruditos estrangeros tiene tanta ojeriza, y cuya gloria se eclipsaria en gran parte si fuese verdad lo que pretende Voltaire.

Porque ¿quien ignora que una de las cosas de que mas se precia nuestra generosa nacion, es, no el haber conquistado con casi solo un escuadron de soldados españoles este dilatadísimo continente, sino el haber suavizado las costumbres de sus moradores? el haber dissipado poco á poco la espesa niebla de los errores y preocupaciones de su idolatría? el haberles quitado de las manos las envenenadas saetas que eran antes el ordinario instrumento de sus implacables y crueles venganzas? y sobre todo, el haber hecho cesar enteramente los copiosos rios de sangre humana que corrian dia y noche al pie de las aras de Vitzilipuztli y de otros infinitos ídolos; y haber quitado para siempre de la mesa de Motezuma y de sus caciques aquellos infames platos de carne humana, que se apetecian

como el bocado mas delicado y sabroso de los banquetes; aquellos platos que eran mas dignos de las arpías y furias de los antiguos poetas, que de hombres racionales?

Digo pues en primer lugar, que en mi concepto todas, ó casi todas las naciones de América eran antiguamente antropófagas. Un número infinito de observaciones confirman esta verdad. Cuando los españoles desembarcaron en estas riberas hallaron aquel estilo universalmente introducido; bien que con algunas diferencias, conforme al grado de civilizacion á que habian llegado los pueblos que aqui habitaban.

Aun actualmente hay en la América septentrional varias naciones antropófagas; pues lo son la mayor parte de las que, ó no recibieron nunca nuestras leyes, ó despues de haberlas adoptado por un poco de tiempo sacudieron su yugo para volverse á la vida salvaje. A estos indios se les llama comunmente, mecos ó bravos, no para significar su valor é intrepidez, como lo ha dicho equivocadamente Mr. de La-Perousse en la relacion de su viage, sino mas bien para espresar sus costumbres bárbaras y feroces, asi como decimos bravo á un tigre ó á una hiena, y en sentido metafórico, á un monte inculto y muy fragoso. Es gran fortuna que estas naciones no formen sociedades numerosas, siendo su ferocidad la que las impide multiplicarse mucho; no de otra manera que entre los cuadrúpedos la clase de los leones, de los tigres y de los lobos es muy poco abundante respecto de la de los bueyes, de las cabras y otros animales mansos.

No por eso pretendo dar á entender que todos los indios mecos ó bravos de la America septentrional sean antropófagos; sino que hay aun entre ellos varias tribus que todavía conservan tan detestable costumbre. No pocos viajeros, internándose incautamente hácia el norte por regiones y desiertos desconocidos, han corrido con este motivo el mas inminente riesgo. En la misma costa occidental del seno mejicano se ha visto alguna vez renovarse esta horrible escena, y los náufragos europeos ser degollados y comidos por los indios, que observando de lejos su naufragio, habian bajado precipitadamente de los montes para salirles al encuentro al tiempo de saltar en tierra. En las márgenes de los rios que bañan las regiones mas septentrionales, se repiten con mas frecuencia semejantes atrocidades, de las que Chateau-Briand ha hecho una pintura sumamente elocuente y patética en su obra del Genio del cristianismo.

Tambien hay antropófagos en el otro departamento, quiero decir, en esta América meridional. Sus inmensas llanuras y pantanos se hallan á trechos poblados por unos salvages indómitos, que comen sin el menor remordimiento ni escrúpulo la carne de sus enemigos; bastando para ser enemigos, segun los principios de su moral y política, no ser de su pueblo, ó atravesar con una pequeña canoa alguno de sus rios y lagunas, aunque se haga esto sin ningun proyecto hostil. El Sr. Pinto, que fue embajador de Portugal en Londres por los años 1773, solia contar como hallándose de gobernador en la provincia de Matogroso, una india vieja habia tenido la desvergüenza de confesarle que habia comido varias veces carne humana; que le gustaba muchísimo, y que la comeria de nuevo con estremada complacencia si se la ofreciesen, sobre todo si fuese del cuerpo de algun tierno niño.

Otro ejemplo mas reciente ofrece el viage del célebre Baron de Humbold, el cual navegando con su compañero Mr. Bompland por el rio Guaviar y Maipure, no pudo

elevarse como deseaba hasta las fuentes del Orinoco, porque le obligó á retroceder mas que de paso el justo temor de una tribu antropófaga que habita por aquellas cercanías. A estos ejemplos pueden añadirse otros muchos tomados principalmente de las relaciones de distintos misioneros no antiguos, ya que tanto los desprecia Voltaire, sino modernos y aun muy posteriores á la época en que, segun el filósofo francés, se aclaró mejor el hecho de la pretendida antropofagia de los americanos que tanto se habia ponderado en otro tiempo.

Pero para ceñirnos mas al presente asunto, no digamos nada de todos aquellos ejemplos, y hablemos solo de los mejicanos. ¿Como, pregunto, podrá negarse que estos eran verdaderos antropófagos cuando Cortés se adelantaba con su pequeño escuadron hácia aquella capital? Es verdad que la corte de Motezuma habia llegado entonces á un grado bastante alto de cultura y civilizacion: pero tal y tan tiránica es la fuerza de la costumbre, especialmente en las naciones semibárbaras é idólatras, que aquel estilo de suyo tan detestable é inhumano permanecia aun arraigado fuertemente en medio de una nacion que empezaba ya á conocer las artes y las ciencias; que habia adoptado en otros puntos unas prácticas y usos muy racionales, y que tenia leyes de distintas especies que respiraban singular prudencia y moderacion.

El Monarca indiano, no obstante su extraordinario talento, toleraba y aun favorecia en gran manera este estilo. Las amistosas reconvenciones de Cortés, por las cuales afectaba la mayor estimacion y aprecio, no bastaron para hacerle mudar de conducta. No solo continuaba en sacrificar hombres á Vitzilipuztli y otros dioses, sino que su mesa se cubria asimismo muy á menudo con la carne de aquellas infelices víctimas. Cedió finalmente Motezuma en este último punto, esto es, en no comer de la carne sacrificada, pero cedió con gran repugnancia; cedió cuando conoció que estaba prisionero en nuestro cuartel, y cuando vió que seria temeridad ecsasperar demasiadamente aquellos soldados de quienes dependia la seguridad de su propia persona.

Pero mientras el Monarca mejicano tomaba mal de su grado esta forzosa resolucion, no por eso se dejaba de sacrificar en la ciudad, y casi á vista de nuestros españoles, un gran número de cautivos; no por eso se dejaba de despedazar al pie de las aras sus miembros, cuando todavía humeaban; no por eso se dejaba de repartir su carne como cosa sagrada entre aquellos inmundos sacerdotes, entre los grandes de la corte y las cabezas principales del pueblo.

Mas estas víctimas cuya carne se comia en Méjico, dirá alguno, eran en muy corto número; y asi tiene razon Voltaire. Quien hace este reparo, responderé yo, ó no habla de buena fe, ó no está ni aun medianamente instruido en la antigua historia mejicana. Porque ¿en que juicio cabe negar que los mejicanos habian llegado en este punto al mayor esceso de barbarie y crueldad? No es cierto por ventura que aquellos indios hacian consistir la magnificencia y ostentacion de sus fiestas, ya fuesen ordinarias ya extraordinarias, en el mayor número de prisioneros ó esclavos que sacrificaban? No se sabe igualmente que á estas fiestas, á estas grandes solemnidades tan apetecidas y concurridas, seguian siempre los convites y banquetes, en los que nobles y plebeyos, hombres y mugeres, viejos y niños comian con sumo placer la carne de aquellas víctimas, especialmente ¡me horroriza el decirlo! las piernas, muslos y brazos que se tenian por el bocado mas sabroso, arrojando lo

restante al fuego ó reservándole para alimento de las fieras que se mantenian en Chapultepec y en otras quintas reales?

Lo que mas en esto me admira es que toda una gran nacion, cual era la mejicana, se complaciese en estos sacrificios tan detestables é inhumanos; y que en la hora de su ejecucion, no solo los soldados que en la guerra se habian familiarizado con la muerte y carnicería, sino tambien las delicadas doncellas y las madres de familia mas compasivas se esforzasen á acercarse al altar lo mas que fuese posible; se apiñasen al rededor del ara; mirasen con suma curiosidad como los ministros del templo tendian y apretaban sobre ella el cuerpo desnudo de la víctima; oyesen con singular deleite los desesperados gritos y bramidos que esta daba en los últimos instantes de su vida; fuesen testigos de sus violentísimas convulsiones; le viesen abrir el pecho con un cuchillo de pedernal; y finalmente le viesen arrancar el corazon, que el gran sacerdote con la mano derecha levantada sobre las cabezas de los concurrentes manifestaba sin perder tiempo á todo el pueblo, para que le reconociese palpitante, y para que en este funestísimo momento, lejos de estremecerse, hiciesen resonar el aire con infinitas aclamaciones de extraordinario júbilo y alegría.

Tambien me maravilla y suspende en extremo que los mismos que habian sido espectadores de una escena tan trágica, tuviesen valor pocas horas despues para regalar su paladar con la carne de aquellas víctimas que habian visto destrozarse de un modo tan atroz: y sobre todo, que hasta las mismas mugeres, que reciben de la naturaleza un genio mucho mas tierno y delicado que los hombres, pudiesen resolverse á manchar su boca con semejantes manjares sin que la memoria de tantos horrores, que su imaginacion debia representarlas con la mayor viveza, las hiciese caer en el abatimiento y desmayo. Me sorprende finalmente... pero no sigo adelante, porque es preciso tener una alma del temple de la de Voltaire y de algunos otros filósofos que han querido ser sus discípulos, para poder acabar la pintura de semejantes atrocidades sin conmoverse en gran manera, y sin que el horror de lo que se pretende espresar haga caer la pluma de la mano.

No tiene duda que el que considerase todo esto antes de haber hecho muchas y muy profundas meditaciones sobre la índole del corazon humano y la fuerza de las pasiones fomentadas por la supersticion, se persuadiria que unos escesos tan bárbaros, como los que acabamos de referir, solo era posible que se cometiesen en el fondo de los bosques mas solitarios, y por algunos pocos individuos parecidos en su ferocidad á los cíclopes de Homero; pero que no era dable tubiesen lugar en una nacion que hubiese salido ya de la primera barbarie, y viviese reunida en sociedad bajo unas mismas leyes y á la sombra de un gobierno, fuese cual fuere.

Sin embargo, quien discurriese asi sobre el particular guiado por un raciocinio tan probable, no tardaria en desengañarse al mismo paso que iria adelantando en el difícil conocimiento de lo que es el hombre, y llegaria por último á descubrir que no puede ni debe colegirse que los mejicanos fuesen unos verdaderos salvages porque cometian tales atrocidades. En efecto, la historia de la especie humana presenta no uno sino muchísimos ejemplos de naciones civilizadas que se entregaron por dilatado tiempo, y por repetidas veces, á otros escesos que en la realidad no eran menos bárbaros (a).

Y para insinuar aqui solo uno que es muy insigne, léase lo que Justo Lipsio dice de los gladiadores que se daban en Roma en las fiestas públicas y privadas; ó mas bien, sin ser necesario detenerse á leer aquellos escritos, tiéndase un rato la vista por las finas y exactísimas estampas que les sirven de esplicacion y adorno, y se verá como hasta las mismas vírgenes vestales se complacian en mirar en el anfiteatro de Roma como los gladiadores se degollaban unos á otros ó se dejaban desollar por las fieras, sin mas motivo ni objeto que el de divertir al pueblo. Se verá tambien que tan distantes estaban aquellos miserables de escitar la compasion del público, que sucedia muchas veces que apenas alguno de ellos caia mortalmente herido cuando saltaba otro á toda prisa, no á socorrerle sino á beber la sangre que salia caliente de sus heridas, y esto delante de todos los espectadores; ó tal vez tambien cuando alguno de estos desgraciados caia muerto en la arena despedazado por una pantera ó herido con las agudas astas de un ciervo, ciertos enfermos corrian á bañarse en su sangre y á humedecer con ella sus labios ardientes. Se verá por último otro acto, digámoslo asi, de la misma tragedia, pero todavía mas horroroso que los dos antecedentes; quiero decir, la sangre de los gladiadores correr sobre las mesas de los Grandes mientras se estaba en ellas celebrando algun suntuoso banquete, y salpicar á menudo las manos y la cara de los convidados. Y lo que hay en esto mas digno de notarse es que á todos esos y otros semejantes epectáculos se daba en Roma el comun nombre de ludi (b), que viene á ser juego ó entretenimiento. Tal era en el fondo la barbarie de aquella nacion que dominaba al mundo; que habia adoptado las artes y leyes de la Grecia, y que se preciaba de tratar con tanta humanidad á todos los demas pueblos. Pero no hay que estrañarlo, porque ni la depravacion del corazon humano ni la supersticion conocen ó han conocido jamas límite alguno.

Volvamos ahora á nuestros mejicanos. Es inegable que sin embargo de lo mucho que habian adelantado en la civilizacion, eran verdaderos antropófagos. Es tambien inegable que su delito en este punto no se reducía á comer un cierto número de prisioneros, como lo pretende Voltaire; pues consta que en todo el imperio mejicano, y mas que en ninguna otra parte en su capital, no se cesaba de sacrificar víctimas humanas, ya con uno ya con otro pretexto, cuya carne se distribuía inmediatamente despues, segun queda dicho, entre el príncipe, el sacerdote y los asistentes.

El último Motezuma hacia alarde de sobrepujar á sus ascendientes en esta especie de magnificencia, aunque tan bárbara y tan mal entendida. Era este cruel espediente un ardid de su fina hipocresía. Creía que bañando muy á menudo las aras de los dioses con la sangre de sus enemigos, el pueblo que asistia y tomaba tanta parte en dichas fiestas le tendria por un monarca muy religioso, y por lo mismo miraria como justas cuantas guerras y conquistas emprendiese. Motezuma lograba igualmente por dicho medio otra ventaja no menos grande, porque distraidos sus vasallos con estas aparentes representaciones de grandeza y poder, y pasando de unos en otros regocijos y espectáculos, no sentian tanto el peso de las cadenas con que les oprimia, ni cuidaban de oponerse á sus ideas en extremo ambiciosas y tiránicas (c).

Estas y otras semejantes causas contribuyeron á que el execrable estilo de sacrificar víctimas humanas, que tan conforme era al gusto del pueblo de Anahuac, llegase en su capital á lo sumo de la abominacion. Pero no solo se aumentó escandalosamente el número de dichas víctimas en Méjico, sino que creció á proporcion como era regular en todas las

principales ciudades del imperio. Motezuma desde lo alto del solio daba este ejemplo fatal á todos sus pueblos; y es claro que los cortesanos empleados en el gobierno de las provincias y ejércitos no podían dispensarse de imitarle. Cundía también esta peste por los caciques tributarios, que eran muchos y poderosos. La adulación y la vanidad les empeñaban á repetir muy frecuentemente en sus dominios unas escenas que, sobre ser tan análogas á su cruel superstición, aumentaban la idea de la fuerza de sus armas, tenían gustosamente entretenidos los soldados en los cortos intervalos de la paz, y lisonjaban en gran manera al emperador y á los magnates de la corte.

Es, pues, muy cierto que el feroz maquiavelismo y la detestable hipocresía hacían derramar casi incesantemente en estas amenísimas regiones arroyos de sangre humana, antes que se apoderasen de ellas los españoles, y antes que por una parte la vigilancia y energía de los magistrados, y por otra las tiernas y caritativas persuasiones de los misioneros, pusieron fin á dicha práctica, no menos perniciosa que horrible. Y este beneficio debe reconocerse por uno de los más señalados y provechosos que nuestra nación ha hecho en particular á este inmenso continente, y en general á toda la humanidad. El amable y benéfico espíritu de la religión de Jesucristo, que los españoles introdujeron en este país, fue el que desterró en pocos años aquella bárbara costumbre, que además de destruir los cimientos de la sociedad humana, era tan contraria al aumento de la población (d).

Yo no me atreveré á decir á punto fijo cuantos eran los hombres á quienes se mataba aquí inhumanamente sobre las aras; porque sé que en esto hay diferentes opiniones. Pero no tendré reparo de asegurar que su número excedía á lo que hubiera podido jamás imaginarse en Europa. El Sr. Zumarraga, sugeto tan respetable por su carácter y veracidad, y tan amado de los indios por la estremada bondad de su corazón, escribe que en solo la ciudad de Méjico se sacrificaban anualmente veinte mil hombres. Acosta dice que había días en que las víctimas muertas en varias partes del imperio bastaban para completar el espresado número. Es difícil hallar excepciones que oponer á estos dos testigos tan calificados, y que casi pudieron tocar con la mano la verdad de lo que refieren.

Consiento sin embargo en que no se admitan estos cálculos; pero quiero que á lo menos se me conceda que el espresado número de veinte mil no podrá reputarse en manera alguna excesivo, si en él se comprende, no precisamente las víctimas que se sacrificaban todos los años en solo Méjico según el cómputo del Sr. Zumarraga, ó las que perecían en ciertos días muy clásicos en varias provincias de la dominación mejicana conforme á la cuenta del P. Acosta; sino las que morían anualmente á manos de los sacerdotes, así en la corte de Méjico, como en la vasta extensión del imperio. Este cálculo parece en efecto moderado á Clavigero, á quien no creo que nadie recuse como sospechoso de parcialidad contra los indios. Concilia además en cierto modo todos los otros dictámenes, y así se le puede dar sin riesgo la preferencia.

Quede pues establecida como una opinión muy probable que las anuales víctimas humanas no pasaban de veinte mil. ¿Quién, pregunto, aun supuesta dicha limitación, no se maravillará y horrorizará de tanta crueldad? Quien dejará de conocer que esta práctica tan bárbara hubiera bastado por sí sola para convertir con el tiempo la mayor parte de estas regiones en otras tantas espantosas soledades y desiertos? Y esto que digo es tanto más

constante, cuanto que no puede dudarse, en primer lugar, de que el número de los mencionados sacrificios se aumentaba prodigiosamente en ciertas circunstancias ó solemnidades extraordinarias, como sucedió en la dedicacion del templo mayor de Méjico; y en segundo lugar, que este mismo estilo y costumbre incitaba de continuo á los mejicanos á que soplasen por todas partes el fuego de la guerra, para tener asi pretesto y ocasion de hacer muchos prisioneros, y recojer innumerables víctimas con que regalar á sus dioses.

No faltará quizá alguno que se esfuerce á disminuir la atrocidad de aquellos sacrificios, suponiendo con Voltaire que las víctimas que se hacian morir sobre las aras no eran sino unos prisioneros, á quienes los mejicanos segun el antiguo derecho de gentes podian impunemente matar. Ningun derecho, le dirémos, ha autorizado jamas para dar la muerte á los enemigos que solo toman las armas para defenderse de sus injustos agresores; mucho menos á darles la muerte despues de haber cesado del todo el ardor del combate; y mucho menos aun á darles una muerte tan cruel. Sin embargo, ¡ojalá fuese cierto que estos indios solo hubiesen degollado con tanta inhumanidad á sus prisioneros de guerra! A lo menos habria el consuelo de pensar que en los intervalos en que el imperio estaba en paz, cesaban aquellos execrables sacrificios.

Mas ni tampoco esto puede decirse. La supersticion y vanidad de la corte mejicana no sufría que en tiempo alguno, fuese de paz ó de guerra, se disminuyese considerablemente el número de víctimas humanas que se destinaban á los altares. Cuando faltaban prisioneros, ó se corria con este solo motivo á las armas y se embestia á las provincias vecinas, ó se recibia de ellas, ya en tributo ya mediante cierto precio, un competente número de esclavos, que asimismo se enviaban con igual crueldad á los templos, cuyas aras debian manchar en breve con su sangre. Es tambien cierto que en otras ocasiones y en ciertas solemnidades, aunque no les faltase ninguno de los dos espresados recursos, echaban mano para el propio efecto de los tiernos é inocentes niños, quienes por ningun motivo podian provocarles á ira ó venganza, antes bien debian escitar en gran manera su compasion.

De lo dicho, pues, hasta aqui debe concluirse que es diligencia inútil y trabajo perdido querer excusar en este punto á los indios mejicanos. La soberbia y ambicion que habian heredado de sus antepasados les hacia crueles y feroces. La rapidez de sus conquistas habia aumentado esta misma genial ferocidad, que la religion no destruía, sino que apoyaba con todas sus fuerzas. Los progresos que habian hecho en las artes, en la civilizacion y en las ciencias no eran poderosos de mudar estas pésimas disposiciones de su ánimo; y sin las armas invencibles de los españoles y las dulces persuasiones y consejos de los misioneros, es muy probable que aun actualmente se repetirían con el mismo empeño todos los dias las horribles escenas que acabamos de describir.

Comer carne humana no es una accion de suyo indiferente, como lo han pretendido algunos filósofos, sino un atentado horrible y opuesto á las máximas mas sencillas de la razon

Voltaire, cuando habla con tan escandalosa indiferencia y frialdad de la antropofagia de los antiguos mejicanos, parece que toma partido á favor de aquellas naciones feroces, y las quiere poner á cubierto de las amargas invectivas que les dirigieron con este motivo los

primeros cronistas de América. Dichos historiadores, escribe este filósofo francés, exageraron demasiado según su costumbre; pues bien mirado, toda la culpa de los indios se reducía á comerse un corto número de los prisioneros muertos en la guerra, en lugar de dejarles devorar por los gusanos. ¿Y qué es esto, sino hacer en cierto modo la apología de los antropófagos, ó caníbales que todas las demás naciones, sean instruidas ó ignorantes, tanto abominan? Sin embargo, con esta desvergüenza se atreve á hablar un escritor que á cada paso asegura á sus lectores que el amor de la humanidad en general es el que le estimula y mueve á escribir, y se queja que sea tan difícil hallar este amor y este zelo en los historiadores modernos; pues que entre tantos como ha tenido la Francia no se ve uno solo que haya tomado por divisa el *Homo sum, humani nihil á me alienum puto*.

La autoridad, los sofismas, y sobre todo el estilo y elocuencia de Voltaire han alucinado y pervertido, así en este punto como en muchos otros, á varios filósofos, que á no padecer estos frecuentes extravíos merecerían sin disputa un general aprecio; y entre los cuales bastará sin duda citar uno, que en la muy erudita relación de su viaje impresa pocos años ha, dice espresamente que la acción de comer carne humana, por más que la educación pueda inspirarnos un contrario gusto, es ciertamente indiferente en sí misma. Contra esta proposición extravagante voy á hacer, pues, algunas reflexiones, con el fin de que nuestros jóvenes, que empiezan ya á dedicarse con ardor á la amena literatura, hallen en ellas una especie de antídoto contra los ponzoñosos sofismas de aquellos metafísicos modernos.

El uso de comer carne humana es por sí mismo tan detestable y tan contrario á las máximas más sencillas de la razón y á aquellos comunes sentimientos é inclinaciones que caracterizan y distinguen nuestra naturaleza, que nos cuesta al principio algún trabajo creer que haya en ningún ángulo del globo un pueblo bastante feroz para adoptar semejante práctica y costumbre. Es difícil por cierto persuadirnos que el hombre pueda llegar jamás á tal grado de depravación; y si hemos dado finalmente asenso á lo que nos han referido sobre el particular los viajeros europeos, ha sido solo después de habernos presentado pruebas y documentos absolutamente incontestables.

En efecto, cuando el capitán Cook aseguró en la relación de su primer viaje, que los habitantes de la nueva Zelanda eran verdaderos antropófagos, se vió luego universalmente contradicho é impugnado de sus propios paisanos los ingleses, los cuales no hicieron caso de las razones en que apoyaba aquella aserción, mirándolas como unas conjeturas muy equívocas, y que podían haber nacido únicamente de la sorpresa y novedad.

Fue menester que el mismo Cook se resolviese en su segundo viaje á presenciar una de aquellas escenas abominables, á fin de poner en claro este punto. Se hallaba aquel célebre viajero fondeado en el canal de la reina Carlota, cuando un oficial llevó á bordo la cabeza de un joven zelandés, cuyo cuerpo según toda apariencia había sido comido poco antes por los indios.

La vista de esta cabeza todavía ensangrentada llenó de indignación al capitán Cook; pero haciéndose cargo que el mal ya no tenía remedio, y deseando por otra parte ser testigo de un hecho de que tanto se dudaba en Europa, preguntó á los zelandeses que estaban acaso en la fragata, si comerían de buena gana aquella cabeza? Todos respondieron á una que sí, y que era bocado delicioso. Consintió, pues, á que se cortase un pedazo de la mejilla y se

pusiese en las parrillas; el cual apenas estuvo un poco asado, cuando una de aquellos caníbales se le tragó con extraordinaria voracidad, demostrando al propio tiempo con gestos muy espresivos el singular deleite que le causaba. Toda la tripulación se halló presente á este lance; y Mr. Pickersgill, que era quien por un clavo habia comprado dicha cabeza, la depositó á su vuelta en Londres en el gabinete de Mr. John-Teunter miembro de la sociedad Real.

Pero no tardaron aquellos naturales en dar á los ingleses otra prueba, todavía mas auténtica y palpable, de su estremada ferocidad; pues pocos dias despues cuando ya la Resolución se habia hecho á la vela, se comieron á Mr. Rowe y otros diez entre marineros y soldados, que el capitan Tourneaux habia enviado á tierra á recoger algunas yerbas antiscorbúticas para el uso de su corbeta.

Sin estos dos hechos, y otros no menos atroces que se publicaron luego, no se creeria aun en Londres que los nuevos zelandeses fuesen en realidad antropófagos, por mas que lo hubiese asegurado un hombre tan verídico y puntual como Cook. ¡Tal y tan grande es la repugnancia que, conforme queda dicho, tenemos todos á persuadirnos que haya hombres tan absolutamente bárbaros y desnaturalizados, que lleguen á alimentarse de la carne de otros hombres!

Pero este horror no proviene por cierto de nuestra refinada cultura ó de los usos moderados y blandas costumbres en que nos hemos educado, sino antes bien de un sentimiento general inspirado por la misma naturaleza.

Consúltese en efecto la historia antigua y moderna, y se verá como el espresado horror ha sido comun á casi todas las naciones. La misma fábula ofrece mil señales de esta verdad. Yo estoy persuadido de que al pintarnos Homero y Virgilio con colores tan feos la imagen de los cíclopes del Etna, no tuvieron mas motivo que la suma aversion y odio que griegos y romanos profesaban desde tiempos muy antiguos á los caníbales. La descripcion de la cueva de Caco que se lee en el libro octavo de la Eneida, y la vida de Teseo escrita por Plutarco, ofrecen igualmente huellas nada equívocas de este mismo odio. ¿Y que otra cosa dan á entender muchas de las anécdotas que se refieren acerca de los antiguos titanes y gigantes? Podrian, pregunto, estas rídículas consejas haberse esparcido por casi todas las naciones del mundo, y hallarse envueltas, digámoslo asi, en la mayor parte de las mitologías, como en realidad se hallan, sino hubiesen nacido de una raiz comun; quiero decir, de la extrema aversion que todos los hombres tienen y han tenido siempre naturalmente á los antropófagos?

No sirve reproducir aqui los sofismas de nuestros metafísicos. Es inegable que el mas débil grado de cultura basta para que un pueblo sienta y espresese con energía la mencionada aversion. Cuando Pizarro conquistó el Perú, ya habia algunos siglos que aquellos naturales adoraban, como una divinidad tutelar, á su primer Inca, porque habia desterrado enteramente de aquellas provincias los usos abominables de los caníbales. En la isla de Otahiti se da aun hoy una especie de culto á la memoria de dos hermanos, que en cierta época muy antigua se coligaron para esterminar con inminente riesgo de sus vidas á dos Tachecais ó antropófagos, los cuales bajaban á menudo de las montañas á matar los pobres é indefensos isleños, cuyos cadáveres se llevaban luego á sus chozas para que les sirviesen

de alimento. Esta historia, que los sacerdotes de Otahiti contaron á Mr. Anderson, podrá muy bien no ser mas que una fábula; pero esta, aun siéndolo, probaria del mismo modo el horror con que los otahitinos miran ya de tiempos sumamente remotos la barbarie execrable de los caníbales, que no pocos escritores europeos quieren ahora persuadirnos que nada tiene en sí de reprehensible.

El propio Mr. Anderson nos ofrece otro ejemplo memorable de esta especie. Habia este sabio naturalista desembarcado en la pequeña isla de Watercoo, juntamente con los señores Góre y Burney, llevando en su compañía al célebre Omai para que les sirviese de intérprete. La vivísima curiosidad de examinar y observar á los cuatro viajeros, tan diferentes de los hombres que habian visto hasta entonces, movió á aquellos naturales á detenerles como en rehenes por espacio de algunas horas. Omai, no sabiendo á qué atribuir aquella especie de violencia, y advirtiendo que allí cerca preparaban con gran prisa un horno, les preguntó, no sin inquietud, si por ventura hacian aquella diligencia para asarle á él y á sus compañeros, y comerselos despues conforme al estilo de los habitantes de la nueva Zelanda? Esta imprudente pregunta causó la mayor estrañeza á los isleños. ¿Es acaso este vuestro estilo? le respondieron prontamente, manifestándole con el tono de la voz su horror é indignacion. Sin embargo, los que se horrorizaban é indignaban de que hubiese formado contra ellos semejante sospecha, eran unos pobres salvages medio desnudos que acababan de salir del fondo de sus bosques, y que estaban aun bien lejos de haberse elevado al grado en que se halla nuestra cultura y civilizacion. Conocian no obstante, sin haber concurrido en nuestras escuelas, toda la fealdad y perversidad de la práctica favorita de los caníbales: ¿unde nisi intus monstratum? diré aqui con el poeta.

Finalmente, no puedo pasar en silencio otro hecho que no es menos insigne ni menos á propósito que los antecedentes. Cuenta Cook que estando fondeado en Tongataboo, que es la metrópoli de las Islas de los amigos, nombró en distintas ocasiones y en presencia de un numerosísimo concurso á otra isla no muy distante llamada Teagee, á la que él habia arribado en su primer viage, y reparó que cuantas veces pronunciaba dicho nombre, otras tantas todos los que le oian desde el Rey hasta el último tonton ó criado acudian prontamente á cubrirse el rostro con ambas manos. No sabia, dice, á qué atribuir al principio un estilo tan estraño y repetido con tanta uniformidad y constancia. Pero despues vine á averiguar que los habitantes de Teagee son antropófagos; y que nuestros huéspedes con aquel espresivo gesto pretendian demostrarme el grande horror y odio que les tenian por dicho motivo.

¿Que mas pruebas se necesitan para colegir con la mayor evidencia que no es la educacion, sino la naturaleza, la que nos inspira tanta aversion á los caníbales? Sin embargo, óigase todavía otro caso insigne tomado igualmente de la relacion de Cook. Bastará este caso, no solo para acabar de poner en claro mi proposicion, sino tambien para llenar de rubor á todos los metafísicos que pretendieren vanamente combatirla.

Cuando á bordo de la Resolucion pasaba la atroz escena que poco ha hemos referido, se hallaba presente, entre los muchos espectadores, un jóven indio natural de Bolabola llamado Edidéo, á quien el comandante ingles habia embarcado consigo en Ulietá. Vió, pues, este jóven con estraña admiracion como los ingleses cortaban con un cuchillo un pedazo de la carne que todavía conservaba la mencionada cabeza. Vió con no menor

sorpresa como le ponian sobre las parrillas y asaban. Vió finalmente como le daban á un zelandes que habia manifestado un vivísimo é impaciente deseo de poseerle. En cada uno de estos actos se aumentaba y crecia visiblemente la congoja interior de nuestro indio, como era fácil conocerlo por el movimiento inquieto de los ojos, por el color demudado de su rostro, y por la tension violenta de todo el cuerpo. Pero asi que reparó que el zelandes que habia recibido aquel pedazo de carne humana se le comia con brutal voracidad, y que los ingleses lo miraban y se lo permitian sin darle el merecido castigo, y aun sin reprenderle; la vista de tan inesperado y odioso espectáculo le hizo, escribe Cook, quedar del todo inmoble, como si se hubiese transformado en una estatua de horror. Su agitacion se pintó en todas sus facciones de una manera que es imposible describir. Vuelto despues en sí, derramó un arroyo de lágrimas; y continuó mucho tiempo llorando y dirigiendo vivos reproches á los indios, tratándoles de hombres despreciables, y diciéndoles que no era ni seria jamas su amigo. Habló tambien del mismo modo al europeo que habia cortado el pedazo de carne, y no quiso en manera alguna aceptar el cuchillo que habia servido para dicho efecto. ¡Tal fue, concluye Cook, la indignacion de Edidéo contra esta abominable costumbre!

Mr. Forster describe tambien circunstanciadamente el mismo lance. Edidéo, dice, no pudo sufrir mucho tiempo la vista de esta escena. Antes bien se retiró á la cámara de popa, y allí se entregó enteramente al abatimiento y esceso de su dolor. Fuí á verle y le hallé todo bañado en lágrimas. Me habló largo rato de los desgraciados padres de la víctima, que él habia visto comer. Este indicio nos dió la mejor idea de su corazon. Su, perturbacion duró muchas horas, y en lo sucesivo nunca nos recordó este acontecimiento sin alterarse.

Asi nos habla á veces la naturaleza, valiéndose de un sencillo salvage para darnos las mas sublimes é importantes lecciones, y para espresarnos con una elocuencia irresistible cuales sean las primitivas inclinaciones del corazon humano que nosotros con nuestra pretendida cultura y civilizacion hemos sufocado en gran parte. El amable Edidéo merecia sin duda ser considerado en aquel momento como un Pitágoras, ó un Sócrates. Sus gestos, sus lágrimas y sus espresiones, en las que no se reconocia la menor afectacion, demostraban mejor que el mas estudiado y limado discurso, que el hombre ha nacido para vivir en sociedad y union con los otros hombres: que su principal gloria consiste, no en perseguir y hollar á los demas individuos de su especie, sino en favorecerles y amarles; y que la ternura y compasion es uno de los sentimientos mas nobles de su alma. La estraordinaria perturbacion y conmocion de aquel ingenuo isleño, vuelvo á repetir, rebata y destruye completamente la opinion de aquellos metafísicos que miran como cosa en sí muy indiferente la costumbre de comer carne humana, y como un puro efecto de la educacion ó mas bien, segun dicen ellos, de la preocupacion, el horror y odio que nosotros profesamos generalmente á tan atroz uso y estilo. Por brillantes que sean los sofismas de estos filósofos, no podrán nunca alucinar á los hombres juiciosos y mucho menos á los verdaderos sabios, los cuales vivirán siempre muy persuadidos de que la naturaleza, cuando se la pregunta como debe, confiesa de un modo muy claro é inteligible, que ha dado al género humano, por valirme de la espresion de Juvenal, un corazon sumamente blando, y que la ternura que se manifiesta á veces espontáneamente con las lágrimas es el sentimiento que mas le honra. Hæc nostri pars optima sensus.

No fue solo Edidéo quien manifestó tener tanto horror á los caníbales zelandeses. Otros paisanos suyos dieron en varias ocasiones pruebas no menos ciertas de la misma sensibilidad. Cook escribe que en su primer viage vió infinitas veces como el indio Tupia, que entendia y hablaba el idioma de aquellos naturales y que por esta razon era mirado de ellos con particular cariño, se esforzaba con todo el calor y esmero posible á demostrarles cuan abominable é injusta era la costumbre de comer carne humana. Un gran número de zelandeses, añade aquel célebre viagero, le escuchaban siempre con suma atencion, aunque no observé jamas que quedasen satisfechos de sus argumentos, ni que toda su retórica bastase á persuadirles.

Omai, paisano de Tupia, aunque muy inferior á él en luces y talento, dió no obstante muestras de poseer un alma no menos sensible. Entró de improviso una mañana en la cámara del propio Cook, y presentándole al gefe de los caníbales que tres años antes se habian comido diez hombres de la tripulacion del capitán Tourneaux, le habló con esta elocuencia verdaderamente sólida y enérgica: He aqui Kakoora, dijo, mátales. Y dicho esto se salió afuera. Mas habiendo vuelto á entrar poco despues y viendo al facineroso todavía en pie, esforzó la voz, y con tono de indignacion: ¿Porque, continuó, no le matas? Tú me asegurabas que en Inglaterra ahorcan al hombre que ha muerto á otro hombre. Este bárbaro mató diez, y tú no quieres darle la muerte, aunque la mayor parte de sus paisanos lo desee! aunque esto sea justo!

Pero dejémonos ya de ejemplos. Es muy conocido el modo de pensar que tienen en este punto todos aquellos salvages que no están del todo corrompidos, y cuyas costumbres ofrecen aun la imágen, bien que no poco desfigurada, de la primitiva sencillez. La estraña opinion que impugnamos no hallará jamas lugar entre ellos; pues está evidentemente contradicha por la voz de la naturaleza, y solo puede lograr aplauso entre ciertos metafísicos de los últimos siglos ó entre sus discípulos, esto es, entre unos filósofos europeos que apenas se dignan nunca seguir los caminos trillados por los demas: que tienen antes bien la vanidad de abrirse nuevas sendas, y de imaginar y promover sobre cualquier materia, aunque sea de política y moral, sistemas que les adquieran reputacion y fama de hombres de grande ingenio y talento; sin reparar en el daño que causan de continuo á la sociedad, y sin echar de ver que ellos mismos, á fuerza de tanto sutilizar, se contradicen muy á menudo, metiéndose en un laberinto del que es casi imposible que acierten á salir.

No hablemos aqui sino de lo perteneciente á nuestro asunto. Ya hemos visto cuan absurda y falsa sea la opinion de aquellos filósofos. ¿Pero puede haber otra, pregunto, que sea mas contraria á la buena moral? Puede haber otra que mas se oponga á los intereses de la humana sociedad? No por cierto: porque la tranquilidad y seguridad general de nuestras vidas se funda principalmente en el horror que todos los hombres tenemos desde la niñez á las muertes violentas y homicidios. Este saludable horror hace que vivamos sin inquietud en medio de nuestros semejantes; que el vecino no desconfie de su vecino, ni el forastero de su huésped; y que cuando llega la noche, se oscurece el aire, y se confunden todos los objetos, nos entreguemos sin el menor recelo al dulce sueño, aunque nos hallemos á la sazón rodeados de hombres que no conocemos; pues estamos bien persuadidos que aquel sentimiento tan enérgico de la naturaleza velará en nuestra defensa, si es lícito explicarme de esta manera.

En efecto, aquel horror que se halla igualmente en todos los hombres antes que las pasiones y los malos ejemplos le hayan pervertido del todo, sufocando enteramente las inclinaciones y sentimientos espontáneos del corazón: aquel horror, repito, es el que detiene tan á menudo la mano del asesino, con mucha mas fuerza que podria hacerlo el temor del cadalso. Muchos hombres se hallarán sin duda que hagan poco caso de faltar á los deberes mas sagrados y de esponerse á la pena capital; pero no se encontrará uno, yo lo aseguro, que cuando se determine á ejecutar el primer asesinato no tiemble todo de pies á cabeza al tiempo de levantar el puñal para meterle alevosamente en el corazón de otro hombre inocente é indefenso. Buena prueba de ello nos ofrece el ver que aunque nuestras leyes amenazan con un mismo castigo á los salteadores y á los homicidas, es muy corto el número de estos respecto del de aquellos. El hombre malvado que pasa días y noches en una emboscada para sorprender y despojar al incauto viajero, raras veces forma el proyecto deliberado de esperarle para quitarle la vida: de modo que regularmente es menester que halle ó tema hallar una resistencia vigorosa en su contrario para resolverse á cometer un tan grande atentado.

No niego que el tiempo y la costumbre llegan de tal modo á endurecer el corazón humano, que se encuentran alguna vez asesinos de profesion. Pero estos malvados, que nunca son en gran número, tienen que luchar antes mucho tiempo con los sentimientos de la naturaleza que les inclina á la ternura, y con las continuas y enérgicas reprensiones de la razón que les amonesta á gritos como los hombres son todos hermanos, y como no deben mancharse los unos con la sangre de los otros. Finalmente logran reprimir aquellos sentimientos y acallar aquellos gritos; pero su victoria está bien lejos de ser completa. En los momentos de quietud y sosiego en que el hombre, quiera ó no quiera, entra en sí mismo, no dejan nunca de levantarse del fondo de su alma los crueles remordimientos, que con una fuerza irresistible perturban sus deleites, y le llenan de rabia y despecho: siendo este en realidad aquel terrible azote que los antiguos poetas pusieron en manos de las furias (e). Tales y tan poderosos son los efectos del natural horror de que vamos hablando.

Y no parezca que estas últimas reflexiones forman aquí una digresion fuera de intento; pues al contrario, nada hay tan á propósito para demostrar cuan perniciosa es la opinion que impugnamos. El horror que todos los hombres tienen naturalmente al homicidio es, como hemos visto, uno de los mas firmes fundamentos que aseguran nuestra tranquilidad, y que hacen reinar la confianza y seguridad en nuestras numerosas sociedades. Pero si los hombres llegasen á familiarizarse con la muerte: si en lugar de esconder en la tierra como en el seno de nuestra comun madre los cuerpos de los difuntos, les retuviesen é hiciesen pedazos para cebarse con su carne: si por último se persuadiesen, segun lo pretenden tantos filósofos, que la violentísima repugnancia que experimentamos en nuestro interior al ver las mesas de los caníbales cubiertas de aquellos miserables despojos, y mucho mas al verles alargar la mano para llevarlos á su boca, no es un aviso de la naturaleza, sino un puro efecto de la costumbre y educacion ¿en qué vendria á parar la sociedad humana?

Los hombres en esta suposicion, se harian primero insensibles, y luego crueles y atroces. Descuartizar el cadáver de otro hombre seria para ellos una accion tan indiferente, como lo es para nuestros cocineros desplumar un pájaro ó desollar un conejo. El homicidio y el asesinato perderian poco á poco á sus ojos todo lo que tienen en sí de ecsecrable. El mismo interes que basta para cometer un robo, bastaria entonces para ejecutar una muerte alevosa,

y se llegaría á quitar la vida á un hombre con solo aquel frio remordimiento con que se le suele privar tan á menudo de sus bienes. Finalmente, para decirlo todo en una palabra, los pueblos ó las tribus ya medio civilizadas se convertirían en una gavilla de asesinos que no dejarían nunca las armas, y saldrían á la guerra con el propio intento y fin con que nosotros vamos á la caza.

Esta observacion que no es mia, sino del sabio ingles Hawkesworth, recibe abundante luz y grande peso de lo que dice Cook en su tercer viage acerca del genio y carácter de nuestros zelandeses, que son verdaderos caníbales ó antropófagos. Estos le habian parecido al principio una nacion dotada de inclinaciones inocentes y de costumbres muy sencillas y suaves, particularmente cuando la cancion del combate no escitaba en ellos aquel feroz y ciego entusiasmo que es tan comun en todos los salvages. Pero despues de la catástrofe del capitán Torneaux, ecsaminándoles mas de cerca y con mayor cuidado, conoció quanto se habia engañado, no pudiendo dudar que su venganza les llevaba al último esceso de inhumanidad. Si hubiese creido á mis huéspedes, escribe, no hubiera quedado en tan vasto país hombre á vida; pues no solo me proponian que matase al gefe Kakoora, á quien aborrecian, sino que igualmente cada pueblo, cada tribu y cada rancho de cuantos visité, me pedia con grandes instancias que esterminase y aniquilase la tribu, rancho ó pueblo mas vecino. ¡A tal grado de ferocidad habian llegado aquellos caníbales! De lo que es fácil colegir como el bellum omnium adversus omnes de Hobbes, en lugar de ser el estado natural del hombre, es al contrario el estado á que este se precipita infaliblemente cuando ha sufocado los sentimientos primitivos y naturales del corazón.

Cuatro clases en que pueden cómodamente dividirse los antropófagos ó caníbales antiguos y modernos

Todos los caníbales ó antropófagos de que tenemos noticia pueden cómodamente distribuirse en cuatro distintas clases; y esta sencilla division será en gran manera útil, asi para ilustrar este punto de historia tan controvertido, como tambien para dar á entender de que modo algunos salvages que en épocas remotísimas habian sido con todo rigor antropófagos, se fueron poco á poco y casi insensiblemente apartando de tan atroz costumbre, hasta dejarla del todo, ó moderarla y suavizarla cuanto les pareció bastante para acallar los amenazadores gritos de su propia conciencia.

Como esta division es nueva, ruego á mis lectores que la ecsaminen con singular cuidado y con severa crítica; pues por lo mismo que no he encontrado de ella el menor indicio en ningun autor antiguo ni moderno, no puedo proponerla sino con cierta desconfianza.

La primera, pues, de dichas cuatro clases contiene la mas detestable especie de caníbales, que eran sin duda los que no siendo impelidos de ira, rabia, despecho ó venganza, sino solo del brutal deseo de cebar y satisfacer su voraz y horrible gula, mataban desapiadadamente á otros hombres.

La segunda, que ciertamente es mucho mas numerosa, comprende unos caníbales ya algo menos feroces que los primeros; porque los de esta clase no se ceban sin distincion, como los de la otra, con la carne de cualquier hombre, sea quien fuere; sino con la de solos sus enemigos, ya hayan quedado muertos en la batalla, ya hayan sido cogidos vivos. En el primer caso el inhumano banquete se celebra por lo comun con gran grita y algazara, en el propio lugar donde se ha dado el combate, y antes que se haya secado la sangre de que estan teñidas sus macanas y puñales. En el segundo caso puede diferirse con mayor barbarie para otro lugar y tiempo, á fin de que le haya de regalar y engordar á los prisioneros, ó mas bien de llamar á los viejos, á las mugeres y á los niños que como gente inútil para un ataque se habian retirado á los montes ó algunos otros puestos muy seguros.

La tercera clase, asimismo un poco mas humana ó menos atroz que la segunda, comprende á los que tienen ó tenían la costumbre de llevar sus cautivos á las aras aun estando en vida, presentarles á los sacerdotes, ofrecerles por su mano á los dioses como otras tantas víctimas, hacer que los degollasen sin compasion en presencia de un numerosísimo concurso, y despues de haber derramado su sangre al rededor del altar y haber consumido con el fuego, ó de otro modo, una porcion escogida de sus miembros, distribuirse entre todos lo restante para comérselo en uno ó muchos banquetes.

Finalmente, la última y sin comparacion alguna la mas moderada de todas, es la de aquellos que cuando determinan aplacar la ira y saña de sus ídolos con alguna víctima humana, lo primero que hacen es matarla fuera del recinto sagrado: la llevan despues y regularmente al cabo de pocas horas al templo, donde la colocan encima del ara para que los sacerdotes pronuncien sobre el difunto algunas oraciones é imprecaciones: luego la cortan alguna pequeña parte del cuerpo, que es la que señala su ritual, la presentan á la persona mas distinguida del concurso en ademan de convidarle á que se la coma á nombre de todos; y sin llegar á verificar esto, dan con otras muchas y no menos supersticiosas ceremonias sepultura á todo el cadáver. Estas son las cuatro clases á que, segun mi dictámen, pueden fácilmente reducirse todos los antropófagos ó caníbales que hasta ahora conocemos.

Los que hemos colocado en la primera no aseguraré yo que hayan ecsistido nunca realmente en ningun pais del mundo nuevo ó antiguo; pero no deben omitirse, porque en las mas célebres fábulas y aun en algunas cosmogonías hallamos hecha de ellos muy frecuente mencion. En efecto, Caco y Polifemo, tales como nos les representan Homero y Virgilio, eran dos caníbales de esta clase. Tambien parece que lo eran varios de los titanes y gigantes, á cuyos famosos hechos alude tan á menudo la mitología de los griegos. El poeta Moschion, por ejemplo, piensa que las leyes de algunos pueblos antiquísimos mandaron que se sepultasen debajo de tierra los difuntos, y que los viageros esparciesen polvo ó arena sobre los cadáveres que acaso encontrasen, á fin de que con estas acciones religiosas se ocultasen á los ojos de los hombres las señales abominables de la prístina voracidad.

Ne darentur conspici
Abominanda signa pastus pristini.

No solo los mitologistas griegos y latinos hacen mencion de dichos titanes y gigantes, sino que tambien se conservan aun hoy en memoria por las supersticiosas tradiciones de

varios pueblos de este nuevo continente. Los indios de Manta y de Puerto viejo en el Perú mostraban en tiempo del P. Acosta un pozo hecho de piedras de gran valor, y se esforzaban en persuadir á los forasteros que aquella memorable obra habia sido fabricada por unos hombres de una corpulencia monstruosa y de una ferocidad sin límites, los cuales habiendo desembarcado, no sé cuando, en aquellas playas y habiéndolas profanado con infinitos y muy enormes crímenes, habian sido al fin abrasados y consumidos por un fuego que bajó del cielo.

Por lo que respecta á los mejicanos, es cierto que sus primitivas historias daban á entender que de la otra parte de la Sierra nevada hallaron los tlascaltecas ocupado el pais por ciertos gigantes á quienes vencieron y desbarataron, no valiéndose de la fuerza sino del ardid y de la disimulacion. El mismo P. Acosta para probar la ecsistencia de los referidos gigantes dice lo siguiente:

«Estando yo en Méjico el año 1586 encontraron un gigante de estos enterrado en una heredad nuestra, que llamamos Jesus del Monte, y nos trajeron á mostrar una muela que sin encarecimiento seria bien tan grande como un puño de un hombre, y á esta proporcion lo demas, lo cual yo ví y me maravillé de su disforme grandeza.» Si este célebre historiador no padeció en el particular alguna ilusion causada por la inesperada novedad, no tiene duda que semejante hallazgo debia mirarse como un riquísimo tesoro, y que fue mucha pereza no poner mayor cuidado en conservar y transmitir á la curiosa y erudita posteridad aquel rarísimo esqueleto. Sin embargo, lo mas probable es que Acosta y sus compañeros se equivocaron, y que la referida muela no era sino de elefante, como lo es una mucho mas enorme y muy bien petrificada que yo he visto y se encontró nueve años ha en las cercanías de la mencionada hacienda. Pero no quita que todas aquellas oscuras fábulas y tradiciones que acabamos de insinuar, me inclinen á creer que en distintos puntos de la tierra y en siglos muy apartados hubo efectivamente no pocos salvages que eran con toda propiedad caníbales ó antropófagos de la primera clase.

En cuanto á la segunda, es cosa averiguada y fuera de toda disputa que pertenecen á ella varias naciones, no fabulosas sino ecsistentes aun en el dia de hoy. Entre estas deben nombrarse primeramente los nuevos zelandeses que tan á menudo han sido visitados por los europeos, á quienes por eso no han dejado de comerles algunos compañeros, con harto mas tino y felicidad que el Cíclope de Ulises. Cook tuvo fuertes sospechas de que á los nuevos zelandeses debian añadirse los habitantes de algunas islas del mar pacífico; bien que, en orden á los del archipiélago de Sanduwich, asegura el capitán King que esta sospecha no tardó en desvanecerse. En la misma clase parece que se debe colocar á distintos salvages del norte de esta América meridional, á una ú otra tribu del Brasil, y señaladamente á aquella Nacion que habita no lejos de las fuentes del Orinoco, de cuya estraordinaria ferocidad tuvo noticia el P. Gumila y que poco hace, segun se indicó ya, hizo retroceder al célebre Baron de Humbold, desbaratando enteramente el proyecto que llevaba de elevarse á mayor altura y penetrar á todo riesgo con su inseparable compañero Bompland por aquellas espantosas soledades.

Los mejicanos, que con el ejercicio y práctica de la religion cristiana se han hecho ya tan humanos y afables, se hallaban tres siglos ha comprendidos en la tercera clase de caníbales de las cuatro que dejamos establecidas. Este es un punto de historia que no se puede

tergiversar en vista de las pruebas que he alegado antes de ahora. La cultura y civilizacion de aquel pueblo en otros varios ramos no habia aun vencido enteramente su innata ferocidad que habian heredado de los antepasados, y que sus continuas y grandes conquistas en tan ameno pais habian quizá hecho subir de punto, ofreciéndoles naturalmente la idea de que eran de una casta muy superior á la de todos sus vecinos.

Contribuia tambien infinito, como se ha dicho ya, á mantenerles en este orgullo y barbarie su propia religion; pues en lugar de inspirarles el espíritu de moderacion y dulzura, soplaba de continuo en sus corazones el fuego destructor de la arrogancia, de la venganza y de la crueldad.

Asi como es el carácter mas noble del verdadero culto hacer que sus principales solemnidades esciten en los concurrentes sentimientos muy tiernos de paz, de agradecimiento, de respeto y de amor, con que el alma se tranquiliza, se fortalece y consuela: asi por el contrario era propio de las fiestas supersticiosas de los gentiles acostumar al pueblo á las escenas mas horribles, y producir en las almas aquella funesta dureza que es la principal y mas temible de sus enfermedades. Un mejicano que oye ahora el alegre repique de las campanas de su parroquia, salta, salta, digo, de contento y de júbilo; y saliendo fuera de su choza, batiendo con gran prisa un tambor, y soltando al aire algunos brillantes cohetes, convida á sus parientes y amigos á que vayan con él á rendir el debido homenaje á la soberana Reina de cielo y tierra, ó como ellos dicen, á la Madrecita de su corazon. Esto hace ahora un mejicano convertido. Pero sus abuelos muy al reves, conmovidos en semejantes circunstancias por el bronco y horrísono estruendo de los caracoles en que soplaban los crueles sacerdotes de Vitzilipuztli, corrian sin pérdida de tiempo á la plaza mayor para desollar á sus indefensos cautivos, abrir y registrar con los ojos y con las manos sus entrañas sangrientas y su corazon palpitante, y repartirse despues aquellos miserables despojos para regalo de sus mesas.

Una nacion tan culta, como lo era sin duda la mejicana en tiempo de Motezuma, no hubiera querido ciertamente envilecerse á tal extremo haciéndose caníbal, si la supersticion no hubiese tendido su oscuro velo sobre aquella detestable costumbre, predicando en alta voz que el comer la carne de los enemigos ó cautivos despues de haberlos ofrecido solemnemente á los dioses para aplacar su cólera ó darles gracias por los beneficios recibidos, era á todas luces una accion digna de alabanza y una sagrada ceremonia de su idolatría.

Por último, en la cuarta y postrera clase de caníbales debe ponerse á los otahitinos y quizá á toda la amable nacion que ocupa los tres archipiélagos llamados de la Sociedad de los Amigos y de Sanduwich. Mr. de Bougainville fue el primero en publicar esta censura contra los habitantes de Otahiti. Sin embargo, el capitán Cook en los dos primeros viages que hizo á dicha isla nada vió que le diese fundamento suficiente para asentir á semejante acusacion. La vida tranquila de aquellos naturales; sus costumbres y usos domésticos, y la extraordinaria afabilidad con que le habian recibido y hospedado, le hacian pensar que el Viagero frances podia muy bien haberse engañado. Pero en el tercer viage conoció que este engaño ó equivocacion recaia en él y no en Bougainville. Las conversaciones del indio Omai durante la travesía le inspiraron esta desagradable sospecha, la que á pocos dias de

haber dado fondo en la bahía de Matavay, una de las de Otahiti, llegó á ser convicción y evidencia.

En efecto, el Comandante inglés asistió en persona á un sacrificio humano que el rey Otoó, condescendiendo con los deseos de su almirante general Towha, ofrecía á los dioses para implorar su favor contra la vecina isla de Eimeo, á la que había determinado embestir con una poderosa escuadra. Este sacrificio era de la especie de los que, conforme hemos explicado arriba, pertenecen á la clase mas humana ó menos cruel de los caníbales. La víctima preparada para dicho efecto era un hombre de la ínfima raza del pueblo. Cook no fue testigo de su muerte, porque la había mandado ejecutar de antemano Towha por sus criados y según el estilo del país, esto es, á pedradas.

Al día siguiente cuando Otoó y su corte, de que hacía parte nuestro ilustre Viagero, desembarcaron cerca de Attahooroo, que era el templo ó morai donde debía celebrarse la ceremonia, ya el cadáver del infeliz mancebo estaba colocado dentro de una pequeña piragua (f) puesta en la orilla del mar y á muy corta distancia del espresado morai. El asiento distinguido que ocupaba Cook al lado del Príncipe le proporcionaba la ventaja de registrar á satisfacción cuanto pasaba. Vió, pues, como de allí á pocos minutos los sacerdotes y otros ministros condujeron delante del templo la víctima, que habían primero cubierto con hojas de cocotero (g), con renuevos tiernos de plátano y con varias pequeñas ramas del aguay (h) y del maiten (i). Vió como los mencionados ministros se colocaron en derredor de la víctima, y sentándose unos y quedándose en pie otros, pronunciaron distintas oraciones durante las cuales iban quitando uno á uno de encima del cadáver todos los referidos adornos que probablemente eran otros tantos emblemas. Vió como quedando ya la víctima del todo descubierta y de manifiesto, se acercó á ella uno de los principales sacerdotes, le arrancó el ojo izquierdo y algunos cabellos, y habiéndolo envuelto todo con una verde hoja lo presentó al Rey, encargándole que abriese la boca; pero sin meterle dentro de ella el horrible bocado, le volvió otra vez al altar y le juntó con lo restante del cadáver. Qué mas? Vió, por último, como después de otras muchas y no menos supersticiosas ceremonias, cavaron en el suelo un hoyo de dos pies de profundidad en el que arrojaron finalmente la víctima, cubriéndola hasta el nivel regular con tierra y piedras.

Este inesperado y triste espectáculo acabó de convencer á Cook que sus amigos y huéspedes se dejaban dominar por una crueldad y barbarie, de la que nunca les hubiera creído capaces. La notable ceremonia de ofrecer al Rey el ojo izquierdo de la víctima previniéndole al mismo tiempo que abriese la boca, y sobre todo, el dar como daban á esta parte del sacrificio el nombre de regalo del jefe, ó comer el hombre, manifiesta bien claro que antiguamente solían los otahitinos, como los mejicanos, devorar en sus banquetes los restos de las víctimas que habían ofrecido en los altares. Pero como ya entonces, y tal vez algunos siglos antes, habían dejado aquella práctica tan atroz y solo comían de la víctima humana en un sentido metafórico, no podía con todo rigor llamárseles caníbales; á los cuales, no obstante, este bárbaro rito no dejaba de acercarlos y asemejarlos en gran manera.

Quedó atónito Cook, pero lo que mas le afligió en aquella ocasión fue sentirse obligado á pensar que dicha institución abominable se repetía muy á menudo, y no ceñía su poder tiránico dentro de los estrechos límites de Otahiti, sino que se había esparcido ya por la vasta extensión de casi todas las islas del mar pacífico; pues se acordó que hallándose en

Tongataboo (que es la metrópoli del archipiélago de los Amigos, así como Otahiti lo es del de la Sociedad) cuando se celebraba en ella la ceremonia de instalar al Hijo mayor del Monarca en los honores de príncipe heredero, le aseguraron aquellos isleños que en el curso de dicha solemnidad sacrificarían diez víctimas humanas. De lo que, añade el propio Escritor, es fácil colegir cuanta será la muchedumbre de sus asesinatos religiosos.

Conclusion

Lo dicho hasta aquí no habrá podido menos, á lo que imagino, de escitar en el lector á un mismo tiempo dos impresiones igualmente fuertes: de dolor la una, y la otra de pasmo é indignación. Porque no dudo primeramente que habrá sufrido mucha pena y congoja al ver que la especie humana, la cual por las bellas y preeminentes calidades que ha recibido de mano de su benéfico Criador debe colocarse al frente de todos los seres que contiene este mundo visible, llevando por su divina y privativa facultad de discurrir y de amar una ventaja casi infinita sobre los animales, aun sobre los que son más perfectos: la especie humana, digo, que es de suyo tan capaz de los más nobles y sublimes sentimientos, haya venido á envilecerse y degradarse hasta el extremo de ser antropófaga ó caníbal: extremo á que apenas han llegado nunca los brutos que se gobiernan por solo instinto. En efecto, yo no tengo noticia de ningún animal que se cebe con la carne de sus semejantes, sino es que quiera afirmarse esto de las focas, que abundan tanto en las bahías y peñascos del cabo de Hornos é islas de Juan Fernandez, en atención á que observaron los célebres viajeros del siglo pasado que cuando alguna de dichas focas, sintiéndose gravemente herida, pretendía zambullirse en el mar para librarse de los cazadores, otras muchas focas se la echaban al instante encima y la devoraban en un abrir y cerrar de ojos.

Pero yo juzgo que si este hecho singular se examina con la debida advertencia, se hallará que no puede formar excepción á la regla general que acabamos de insinuar. Porque se deduce de las mismas relaciones, en primer lugar, que los numerosos rebaños de dichos anfibios constan de dos especies bien distintas y que no es fácil equivocarse; pues los individuos de la una tienen al doble más corpulencia que los de la otra. Y en segundo lugar, que nunca las focas que pertenecen á una misma especie se embisten entre sí de aquel modo tan cruel; y que al contrario lo que realmente sucede es que cuando á un individuo de los de la especie primera, á la que D. Antonio Ulloa da el nombre de león marino (j), le empieza á manar mucha sangre de alguna herida y pretende ocultarse debajo del agua, los de la especie segunda que le observaban atentamente desde la vecina ribera, saltan tras él inmediatamente y le desuellan entre todos, sin darle tiempo para guarecerse.

Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que ninguno de los animales más bravos y carniceros que hemos podido observar á satisfacción, ha imitado ó igualado nunca la fiera de los caníbales. Vemos, por ejemplo, que un lobo acosado por el hambre despedaza al primer hombre que encuentra; y si acierta luego á dar con otro lobo igualmente hambriento, los dos se disputan con indecible rabia la presa, abriéndose mutuamente grandes y profundas heridas, sin ceder á veces ni apartarse hasta que uno de ellos ó ambos á dos caen muertos en el propio lugar de la lucha. La misma escena ofrecen á menudo los osos y los tigres; pero no se ha visto ni se ha oído decir jamás que ningún tigre, oso ó lobo se haya

bebido la sangre y haya comido la carne de otro individuo de su especie, ni aun en aquellos primeros momentos de furor que acompañan de ordinario á la victoria. Pero esta ferocidad, á que se resisten hasta los animales mas montaraces, es inegable que se halló antiguamente y se halla aun en el dia de hoy en varias naciones antropófagas esparcidas por el vastísimo continente de América y por las islas del mar pacífico; como lo evidencian las muchas y muy claras pruebas de que abundan las páginas que anteceden. Y este convencimiento es el que, segun decia, me figuro que habrá causado al lector no poca afliccion.

Mas á este justo y natural sentimiento, que hace mucho honor á su corazon, habrá en breve sucedido otro muy distinto de asombro y enojo contra algunos filósofos muy modernos, los cuales lejos de manifestar que miran las execrables costumbres de los caníbales con aquel horror que inspira naturalmente la humanidad, toman á cargo su apología y defensa, diciendo sin rubor que es mucha ligereza pretender juzgar y condenar á los demas hombres porque no tienen nuestras sensaciones ni nuestras ideas; y que si á nosotros las preocupaciones de la cultura y civilizacion nos hacen detestar tanto el estilo de comer carne humana, no por eso debemos olvidar que este uso considerado en sí mismo es una accion del todo inocente; y que ademas esos caníbales tan injustamente odiados pueden en otros varios puntos escitar la envidia de las naciones civilizadas y darlas lecciones de conducta y moderacion. Causa á la verdad grande asombro y fastidio al mismo tiempo, oir semejantes desatinos de boca de unos hombres á quienes se honra en Europa y fuera de ella con el título respetable de sabios. Y en efecto, ¿quien podrá ver sin maravillarse y conmovirse tanta confianza, tanto desenfreno y tanta vanidad?

Que la accion de comer carne humana no es de suyo indiferente, sino un atentado horrible y opuesto á las máximas mas sencillas de la razon, y que la naturaleza ha impreso en lo íntimo del corazon del hombre un grande horror á los antropófagos, creo, sino me engaña mucho el amor propio, haberlo demostrado con evidencia. Pero si insistieren aun los mencionados filósofos; si se empeñaren en desconocer estas verdades y la causa de semejante horror y aversion, pregúnteseles todavía: ¿porque todas las naciones entierran los cuerpos de los difuntos con pompa, con aparato y solemnidad religiosa? porque todos los hombres, miran con cierto respeto y veneracion sagrada á los sepulcros? Allí, les diremos con Chaetaubriand, se ve con una especie de placer invencible como la vida está unida á la muerte: allí la naturaleza humana se manifiesta superior al resto de la creacion, y descubre y declara sus altos destinos. Los animales destituidos de razon ¿tienen acaso algun cuidado por sus cenizas, ni por los huesos de sus padres? ¿De donde nos viene pues, les preguntaremos, la poderosa idea que tenemos de la muerte? Nosotros, les contestaremos con el citado Escritor, reverenciamos las cenizas de nuestros mayores porque una voz muy íntima y secreta nos dice que todo en ellos no está aun concluido; y que esta misma voz es la que ha consagrado el culto fúnebre en todos los pueblos de la tierra, quienes están igualmente persuadidos de que el sueño de la muerte no es por siempre duradero sino mas bien una transfiguracion gloriosa. Véase pues, les dirémos, en esta general idea, en esta firme y segura conviccion otra causa no menos poderosa del horror que naturalmente causa á los hombres el homicidio y la antropofagía.

Los filósofos, dice Mr. de La-Perousse, piensan ó afectan pensar en orden á los salvages, de un modo muy diferente del que espresan las relaciones que envio á Francia. Ellos componen sus libros en un rincon de su chimenea; pero yo que hace treinta años que estoy

navegando, soy testigo ocular de las injusticias, de la mala fe y picardía de esos pueblos, á los cuales se nos quiere pintar por tan buenos porque se hallan, segun se afirma, muy cerca del estado natural. Esto escribe aquel ilustre y desgraciadísimo Viagero. Y algunas páginas mas adelante, habiendo tomado la pluma al salir de la funesta bahía de Maouna, en donde los isleños acababan de asesinar á su digno compañero Mr. de Langle y á otros varios franceses, añade con mayor vehemencia: Estoy mil veces mas encolerizado contra los filósofos que tanto ecsaltan á los salvages, que contra los salvages mismos que tan gran daño y perdida me han ocasionado. Esta última invectiva es á la verdad muy fuerte, pero es tambien muy justa y debida.

Mas ¿qué podrá decirse cuando se presente un escritor muy célebre, quien despues de haberse valido de todas las razones posibles para defender y disculpar la cruel antropofagia de los nuevos zelandeses, desconfiando justamente de la docilidad de su lector, procura distraerle fijándole de repente la atencion en otro objeto que por su novedad y circunstancias borre de su ánimo, ó á lo menos le disminuya en gran parte, las impresiones de indignacion y de odio que empezaba quizá á concebir contra aquellos bárbaros isleños? Este es Mr. Forster el hijo, quien en la erudita relacion de su viage al polo austral, de que ya arriba hicimos mencion, se esplica con estas formales palabras: La accion de comer carne humana, por mas que la educacion pueda inspirarnos un gusto contrario, es ciertamente indiferente en sí misma... La repugnancia que experimentamos de comer un hombre muerto ¿no será por ventura efecto de la educacion, puesto que no sentimos ningun remordimiento de privarle de la vida en una guerra injusta? ¿No se han visto acaso pueblos civilizados cometer en medio de los caníbales acciones mas atroces que la de comer carne humana? Un nuevo zelandes cuando mata y come á su enemigo, es menos abominable que un español que por diversion arranca un niño del pecho de la madre y le arroja á sangre fria al suelo á fin de que sirva de alimento á sus perros. Y luego que nuestro Escritor ha proferido estas indecentes espresiones, muy indignas ciertamente de un hombre bien criado, para acabar de conmovier á sus lectores esclama, no sin grande énfasis, con los dos versos tan sabidos de Horacio:

Neque hic lupis mos nec fuit leonibus

Nunquam nisi in dispar feris.

Yo hubiera querido poder pasar aqui en silencio el nombre del Dr. Forster, porque no me gusta censurar á los que como él han hecho servicios tan importantes á las ciencias. Pero motivos muy poderosos me obligan á hablar sin disimulacion. Primeramente, el natural amor que tengo y debo á mi Patria, á la que calumnia aquel célebre Ingles de un modo ofensivo en todo extremo, comparando los españoles que conquistaron la América, con los modernos caníbales de la nueva Zelanda. Y que digo comparándoles? cuando es cierto que los deprime y abate tanto, que llega á decir que las acciones de aquellos fueron mas atroces y abominables. En segundo lugar, la sátira tan mordaz que nos dirige Mr. Forster no se halla en alguno de estos papeles efímeros que se echan á volar incesantemente en Europa con el único fin de entretener y divertir al público, y luego se sepultan en un perpetuo olvido, sino al contrario en un escrito que, segun toda apariencia, pasará á la mas remota posteridad; pues se lee dicha sátira en el segundo viage de Cook, libro que no solo permanecerá por muchos siglos, sino que andará siempre en manos de cuantos amen la geografía náutica, y deseen instruirse á fondo en el carácter y costumbres de las naciones

salvages. Haré pues dos ó tres observaciones sobre aquel indecente párrafo, pero procuraré usar de toda la posible moderacion.

Y así repito en primer lugar lo mismo que he insinuado arriba, esto es, que viendo Mr. Forster cuan mala causa era pretender disculpar la antropofagía de los nuevos zelandeses, echó mano de un ingenioso ardid muy recomendado para tales lances por los que tratan del arte oratoria. Desenvolvió improvisamente delante de sus lectores el horrible cuadro de la crueldad española; con lo que se lisonjeó que la indignacion que estos concebirian contra nuestros paisanos de Europa, les haria olvidar en breve la que empezaban á sentir contra aquellos feroces isleños. No puedo creer que haya sido otra realmente la intencion del Doctor ingles. Porque si hubiera tenido ánimo de hablar, no como orador ó poeta, sino como filósofo, hubiera sin duda suprimido aquella atroz y mal fundada injuria, ó la hubiera reservado para otra mejor ocasion. Y á fin de demostrar esto mas claramente, concédase por un instante que nuestros conquistadores de América llegaron á aquel horrible grado de inhumanidad. ¿Que consecuencia querrá sacar de ahí Mr. Forster? ¿Pretenderá por ventura demostrar con semejante hecho que la repugnancia que nosotros experimentamos de comer un hombre muerto, es quizá efecto de una preocupacion? ¿Pretenderá que la accion de comer carne humana, por mas que la educacion nos inspire un gusto contrario, es ciertamente indiferente en sí misma? Pero aquel sabio naturalista es demasiado buen lógico para no echar de ver cuan absurdas serian tales ilaciones.

Se propondrá pues persuadirnos á lo menos que no debemos mirar con horror á los nuevos zelandeses aunque sean caníbales, en atencion á que los españoles cometieron, tres siglos ha, una accion todavía mas bárbara que la de cebarse con la carne de los enemigos muertos. Si este es en efecto el único fin y blanco á que tira, tenemos la respuesta en la mano. Le harémos presente que no es buena defensa decir: los nuevos zelandeses no merecen reprehension ó no la merecen muy grande, pues ha habido otros pueblos peores que ellos; porque como advirtió muy á propósito el Poeta: Nil agit exemplum litem quod lite resolvit.

Ademas, si hemos de conformarnos con las reglas de una acendrada y juiciosa crítica, ningun género de comparacion ó cotejo podrá entablarse en el particular entre los nuevos zelandeses y los españoles. Ya he dicho que quiero conceder por un instante que sea cierto el hecho que se cita; y supongo que hubo realmente en el ejército de Cortés soldados que sin mas objeto que el de divertirse arrojaron á sus perros el tierno infante que, como los otros militares puestos por Rafael de Urbino en su incomparable pintura del martirio de los inocentes, habian arrancado con estrema violencia del pecho de su madre. Pero ¿en que consideracion cabe comparar este acto, bien que tan atroz, con la antropofagía de los mencionados isleños?

Aquellos pretendidos españoles eran, segun se supone, tan solo algunos militares, que sin orden, sin licencia, sin consentimiento ó noticia de sus gefes se abandonaron á su feroz brutalidad. Las leyes generales de su nacion y las particulares de su milicia estaban tan lejos de autorizar su barbarie, que por solo este hecho, y aun por otros mucho menos crueles, les hubieran declarado merecedores del último suplicio. Por otra parte, nuestra santa religion, que todos aquellos soldados profesaban públicamente, les amenazaba por lo mismo con toda una eternidad de penas, y fulminaba contra ellos los terribles anatemas de que hace uso

únicamente para castigar los crímenes mas atroces. De manera que si aquella detestable tragedia llegó realmente á representarse, fue solo una accion de algunos individuos sumamente depravados, y en ella no tuvo ni pudo tener parte alguna, ni aun la mas mínima, ni nuestra religion, ni nuestra nacion.

¿Podrá acaso asegurarse lo mismo de la antropofagía de los nuevos zelandeses? ¿Se dirá que solo uno que otro isleño era antropófago, pero que la nacion entera se mantenía pura y libre de semejante delito? que la nacion le miraba con horror, al mismo tiempo que la religion entregaba á la ecsecracion pública á los que le cometian? No, sino todo lo contrario. Cuando por ejemplo el gefe zelandes Kakoora hubo dado la muerte á Mr. Rowe y á otros diez ingleses en el canal de la reina Carlota, mandó inmediatamente que se hiciesen pedazos los miserables cadáveres, y se abriesen sin pérdida de tiempo hornos en el suelo para asarles al uso del pais. Pocos instantes despues se sentó sobre la verde grama en medio de sus guerreros, y empezó con ellos á devorar los abominables manjares sin la menor señal de remordimiento y escrúpulo, antes con muchas muestras de extremo gusto y complacencia. Los sacerdotes igualmente, lejos de tener asco á dichos platos, comian como los demas y espresaban su satisfaccion y júbilo, entonando de cuando en cuando alegres cánticos, y mezclando sus escandalosos gritos y aplausos con la comun algazara. Estas crueles escenas, que los nuevos zelandeses han repetido siempre que les ha venido á mano, demuestran con la mayor evidencia el feroz carácter de toda su tribu. Al contrario, el decantado hecho de los soldados españoles de Cortés, dado que fuese verdadero, nada absolutamente probaria contra nuestra nacion, ni podria tampoco dar bastante fundamento á Mr. Forster para esclamar como esclamaba tan enfáticamente: ¿No se han visto acaso pueblos civilizados cometer en medio de los caníbales acciones mas atroces que la de comer carne humana?

Pero lo bueno es que yo dudo mucho, y me parece que todo hombre sensato debe dudar, de la autenticidad de semejante hecho. Es él en sí tan improbable y absurdo, que ninguno que esté acostumbrado á discurrir y calcular, puede darle asenso sin mucha repugnancia. En efecto, ¿quien creerá que unos europeos, por bárbaros que se pinten, llegasen á hacerse en tal grado sordos á los sentimientos de humanidad que son comunes á todos los hombres, aun á los mas salvages? quien creerá, digo, que formasen el inaudito proyecto de alimentar á sus perros con los cuerpecitos de aquellas inocentes criaturas, que las madres tenian fuertemente apretadas contra su seno? y esto sin ser poco ni mucho provocados por venganza, por ira ó despecho, sino movidos y estimulados del solo deseo de divertirse, pour son amusement, como escribe el Traductor frances? Este proyecto y esta ejecucion ecsigen un fondo tan grande de insensibilidad y barbarie, que no puedo concebir como quepa en el corazon, no diré de un español, pero ni aun de un hotentote, de un caribe ó de un apache, aunque se suponga fiero y desnaturalizado cuanto se quiera.

Pero ya estoy viendo lo que van á responder los defensores de Mr. Forster. Me señalan con la mano el famoso libro de Fr. Bartolomé de las Casas, como dándome á entender que quieren oprimirme y reducirme á silencio con el peso de tan grande autoridad. Pero se engañan mucho. Yo estoy bien enterado de la extraordinaria celebridad que ha logrado en todos tiempos aquel escrito. Sé que franceses, ingleses, alemanes y holandeses le han alabado y aplaudido como á porfía. Tampoco ignoro el motivo: porque ¿como se puede ocultar que toda aquella ridícula y afectada veneracion de tantos estrangeros nace de un

mismo y único principio, esto es, de las infinitas escaseces é hipérbolas con que Las Casas pondera la crueldad verdadera ó falsa de los españoles en América? Sin estas escaseces é hipérbolas, el pequeño libro de Fr. Bartolomé no hubiera pasado nunca los pirineos y los alpes, y se estaria como tantos otros acabando y consumiendo con el polvo y polilla en un oscuro rincon de algunas de nuestras bibliotecas.

La mayor parte de los escritores extranjeros que he dicho, son filósofos y críticos; y no dejan de conocer cuan perjudicial es á la verdad toda escasecion y ponderacion, y que al contrario la sencillez y moderacion de un autor son los mejores y mas seguros garantes de su buena fe. Pero en nuestro caso olvidan estos señores toda su crítica y filosofía. Un misionero, dicen para sí, un obispo español hace las mas negras y horribles pinturas de la inhumanidad de muchos de sus paisanos que conquistaron la América. No importa que las mas de sus aserciones sean improbables y rídículas, y que varios de sus cálculos contengan errores sumamente groseros. El libro, tal como es, servirá no poco para infamar y desacreditar á una potencia marítima, á una nacion poderosa y rival. Prescribe, pues, la política que se traduzca, reimprima y publique en todas las lenguas cultas de Europa, para que así se haga universal y ande en manos no menos de los ignorantes que de los doctos.

Yo no dudo que esta idea se presentó espontaneamente al espíritu de algunos de los escritores que he insinuado; y que bastó para empeñarles á tomar con tanto ardor bajo su proteccion el referido libro de Fr. Bartolomé. Citaré aqui solo un ejemplo; pero muy reciente, y por lo mismo mas digno de admiracion. En un libro que salió á luz en Europa muy pocos años hace, y que en tan poco tiempo se ha reimpresso ocho ó nueve veces, se leen las siguientes espresiones, que procuraré traducir con toda fidelidad: «Los conventos, dice, situados en los Andes ven de lejos ponerse llanas é iguales las ondas del grande Océano ó mar pacífico. Un cielo transparente rebaja el círculo de sus horizontes tanto sobre la tierra como sobre los mares, y parece encerrar el edificio de la religion dentro de un globo de cristal. Los rayos verticales del sol hieren los hielos de los montes, que brillan como una eterna iluminacion sobre el templo del Señor. La flor capuchina borda con sus cifras de púrpura los sagrados muros: el llama atraviesa el barranco por encima de un puente flotante de enredaderas, y el infeliz peruano viene á rogar al Dios de Las Casas.»

No quiero nombrar al autor de estos rasgos poéticos, porque le profeso particular afecto; pero no debo disimular como el gusto de dejarse ir con la corriente de los escritores de su nacion, los cuales se aprovechan de cualquier pretexto para satirizar á la nuestra, fue segun parece el que le sugirió aquellas espresiones, que aunque muy elocuentes, son poco conformes con la verdad. En efecto, ¿donde estan esos conventos que describe aquel sublime filósofo? ¿En que lugar, en que sitio de la dilatadísima cordillera que corre sin interrupcion desde el fondo del istmo de Panamá hasta la punta mas meridional del cabo de Hornos, se hallan esos edificios de la religion que logran de una perspectiva tan magestuosa y agradable? En cuanto á mí lo ignoro; y lo que únicamente sé, es que las pendientes mas altas de los Andes, donde se descubren á lo lejos las inmensas llanuras del Océano pacífico, permanecen del todo despobladas, sin sufrir mas habitantes que los llamas, guanacos y vicuñas, ni cubrirse jamas con otros vegetales que con las varias especies de gramíneas, entre las cuales se levantan á trechos algunos débiles aunque muy útiles arbustos. Sé tambien que los religiosos que llevados del ardiente zelo de las almas pasan á tan remotos paises, no van á esconderse en las mas apartadas soledades y desiertos, como los monges

coptos de Egipto; sino que al contrario se acercan cuanto les es dable á los pueblos y rancherías, para poder acudir con prontitud y provecho á las varias necesidades de sus prójimos.

Pero ¿á que fin cansarnos en el particular, cuando es tan probable que aquella patética pintura se hubiera omitido totalmente, á no habersele ofrecido á su autor la proporcion de terminarle con una pincelada tan injuriosa para nosotros, en la que representa al infeliz peruano trepando por entre tantas fragosidades para apartar la vista de sus imaginarios tiranos, buscar asilo entre los inocentes y compasivos solitarios, y tener el consuelo de rogar en el silencio de un páramo al benéfico Dios de Las Casas? No habrá dudado el autor que esta enfática conclusion le mereceria el elogio de un gran número de lectores; porque bien sabe que la mayor parte de los que leen un libro de historia ó de crítica, se dejan conducir mas pronto por la imaginacion que por la razon; y que la sátira, cuando ademas de ser picante está preparada con alguna finura y delicadeza, es siempre, digámoslo así, un bocado muy sabroso para ciertos paladares.

Volvamos ahora á lo que habiamos empezado á insinuar acerca de la autoridad que se merece el testimonio de Fr. Bartolomé alegado por el Dr. Forster. Digo pues otra vez, que dicho testimonio no basta en mi concepto para dar fundamento y hacer creible un hecho de suyo tan extraordinario, y tan fuera de toda humanidad. No quiero manchar el papel levantando sospechas contra la fama de aquel insigne Misionero. Supongo en él, aun considerado precisamente como escritor, toda la pureza de intencion posible. Pero nadie me negará que se dejó enteramente arrebatar de su zelo contra varios de los conquistadores españoles; y que esta ligereza, este descuido, ó llámese como quiera, le hizo dar casi siempre muy lejos del blanco de la verdad, y fue causa de que llenase su libro de patentes errores y de todo punto inescusables.

Recórranse sino conmigo no mas de tres ó cuatro páginas de este libro tan famoso. Véase, en primer lugar, como hablando de la provincia de Talisco refiere que en ella habia pueblo que se estendia por siete leguas poco mas ó menos. Véase tambien el capítulo en que trata de la isla de santo Domingo, donde él habia sido religioso. De este capítulo bastará leer tan solo las dos ó tres líneas que dicen como en dicha colonia hay hasta veinte ó veinte y cinco mil rios que manan de una misma sierra ó cordillera, y que todos ellos son riquísimos en arenas de oro, como otros tantos pactolos. Ni los griegos aunque tan aficionados á las fábulas, escribe con mucha gracia D. Juan de Nuix, llegaron á fingir nunca veinte mil rios de leche y miel, y á hacerles manar todos de una misma montaña. Pásese ahora al capítulo de Goatemala, y deténgase la risa, si puede ser, al oír que la divina justicia destruyó la referida capital con tres diluvios, uno de agua, otro de tierra, y otro de piedras mas gruesas que diez y aun veinte bueyes.

Finalmente, pues no es justo que perdamos el tiempo en leer y escuchar ineptias, tómese razon por mayor del número de indios que mataron los españoles en solos treinta y ocho ó cuarenta años. Pero este será trabajo perdido, no siendo posible que se saque ninguna suma en limpio; pues nuestro Misionero afirma con grande aseveracion, ya que dicho número no pasó en todo de doce millones, ya que llegó á quince, ya que no fueron solos quince en realidad sino veinte, ya que fueron veinte y cuatro, ya por último que pudieron muy bien ser no menos de trescientos. De manera que en su cálculo vacilante é incierto añaden millones

á millones, con el mismo poco miramiento y escrúpulo que si fueran simples unidades. Tal es en el particular, no puedo disimularlo, la exactitud y puntualidad de Fr. Bartolomé, por la que será fácil echar de ver la estimación y crédito que se merece en semejantes materias su tan decantado testimonio.

Pero se me replicará que los hechos que acabo de referir, los sabía aquel célebre Misionero no más de por haberlos oído contar á otros; pero que vió con sus propios ojos el caso atroz que cita el Dr. Forster, y que así en eso á lo menos no pudo haber en él equivocación ó engaño. ¿Qué responderé á esta instancia, habiendo determinado arrimar, como en efecto he arrimado, las victoriosas y oportunas armas que me ofrecían dos escritores igualmente ilustrados, esto es, Don Juan de Nuix y el inca Garcilaso? Contestaré sin embargo (y espero no se lleve á mal), contestaré con el famoso Sancho del Cervantes, que la tal vista pudo también ser de oídas.

En efecto, un hombre poseído de un zelo tan desmedido, como era sin duda el de Fr. Bartolomé, está muy á peligro de errar, no solo en lo que oye sino en lo que ve ó le parece ver. El zelo es una pasión del ánimo, que aunque nazca de un tronco más sano que los que hacen brotar la mayor parte de las otras pasiones, se asemeja sin embargo á ellas en que cuando es demasiado vehemente y no se anivela con la prudencia, degenera de virtud en vicio, y con facilidad ciega los ojos del entendimiento, tan necesarios para juzgar con imparcialidad de las cosas, y mucho más para obrar y escribir con tino y acierto. Si el zelo de nuestro Misionero padeció ó no este exceso, es inútil probarlo ahora con razones, porque los frutos que dió luego de sí este zelo no tardaron en descubrir la amarga raíz de donde procedían.

El inca Garcilaso que conoció personalmente á Fr. Bartolomé, asegura que de este zelo indiscreto nació la guerra civil que, á manera de lava arrojada por un furioso volcán, desoló en poco tiempo inmensos países, abrasando y destruyendo cuanto encontraba al paso. Tantas muertes, tantos robos, tantas tiranías y crueldades que afligieron en aquella funesta época á todo el Perú en un espacio ó extensión de más de setecientas leguas de largo, no tuvieron apenas, según Garcilaso, otro principio que el zelo imprudente de aquel Misionero. Las ardientes, dice, y vivas declamaciones del Sr. de Las Casas y sus informes y relaciones exageradas en demasía, y algunas veces falsas, pero cubiertas siempre con el velo de la humanidad y religión, arrastraron tras sí el piadoso ánimo del emperador Carlos V. y de algunos de sus ministros; y no dieron lugar á que se escuchasen y siguiesen los consejos moderados y sabios del cardenal D. García de Loaysa, quien había gobernado muchos años las indias y por su gran prudencia y discreción nunca fue de parecer que se aprobase lo que Fr. Bartolomé proponía.

Permítaseme ya soltar la pluma y salir de golpe de tan enfadoso asunto, repitiendo por último lo que con tanto juicio observó Solís, que este Prelado solicitaba entonces el alivio de los indios; y encareciendo lo que padecían, cuidó menos de la verdad que de la ponderación; y que no faltaron ya en su tiempo historiadores que le convenciesen de mal informado en varias enormidades que dejó escritas contra los españoles.

Disertacion cuarta

Disertacion sobre el bárbaro uso de sacrificar víctimas humanas, establecido entre algunas naciones cultas del antiguo continente

El mas bello tratado de paz, escribe Montesquieu, de que nos habla la historia es, á lo que creo, el que Gelon hizo con los cartagineses. Quiso que aboliesen la costumbre de sacrificar sus hijos. ¡Cosa admirable! Despues de haber hecho huir en el mayor desórden á trescientos mil cartagineses, escigia una condicion que solo era útil á ellos; ó, para decirlo mejor, estipulaba por el género humano.

El padre de la historia, Herodoto, cuenta en pocas palabras y muy por encima esta extraordinaria y raras veces vista derrota, que sufrieron aquellos opulentos y ambiciosos africanos. Diodoro Sículo la pinta al contrario con todas sus circunstancias, se detiene en cada uno de sus principales lances, y espresa en esta sustancia el tratado lleno de moderacion y equidad que el Rey de Sicilia acordó con los vencidos. Gelon, dice, recibió con mucha humanidad á los embajadores de Cartago, les concedió la paz que le pedian con lágrimas, y se contentó con escigir que la república le pagase dos mil talentos de plata y que erigiese en su capital dos nuevos templos, en los cuales se colocasen y pusiesen á vista del público otros tantos ejemplares del referido convenio. Añade que los mencionados embajadores, no solo aceptaron con gusto estas condiciones, sino que presentaron ademas una corona de oro de cien talentos á la muger de Gelon llamada Damareta, cuyos buenos oficios les habian sido en extremo útiles, y habian contribuido eficazmente á que lograsen un despacho tan favorable.

Me maravillo de que Diodoro, historiador grave y diligente, no diga aqui ni siquiera una palabra de que Gelon obligase á los cartagineses á abolir la costumbre de sacrificar sus hijos; mas no por esto pretendo censurar la proposicion de Montesquieu, pues se ve que la apoya Plutarco en dos distintos lugares.

Mr. Barbeyrac da á entender que en fuerza de este tratado dejaron realmente los cartagineses ó mas bien suspendieron por algun tiempo aquella atroz costumbre, pero que volvieron á ella en menos de un siglo; pues escribe espresamente que habiendo sido desechos de nuevo por Agatocles, otro tirano de Sicilia, miraron esta desgracia como un castigo del cielo á causa de la interrupcion de sus antiguos sacrificios de víctimas humanas, cuyo uso renovaron entonces con tal fuerza que subsistió despues tanto como su ciudad.

Yo no suscribo á semejante opinion: antes bien creo que, sea lo que fuere de lo estipulado por Gelon á favor de la humanidad, este pacto que hace tanto honor á su corazon no tuvo nunca efecto alguno, que es lo mas probable, ó le tuvo solo por muy pocos años.

Es cierto que viéndose los cartagineses estrechados sobremanera por Agatocles, y creyendo que el vencedor vendria sin tardanza á poner sitio á la ciudad, su bárbara supersticion, acalorada con unos sucesos tan funestos é inopinados y con el comun sobresalto y temor de su total ruina, les sugirió la idea de que semejante desastre podia

muy bien ser producido por la implacable cólera de Saturno su dios tutelar: no ciertamente por haber interrumpido la inmemorial costumbre de sacrificarle víctimas humanas, sino por no haberlo hecho en el modo que convenia y como lo habian practicado siempre sus mayores.

Decian ellos que antiguamente los principales ciudadanos de la república ofrecian á aquella divinidad sus hijos mas queridos; pero que en los últimos tiempos se habian hecho y seguian haciéndose en esto muchos fraudes: porque bien sabido era que varios particulares compraban clandestinamente algunos niños, los criaban en su casa como si fuesen hijos propios, y en calidad de tales los enviaban despues al solemne sacrificio.

Esto repetian aquellos sacerdotes, y esto publicaban con frenético entusiasmo por toda la ciudad, en la que por colmo de desgracia habia entonces un gran número de tiernas é inocentes víctimas destinadas, segun el infame ritual, á ser pasto de las voraces llamas en una fiesta popular que no estaba lejos. Determinó pues el Senado que se recibiese una rigurosa y ecsactísima informacion sobre el verdadero origen de aquellos niños, y se halló que algunos de ellos no eran en efecto hijos de los que los habian entregado como suyos. Esto bastó para armar el fanatismo con el mas horrible furor: se escogieron desde luego, de entre la principal nobleza, hasta doscientos muchachos: otros trescientos, en los cuales recaia quizá la sospecha del fraude insinuado, se presentaron espontaneamente conducidos ¡quien lo creyera! por sus propios padres; y estas quinientas infelices víctimas fueron despedazadas y hechas cenizas en un mismo dia y debajo de una misma ara.

Esta sencilla relacion que he entresacado del libro veinte de las historias de Diodoro, no me permite, segun he dicho arriba, adherir al dictámen del Sr. Barbeyrac. Pero ya que se ha tocado este punto, que es uno de los que mas pueden interesar á una alma sensible, me permitirá el lector que me detenga todavía para hacer algunas reflexiones sobre esta inaudita barbarie é inhumanidad de los cartagineses y otras naciones antiguas que se cree fueron mas civilizadas, y que sin duda en otras materias manifestaban tener máximas mas suaves y humanas.

El horrible cuadro que la imparcial historia despliega en el particular á nuestros ojos puede, bien observado, contribuir no poco para conocer á fondo el corazon del hombre y para causarnos una dulce complacencia, viendo cuanto, por lo que toca á este punto, hemos mejorado de costumbres y estilo. El viagero que, sentado en un alto y solitario peñasco, contempla desde su cima como una deshecha borrasca agita y enfurece sobremanera las olas del mar, y cubre el pie del monte de destrozos, se alegra tal vez interiormente, no porque no le interesen las desgracias ajenas, sino porque se considera libre y seguro de tan temible peligro.

Si es verdadera la persuasion comun de que la feroz práctica de ofrecer á los dioses víctimas humanas tuvo su origen en la Siria, y que desde allí se comunicó, á manera de un contagio, al África y á la Europa; no podrá negarse que los fenicios hicieron con solo esto mas daño á todas las naciones donde alcanzó su comercio, que les acarrearón de beneficio y provecho con su pretendida civilizacion y cultura.

Lo que parece inegable es que siendo Cartago la principal colonia de Tiro, debió á su metrópoli el uso de aquel detestable rito; pero tambien es cierto que fue Cartago mucho mas tenaz que Tiro en conservarle, y que en crueldad y barbarie llevó mucha ventaja á sus mismos maestros. Hallo en Quinto Curcio una prueba evidente de esta verdad. El grande Alejandro, dice, amenazaba con su ejército victorioso á la ciudad de Tiro, á la que ya quedaban pocas ó ningunas esperanzas de defenderse, de modo que habia enviado á Cartago todas las mugeres y todos los niños y jóvenes de poca edad para librarles del furor y venganza del enemigo. En tan estremado conflicto hubo algunos que propusieron seriamente al Consejo que se renovase el rito antíquisimo y olvidado por muchos siglos, sacrificando á Saturno un niño que fuese hijo de padres libres; pero los ancianos, por cuya prudencia se gobernaba entonces la república, se opusieron fuertemente á este proyecto, y lograron que por aquella vez la horrible y desnaturalizada supersticion no sufocase los tiernos sentimientos de compasion y humanidad que todos los hombres tenemos indeblemente grabados en nuestro interior.

Por el contrario los cartagineses, como se ha insinuado antes, no olvidaron jamas ni dejaron de practicar dicha costumbre. Curcio escribe que duró hasta la entera destruccion de Cartago. Tertuliano asegura que no cesó hasta los tiempos de Tiberio; y algunos otros autores añaden que cuanto hizo aquel emperador no bastó para impedir que volviesen á usarla, siempre que pudieron hacerlo á hurto de los magistrados: tan profundas raices habia echado en aquel pueblo la mas impía de todas las prácticas falsamente llamadas religiosas.

Pero si ella sola basta para probar la barbarie é inhumanidad de los cartagineses, el modo y aparato con que ejecutaban dicho sacrificio les daba la preeminencia entre los pueblos mas crueles y feroces de todo el mundo.

La estatua de su dios Saturno, que era de bronce, alargaba y estendia una y otra mano, inclinándolas de modo que todo lo que se ponía sobre ellas iba á rodar en un instante al suelo. Al pie de esta estatua habian cavado un hoyo muy ancho y profundo, en el cual encendian una grande hoguera al tiempo de celebrarse el detestable sacrificio: iban pues los sacerdotes á tomar las tiernas víctimas de los brazos mismos de sus madres, las cuales (me horroriza el referirlo) con los mas lisonjeros y fementidos halagos procuraban en lo posible acallar su interesante llanto, que hubiera conmovido hasta las fieras indómitas de aquellos inmensos y abrasados arenales. Los sacerdotes hacian inmediatamente la vana ceremonia de poner aquellas desgraciadas víctimas en manos de Saturno, de donde como hemos indicado iban á parar en un abrir y cerrar de ojos al centro de la grande hoguera, cuyas llamas las reducian luego á cenizas, mientras todo el pueblo renovaba en alta voz sus votos y oraciones por la felicidad de sus armas y comercio. ¿Que idea se habria formado de la divinidad este pueblo feroz, pregunta Plutarco, pues la suponía capaz de escigir y apreciar tales víctimas (a)? ¿Los titanes y los gigantes, que fueron enemigos declarados de los dioses, cuando hubiesen triunfado del cielo, hubieran acaso establecido en la tierra unos sacrificios mas abominables?

Yo no hallo ciertamente en toda la historia antigua ningun hecho que pueda compararse con esta inhumanidad de los cartagineses, sino es el estilo de los druidas, de quienes se sabe que por pública ley tenian ordenados sacrificios de esta misma especie, persuadidos, como dice César, de que no se puede aplacar la ira de los dioses inmortales en orden á la

conservacion de la vida de un hombre, sino se les hace ofrenda de la vida de otro hombre; y que formaban á veces de mimbres entretejidos ídolos colosales cuyos huecos llenaban de hombres vivos, y pegando fuego á los mimbres rodeaban de llamas á aquellos infelices, obligándoles á rendir el alma entre los mas atroces tormentos.

No solo Mr. Chevreau, sino tambien varios modernos han querido contarnos mil maravillas de la pretendida sabiduría de los tales druidas; mas cuando yo considero, diré con Leibnitz, que ellos quemaban y hacian morir á los hombres solo para honrar á su dios Hesus, y que costó no poco trabajo y tiempo á los romanos abolir dicha costumbre, creo muy desmedidos semejantes elogios. Pero déjense á parte los druidas, cuyos anales están cubiertos á nuestra curiosidad con el velo impenetrable de tantas fábulas. ¿Quien no se admirará en extremo al ver que los mismos tan celebrados romanos: los mismos romanos, digo, que se esforzaron con tanto esmero á desterrar del África y de las Galias aquella detestable supersticion, no repararon en sacrificar varias veces víctimas humanas? ¿Quien no se llenará de asombro al leer en Tito Livio que en la plaza mayor de Roma habia un lugar destinado para estos sacrificios? (b) ¿Y qué se pensará de la humanidad de aquella famosa nacion? ¿Que concepto se tendrá de la magestad y equidad de su senado y de sus padres conscriptos, cuando se reflexione que hasta el año de seiscientos cincuenta y cinco de la fundacion de Roma, en que fueron cónsules Eneo Cornelio Léntulo y Publio Licinio, Crasso, no se prohibió que se manchasen con sangre humana los sacrificios que se ofrecian á nombre de la república á los dioses inmortales?

Y aun despues de este Senatusconsulto, Julio César el dictador, Julio César que tantos progresos habia hecho en la filosofía y en las bellas letras, Julio César que tanto se gloriaba de su clemencia y de su amor al género humano; mandó sin embargo, á lo que cuenta Dion, degollar y sacrificar á dos hombres en el campo Marcio, valiéndose del ministerio de los pontífices y del Salio.

No puedo disimular aqui dos cosas que me causan muchísima satisfaccion: es la primera el haber registrado los puntos de este disforme cuadro, sin haber hallado representados en ninguna parte de él á nuestros antiguos españoles. Yo no me atreveré por cierto á asegurar que en el continuo y familiar trato que tuvieron por largos años con fenicios y cartagineses, no se les pegó, ni en la vida pública y social ni en la doméstica y privada, ningun estilo que oliese á tan monstruosa barbarie. Sin embargo, ecsige no solo la equidad sino la rigurosa justicia, que cuando no se produzcan otros monumentos que prueben lo contrario, continuemos siempre en honrarles con este distinguido elogio.

Me complace sobremanera, en segundo lugar, el poder en cierto modo defender á estos pobres indios que me rodean actualmente, de una sangrienta acusacion que les hacen tres siglos ha varios escritores europeos poco críticos ó, lo que es peor, poco compasivos. Refieren estos con escrupulosa y ridícula ecsactitud el número de víctimas humanas que los Motezumas sacrificaban todos los años en su corte de Méjico. Añaden que en la del Cuzco, que lo era de los Incas, no obstante su ponderada humanidad, se veia de cuando en cuando representada igual y en el fondo no menos trágica escena. Y sobre estos dos solos datos, de los cuales el último es bastante incierto y dudoso, levantan un proceso interminable de calumnias contra los primitivos habitantes de una y otra América, pintando su carácter

moral con los mas feos colores, y esforzándose en demostrar que su estupidez, ferocidad y desnaturalizada supersticion les hacen dignos del desprecio universal de todos los hombres.

La breve disertacion, que vamos á terminar, es su mejor apología. Porque ¿como, pregunto, podrá ningun filósofo maravillarse de que unos pobres salvages colocados en los últimos ángulos del mundo se dejasen seducir por los aparentes sofismas del fanatismo, cuando tantas otras naciones que se reputan por muy cultas y civilizadas hicieron lo mismo? Fenicios, cartagineses, griegos y romanos mancharon no pocas veces las aras de sus dioses con arroyos de sangre humana. ¿Quien, pues, estrañará que lo propio practicasen nuestros americanos? Las ciencias, las bellas artes, el comercio, la marina y las tres nobles artes formaron en Tiro, en Cartago, en Roma y en Atenas otros tantos emporios de sabiduría y de buen gusto: con todo eso no pudieron desterrar enteramente de su recinto aquel abominable rito, ¿y habrá quien pretenda que las débiles luces que brillaron por intervalos en Méjico y en el Cuzco debieron haber logrado este dificilísimo triunfo, y que el no haberlo conseguido es la prueba mas convincente de la estremada corrupcion y barbarie de sus naturales? Pero ¿para que es cansarme? Un modo de discurrir tan desatinado y tan contrario á las reglas de la buena lógica, no merece que nos detengamos seriamente en impugnarle.

Disertacion quinta

Disertacion sobre la capacidad que tienen los indios para formar ideas abstractas y generales

Entre los sabios estrangeros que han escrito sobre el carácter físico y moral de nuestros indios, merece sin disputa la primacía el doctor Robertson, docto y erudito escoces y bien conocido en el mundo literario por su historia de las dos Américas.

En el contesto de esta obra de Robertson se distinguen á cada paso muchas y muy ciertas señales de su natural candor é ingenuidad, y muy pocas ó casi ningunas de aquel espíritu de partido que tanto se complace en esparcir nubes y oscuridad sobre la historia antigua y moderna de todas las naciones, y especialmente sobre la de las dos Américas. D. Juan de Nuix advierte, con singular juicio, en el prólogo de las Reflexiones imparciales, que el Doctor escoces no debe ser puesto en la lista de los filósofos del dia, ni tampoco en la de los escritores enemigos declarados de España; y que al contrario por ciertos respectos debe ser contado entre los historiadores mas escelentes del último siglo.

Lo único que le echa en rostro, y yo no debo disimular, se reduce á que no siempre tubo bastante esfuerzo y ánimo para resistir á la tentacion, verdaderamente halagüeña, de inventar y decir algo de nuevo y de grangearse el concepto de profundo metafísico y moralista, por un medio tan fácil como es el sembrar á trechos en el discurso ó narracion ciertas reflexiones rápidas, atrevidas y brillantes, aunque poco sólidas y fundadas solo en un ingenioso sofisma. En estas ocasiones, dice Nuix, es cuando Robertson se olvida á sí mismo, y cuando por querer seguir la nueva y peligrosa senda abierta por los modernos filósofos, abandona el ancho y seguro camino que lleva al descubrimiento de la verdad, y

casi deja de ser historiador. Yo no me atrevo á adoptar del todo esta crítica, porque me parece un poco dura. No puedo negar, además, que en el elocuente y doctísimo libro de las mencionadas Reflexiones imparciales se hallan á veces estas pequeñas tachas nacidas de un zelo demasiado ardiente y que su autor no siempre podía reprimir. Pero unos defectos tan ligeros no disminuyen ciertamente el verdadero mérito de dicho libro, al que en mi concepto no se ha hecho todavía ni en España ni fuera de ella la justicia que se merece.

Volviendo ahora á Robertson, solo hablaré aquí de la pretendida incapacidad de los indios en orden á formar ideas generales y abstractas; incapacidad contradicha por una infinidad de hechos constantes, cuyo uniforme testimonio ó no consultó nuestro Filósofo con madura reflexión, ó le pareció que podía disimularlo. He creído que este error merecía un particular escámen; porque si se dejaba pasar incautamente, bastaría él solo para dar fundamento á muchas consecuencias en extremo perniciosas, cual sería por ejemplo la de que los indios son incapaces de distinguir por sí mismos el bien del mal, y la virtud del vicio, y que carecen de los sentimientos naturales de vergüenza, de rubor, de honor, de remordimiento y de justicia. Y entonces se habría de confesar que apenas tienen la mas leve apariencia de derecho para ser contados entre los individuos de la especie humana; y que por lo que toca á sus facultades intelectuales, en poco ó en nada se aventajan á algunos animales muy perspicaces, como el elefante, el castor, el hurangutan y otros: error monstruoso, que Robertson pretende sin motivo atribuir á los primeros conquistadores y misioneros de la América: error, que nuestros mayores desaprobaban del modo mas auténtico, como lo manifiestan aun hoy sus escritos; pero error, que aquel sabio Escocés se espone sin repararlo á introducir, pues no echa de ver que se desprende naturalmente de los mismos principios que sienta: error, por último, que haría lícito en cierta manera, no solo el decantado suplicio de Atahuallpa y la prision de Motezuma, sino tambien la servidumbre y esclavitud absoluta de todos estos naturales.

Los otros errores de Robertson son en mi concepto muy ligeros, si se comparan con este. Y además, como su historia de América es una obra muy útil y llena de investigaciones en extremo apreciables, deben perdonarsele aquellos descuidos ó equivocaciones, que no son de mucha consecuencia:

Tamquam si egregio inspertos rependas corpore nævos.

Ecsaminemos pues únicamente si los indios son en realidad incapaces de formar ideas generales y abstractas, como parece darlo á entender el Historiador escocés, dejándose arrastrar en este punto por la autoridad de varios filósofos de su tiempo.

Yo creo que el mas débil destello de la razon humana hasta para que aun las naciones mas bárbaras tengan esta facultad, sin que las negras y espesas nubes que la ignorancia difunde sobre el entendimiento de un salvaje le quiten del todo esta capacidad, ó le impidan absolutamente su uso ó ejercicio. Si todos los esfuerzos de un salvaje no fuesen suficientes para formar una idea general ó abstracta, no podría conservar, como conserva, la menor apariencia del gobierno doméstico. Su choza sería antes bien la imágen del caos. No habría en ella ningun orden ni arreglo: todos mandarian, todos querrian ser obedecidos; y sin embargo nadie obedecería, nadie seguiría otra voz que la de sus pasiones ciegas y brutales.

Estoy firmemente persuadido que el principal fundamento de la sociedad humana es el discurso y la reflexión; y tengo para mí que si los hombres no lograsen de esta distinguida ventaja, vivirían apartados unos de otros en los bosques, y estarían muy lejos de reunirse en tribus ó naciones. Admitida una vez aquella suposición, por ridícula y extravagante que sea, no tendría duda que el verdadero estado natural de la especie humana sería entonces tal como nos le pintan Hobbes y Rousseau, con la sola diferencia que este estado duraría siempre y el hombre no llegaría nunca á civilizarse.

Vemos en efecto que este es el único motivo porque los animales que están esparcidos por toda la superficie del globo no forman jamás entre sí especie alguna de sociedad. Van donde les lleva su instinto, que siempre es uno mismo en cada especie sin aumentarse ni disminuirse: les gobierna solo el interés puramente individual, y no hacen la menor atención al de sus semejantes. El hijo, por ejemplo, se separa de sus padres luego que ha adquirido la fuerza y tino suficiente para procurarse el alimento necesario, y desde aquel instante pierde todos los sentimientos del respeto y amor filial. Sus padres hacen por su parte lo mismo; y pasado el corto tiempo de la procreación y educación, el macho se va de un lado, la hembra de otro, dividiéndose quizá para no volver á verse en toda la vida, y no acordándose más de los estrechos lazos que les habían unido. Esto es lo que sucede generalmente en todos los animales. Si un instinto más perfecto, unas costumbres más suaves, un plan de operaciones mejor combinado, y una constante actividad y energía que se nota en varias especies, singularmente de insectos, parecen oponer algunas excepciones á dicha regla, esta ilusión se disipa muy pronto con solo arrimar á aquellos animales privilegiados la brillante antorcha de la filosofía; pues entonces, examinándolos con mayor cuidado, se ve que su modo de conducirse no depende de otro resorte que de un muy fino instinto, y se conoce que cuantas apariencias ofrecen de sociedad son falaces y aparentes.

Digo todo esto porque me parece que es uno de los mayores disparates que han podido imaginar nuestros filósofos el privar á ciertas tribus de salvajes de la facultad de formar ideas generales y abstractas. La reflexión y el discurso ponen sin duda una barrera inmensa entre el hombre y el bruto. Esa ingeniosa cadena ó escalera por donde la naturaleza sube ó baja de un ser á otro ser, pasando por gradas ó eslabones casi insensibles, debe colocarse solo entre los muchos brillantes delirios que la nueva filosofía ha producido. Buffon demostró con mucha solidez que la referida cadena no podía servir al intento, porque para elevarse del animal más perfecto al hombre más grosero y salvaje, es preciso saltar de golpe un espacio infinito.

Si no queremos pues dar en la extravagancia de decir que los salvajes son más bien una especie de monos que verdaderos hombres, debemos concederles á todos indistintamente la reflexión y el discurso, y por consiguiente la capacidad de formar ideas generales y abstractas; sin las cuales es claro que no puede haber nunca discurso propiamente tal, ni reflexión que merezca este nombre. Locke, que niega á los brutos la facultad de abstraer, les niega asimismo la de discurrir sobre ideas generales; aunque añadiendo que alguna vez discurren sobre ideas particulares. Pero Condillac ha demostrado que esta última aserción debía mirarse como un paralogismo; y que las acciones de los brutos que parecían producidas por la reflexión, eran solo el resultado de una imaginación de que ellos no podían en manera alguna disponer.

Ademas ¿no tienen todos los salvages un idioma que es comun en su tribu, y de que se sirven de continuo en el trato ya público ya doméstico, para comunicarse mutuamente sus deseos y pensamientos? Le tienen ciertamente, segun lo confirman á una cuantos descubrimientos se han hecho hasta ahora en el mundo antiguo y moderno. ¿Como pues puede negarse del todo, ni aun á las naciones mas bárbaras, la facultad de abstraer y de generalizar las ideas? ¿Puede por ventura ignorar un mediano metafísico que todo idioma, tosco ó limado, áspero ó suave, abundante ó escaso, supone siempre un considerable cúmulo de ideas generales y abstractas? ¿Puede ignorar que si las bestias no han creado jamas un verdadero idioma, no ha sido por falta de órganos proporcionados, pues algunas los tienen al parecer tan perfectos como nosotros, sino porque son incapaces de generalizar y abstraer? ¿Puede ignorar, finalmente, que cuando un niño empieza á servirse con alguna propiedad de palabras que equivalgan á estas ú otras semejantes, hombre, casa, árbol, ave, pescado, ya ha hecho en su mente una abstraccion y ha formado una idea general? Y sobre todo ¿puede ignorar que esta operacion previa del entendimiento es absolutamente indispensable para que muchos hombres juntos busquen y fijen de comun acuerdo ciertos sonidos articulados, y los establezcan como otros tantos signos de determinadas ideas? Pero ¿para que probar una cosa tan evidente?

Las varias naciones que ocupan en nuestro globo desde tiempo inmemorial puntos muy apartados, y á quienes ó unos vastos desiertos ó un inmenso golfo de mar separan de todos los pueblos civilizados, podrán distinguirse de estos por el color de su tez, por la proporcion mas ó menos perfecta de sus miembros, por la robustez ó debilidad de su complecion, por la altura ó pequeñez de su cuerpo y por otros accidentes de esta clase; porque es inegable que las referidas variedades dependen en gran parte del influjo del clima, del modo de vivir y de la naturaleza y calidad de los alimentos. Pero por grandes que se imaginen aquellas diferencias, las facultades intelectuales son y serán siempre esencialmente y en su raiz unas mismas en todas las naciones y pueblos que comprende la especie humana. Y lo que únicamente se podrá afirmar con verdad en el particular es que el plan sencillo y uniforme á que un salvage arregla su vida, su poco trato y comercio con los demas hombres, y su extrema y perpetua ociosidad é indolencia, son la causa única de que apenas haga ni imagine hacer uso alguno de dichas facultades: mientras por una razon contraria las naciones civilizadas las perfeccionan mas y mas teniéndolas en continuo ejercicio.

Digo esto hablando solo en general, porque sé que en esta parte hay tanta diferencia entre las mismas naciones que se suelen reputar en Europa por salvages, que me parece una injusticia y una falta de crítica darlas á todas sin distincion un nombre tan ofensivo; pues al paso que unas envueltas en su ignorancia se resisten obstinadamente á todo proyecto de mejora, otras van sacudiendo poco á poco sus antiguas preocupaciones, y se aprovechan mas y mas cada dia de la escasa luz que su situacion nada ventajosa las permite alcanzar. Y ¿cuantas veces se ha visto que su constancia y paciencia en el particular ha vencido dificultades casi insuperables, enriqueciendo las artes y la política con descubrimientos que pudieran hacer honor á cualquier nacion europea, y que en efecto han sido adoptados en el antiguo continente? Sin embargo, nosotros no cesamos de llamar salvages á todas aquellas tribus antiguas y modernas, con el mismo altanero orgullo con que en otro tiempo los griegos y romanos llamaban bárbaros á todos los demas pueblos.

Si el Dr. Robertson hubiera tenido presentes estas reflexiones que son por otra parte tan obvias, es muy probable que hubiera dejado de suscribir al ridículo sistema de la degeneración de los americanos; pues no le arrastraba hacia aquella opinión el interés que se descubre en Mr. Paw. A lo menos hubiera Robertson puesto muchos y grandes límites al mencionado sistema, y no hubiera caído en la extravagancia de resolver que una nación tal como la de los mejicanos carecía de capacidad bastante para formar ninguna idea abstracta ó general.

Una ligera atención sobre el floreciente estado en que se hallaba al tiempo de Cortés el idioma de aquellos indios, hubiera sido suficiente, según pienso, para desengañar del todo al Filósofo escocés. Le hubieran hecho sin duda entonces mucha fuerza los elogios con que hablan de la lengua mejicana los primeros misioneros y demás escritores de aquel siglo, los cuales en este punto deben tenerse por testigos muy abonados. Y aun cuando Robertson hubiese hecho poco caso del testimonio uniforme de tantos historiadores; no obstante con solo hacerse recitar y explicar, como lo he hecho yo, algunas poesías compuestas en idioma mejicano, hubiera ya mudado de concepto: y en lugar de escribir conforme ha escrito que aquel idioma es áspero y muy escaso, hubiera al contrario manifestado su complacencia de hallarle abundante, dulce, armonioso, y mucho más limado de lo que se imaginan comúnmente los sabios de Europa.

Lo dicho hasta aquí sería suficiente sin duda para que se viese á todas luces cuán extravagante y errónea sea la opinión del Doctor escocés; mas como este punto es de tanta consecuencia, según ya he insinuado, apoyaré mi proposición con otras razones todavía más fuertes, sacándolas de los muchos progresos que hicieron los indios en la astronomía y geometría, del estado brillante á que condujeron su aritmética, y del uso atinado que hicieron de la escritura geroglífica y simbólica.

Confieso que este pensamiento no es nuevo, y sé que se han servido de él Gama, Clavígero y uno ó dos de nuestros antiguos historiadores. Sin embargo espero añadirle mayor fuerza, desenvolviéndole más de lo que se ha hecho hasta aquí, y dando á conocer algunas ilaciones claras y naturales que pueden fácilmente sacarse por este medio para destruir la mencionada paradoja. No hablaré aquí sino de los mejicanos, cuyos anales y monumentos son más generalmente conocidos.

Los indios mejicanos conocieron de tiempos muy remotos la astronomía y geometría

En primer lugar recordaré á Robertson como estos naturales no solo conocieron de tiempos muy antiguos la geometría y astronomía, sino también que hicieron en el particular progresos mucho mayores de lo que debía esperarse de unos hombres que están todavía tenidos por salvajes. Le diré, en segundo lugar, que bien sabe él cuán difícil y aun imposible es dar un solo paso hacia aquellas ciencias sin el auxilio de las ideas generales y abstractas.

No pretendo por eso persuadir que los mejicanos fuesen unos geómetras ó astrónomos capaces de entender las sublimes lecciones de un Newton ó de un Lalande. Estoy muy lejos

de aprobar semejante delirio. Lo que sostengo es que el grado aunque imperfecto de civilización á que habian llegado aquellos indios al tiempo de la conquista, habia ya disipado en gran parte su primera ignorancia, y les habia proporcionado algunas luces y nociones en orden á aquellas dos ciencias.

Que esto sea así, no es menester probarlo con noticias dudosas ó con escritos de autores poco conocidos, porque lo está publicando con voz harto clara é inteligible el célebre monumento de antigüedad mejicana, que se encontró en una escavacion hecha en el año 1790 siendo virey de Nueva España el Sr. Conde de Revillagigedo. Este apreciablesimo monumento que es, como todos saben, una gran piedra que tiene en la superficie varias figuras muy bien labradas, se conserva todavía en uno de los ángulos de aquella plaza mayor, no lejos del lugar donde se encontró. El populacho, que en todas las partes del mundo es ignorante y bárbaro, viendo esta estraña piedra sin custodia alguna se ha divertido muchas veces en mutilar las mencionadas figuras y diseños, cuya significacion y objeto no podia alcanzar. Pero los sabios no cesan ni han cesado nunca de mirar esta piedra con el mayor asombro y respeto, considerándola como un documento original de los aventajados conocimientos astronómico y geométricos que poseian en otro tiempo los mejicanos.

Y en efecto, para hablar primero de lo que respecta á la geometría, es muy cierto que sin tener aquellos indios á lo menos una mediana nocion de los principios mas sencillos de esta ciencia, era absolutamente imposible que hubiesen ideado nunca ni aun el primer diseño ó bosquejo de dicha piedra, en la que vemos señalados tantos círculos concéntricos, tantos radios que atravesando por en medio de dichos círculos y saliendo de distintos puntos de su periferia van á parar por línea recta al centro comun, y tantos triángulos de varias especies que se corresponden unos á otros con bellísima proporcion. Lo que mas admira es que en todas estas figuras científicas, no solo se nota á primera vista una escrupulosa ecsactitud, sino que ecsaminándolas una á una con todo el rigor de las reglas, no se echa de ver en ellas la menor falta ó descuido.

Esta misma piedra es tambien un testimonio muy auténtico de que los mejicanos sus autores se habian adelantado mucho en la ciencia del movimiento y revoluciones de los astros. Ella es una espresion fiel de su calendario tan arreglado y perfecto en todas sus partes, que algunas naciones de las que se llaman hoy civilizadas no hubieran podido en aquel tiempo producir otro calendario que se le igualase. Ella presenta un medio tan luminoso y sencillo en orden á la distribucion del tiempo en los grandes períodos que formaban de cincuenta y dos años cada uno, y en el año civil que componian de diez y ocho meses de á veinte dias, que no puede dejar de reconocerse que estas ideas eran el resultado de innumerables y muy repetidas observaciones hechas en las estrellas y en los planetas, especialmente en el sol y la luna.

Estas observaciones les llevaron como de la mano á imaginar una especie de reloj solar, del que se hallaron tiempo ha muchos vestigios en el famoso cerro de Chapultepec, donde los Motezumas tenian un vistoso y ameno parque para la caza, un gran jardin de plantas para el uso de la medicina, y un suntuoso palacio ó quinta para su recreo.

En una pues de las voluminosas peñas que componian dicho cerro, se descubrió en el año de 1775 un plano horizontal en que estaban señalados de relieve y con toda precision los puntos solsticiales, el equinoccial y los dos polos de norte y sur. Habia tambien grabada con particular inteligencia una como cinta que tenia lugar de meridiana: de manera que era evidente que los mejicanos por medio de aquel ingenioso aunque tosco reloj habian logrado saber donde empiezan y acaban las cuatro estaciones del año, y donde debe fijarse el momento verdadero del medio dia. Pero estas piedras, que debian haberse guardado con el mayor esmero, fueron pocos dias despues hechas pedazos para servir en la fábrica de ciertos hornos que se estaban á la sazón construyendo al pie de aquel mismo cerro: inutilizándose de este modo un hallazgo tan inesperado é importante, y del que los sabios de este pais hubieran sacado sin duda muchas luces para aclarar una parte considerable de las antigüedades mejicanas.

Añudemos ahora el pasado razonamiento. Seria fácil demostrar con la mayor evidencia que estos indios supieron de geometría y astronomía tanto como era posible que supiese entonces una nacion del nuevo continente, y tanto y quizá mas de lo que supieron en los siglos bárbaros la mayor parte de los pueblos del continente antiguo. Pero D. Antonio de Leon y Gama ha tratado este punto, despues de Clavígero y Boturini, con tal acierto y prudencia y con tanta y tan esquisita erudicion y claridad, que me parece que los filósofos mas decididos y resueltos en deprimir á estos indios no podrán en adelante quitarles y ni aun disputarles dicha gloria. Léase, ruego, la disertacion que publicó aquel sabio Criollo mejicano en 1792, y se verá si tengo ó no razon para hacer esta especie de pronóstico. Solo pues me falta concluir como de esta misma singular inteligencia de los mejicanos en lo tocante á la astronomía y geometría se deduce con cuan poco motivo les negó Robertson que tuviesen ideas generales ó abstractas. Porque ¿como es posible, pregunto, que hubiesen acertado á formar con tan fina proporcion los círculos y triángulos que se ven repartidos por la superficie de la mencionada piedra, sin tener anticipado conocimiento ó idea de lo que es un triángulo y un círculo? Un hombre por ignorante que sea, un niño que apenas sabe articular una palabra formará tal vez sobre la arena con la punta del dedo un círculo, un triángulo ú otra figura semejante, sin saber lo que hace, y por efecto de una mera casualidad; un artífice vulgar copiará materialmente dichas figuras aunque ignore su valor y sus partes esenciales: pero nadie podrá jamas formar ó explicar á otro un plan tan bien combinado de varios círculos y triángulos como es el que se repara en nuestra piedra, sino tiene primero en su espíritu la idea clara y distinta de cada una de aquellas figuras geométricas. Y dicha imágen, dicha idea que solo representa un círculo ó un triángulo prescindiendo de este ó del otro, ¿no es acaso con toda propiedad lo que los filósofos llaman idea abstracta? no es tambien una idea general, puesto que su análisis solo dará aquellas calidades precisas que todos los círculos ó todos los triángulos deben tener, y por las que entre sí no se distinguen en manera alguna? Es esto tan cierto, que no permitirá seguramente Robertson que yo me detenga en probárselo.

Tampoco necesita de pruebas lo que he asegurado de la necesidad de ideas generales y abstractas para saber algo de astronomía por poco que sea. Los teoremas mas triviales de esta ciencia son en sí tan complicados y dependen de tantas y tan delicadas observaciones, que no es dable en manera alguna, no digo formarlos, pero ni aun entenderlos si primero no se ha adquirido algun conocimiento de lo que es armonía, distancia y proporcion: conocimiento que segun creo nadie me negará sea abstracto y general. Y asi tambien deberá

con toda razon concedérseme que teniendo como tenian los mejicanos inteligencia no vulgar, sino mas que mediana, de varias verdades de la astronomía, poseian igualmente un caudal muy crecido de ideas generales y abstractas, diga lo que quiera nuestro Filósofo escoces.

Reflexiones sobre la aritmética de los antiguos mejicanos

Grandes son á la verdad los elogios que la aritmética ha merecido en todos tiempos, y el justo aprecio y estimacion con que han hablado siempre de ella los hombres mas sabios. En efecto, es muy difícil nombrar otra invencion del ingenio humano que haya proporcionado tantas y tan universales ventajas como la aritmética. Algunos filósofos, mas ociosos que eruditos, han disputado entre sí con calor si debia ser elevada á la alta dignidad de verdadera ciencia, ó mantenida al contrario en un grado un poco mas bajo, esto es, en el de las artes liberales. Dejemos á dichos señores el cuidado de resolver esta duda, ya que á ellos les parece ser de tanta importancia; y entretanto confesemos todos de buena fe que la aritmética ha contribuido infinito á sacar las naciones bárbaras del estado salvaje, y á conducir las y encaminarlas poco á poco hácia la civilizacion. Confesemos tambien que si los hombres no tuviesen absolutamente ningun conocimiento de los números, seria esto una señal bien clara de que se hallaban todavía envueltos en una suma ignorancia y estupidez, y que eran tan débiles las luces de su entendimiento que apenas bastaban para que echasen de ver las inmensas utilidades que se siguen á todos de buscarse unos á otros y de vivir reunidos en sociedad. La miserable situacion de los hombres seria entonces puntualmente la misma que era en tiempos remotísimos la de los primeros habitantes de la Grecia; los cuales, á lo que dicen Platon y Diodoro Sículo, vivian como aislados en profundas cavernas, de donde no salian sino para disputar á los animales un alimento grosero y á veces nocivo.

Los descubrimientos modernos confirman esta misma conjetura. En las varias visitas que se han hecho á los isleños del mar pacífico se ha notado siempre que las tribus mas cultas, como la de Otahiti, la de Ulietea, Midleburg y en general todas las que ocupan los dos vastos archipiélagos de los dos Amigos y la Sociedad, saben contar y combinar los números con mucha mayor perfeccion que los salvages de la Nueva Holanda y Zelanda y los naturales de otras islas que están en la parte opuesta, quiero decir, muy al norte; los cuales por lo comun viven en la mayor barbarie separados en pequeños grupos ó pelotones, conservando prácticas y costumbres por todo extremo extravagantes, embistiéndose y degollándose mutuamente por cualquier vagatela, y comiendo sin horror y sin el menor escrúpulo la carne de otros hombres.

Es pues una verdad de que ya no puede dudarse que las naciones salvages, al paso que se van civilizando, van tambien aumentando sus luces en lo que respecta á la aritmética, porque va creciendo al mismo paso la necesidad que tienen de estos ausilios para mil distintos objetos de su economía pública y privada. Y asi me parece que en vista de esto podrá establecerse sin dificultad, casi como un acsioma, que el estado en que se halle la aritmética de una determinada nacion, que se supone va saliendo ya de su barbarie, será una

medida muy segura con que se pueda conocer la estension de sus luces, y sus verdaderos adelantamientos en la civilizacion.

Segun esto aquel Salvage que, para pedir al capitán Cook de parte del Cacique de la isla en que estaba fondeado que desembarcase veinte y dos soldados de marina, no supo como espresar este número, sino presentándole otros tantos fragmentos de hojas que para el efecto habia cuidadosamente escondido en el seno, debia considerarse como un individuo de la especie humana, cuyas facultades intelectuales estaban todavía en su infancia, para esplicarme de esta manera, aunque no en aquella estremada estolidez que se repara en las tribus absolutamente bárbaras. El mismo juicio deberá formarse tambien de los primeros araucanos ó de las naciones que vivian á mediados del siglo último en los espesos bosques ó en las orillas de las inmensas lagunas del Canadá, si es verdad, como se refiere, que sus gefes á fin de pasar la voz de guerra de un extremo á otro de aquellas soledades, y declarar el dia que habian fijado para echarse improvisamente sobre los europeos, sus molestos huéspedes, enviaban á todos los ranchos unos hacecitos de flechas ó de varas muy delgadas, previniendo á sus moradores que cada dia quitasen del monton una de dichas varas ó flechas, y que el dia en que correspondiese arrojar la última acudiesen todos á realizar la proyectada irrupcion y ataque. Este estraño espediente no deja de probar en sus inventores una cierta combinacion de ideas, que supone precisamente luces y reflexion; pero al mismo tiempo el tosco método de contar el número de dias que habian de mediar hasta el repentino combate, hace ver sin duda que dicha reflexion y dichas luces apenas habian llegado á aquella débil aurora que abre la puerta por donde el entendimiento humano empieza á cultivarse.

De esta puerta al contrario, de esta primera entrada por la que el hombre se encamina aunque al principio muy lentamente hácia la civilizacion, debemos persuadirnos que estaban todavía sumamente lejos aquellas otras tribus de indios que, apartadas de todo comercio y comunicacion, no sabian contar ni los pocos muebles de sus chozas ni aun los dedos de sus pies y manos, pues lejos de llegar su guarismo al número veinte, no pasaba del cuarto ó del quinto, sin alcanzar la mas mínima idea de su multiplicacion ó division. Al lado de dichas tribus debe colocarse el pueblo de que habla Mr. de La Condamine en la página 67 de su relacion. Cree este autor que toda la aritmética de dicho pueblo solo se reducía á los números 1, 2, 3. Y yo me inclino á lo mismo, supuesto que no tenian otra voz ó signo para espresar el mayor de los referidos números, que el término verdaderamente bárbaro y en extremo embarazoso de poellarrarorincourac. Otro viagero llamado Juan de Leri da mucho peso á la mencionada conjetura del Astrónomo frances; pues afirma que habiendo visitado á los tupinarabes, nacion muy conocida por su estremada ferocidad y barbarie, se aseguró por sí mismo como no podian en manera alguna contar mas arriba de cinco. Finalmente, Mr. Locke escribe en el libro segundo capítulo 16 de su Ensayo filosófico que habia hablado con ciertos americanos que eran absolutamente incapaces de contar como nosotros hasta mil, de cuyo número no tenian ninguna idea distinta aunque podian contar muy bien hasta veinte. Sobre lo que observa Condillac que no era mucho que los mencionados americanos no tuviesen idea de un número tan alto, pues hubieran asimismo experimentado muchísima dificultad para entender lo que es el número veinte y uno, y mucho mas para darle nombre; porque careciendo de las proporciones que el cálculo facilita á la invencion, hubiera sido para ellos una empresa muy ardua el proponerse enriquecer su aritmética con un nuevo signo.

Debe pues confesarse que la aritmética de todas las naciones que acabamos de nombrar era en sumo grado diminuta é imperfecta; y que como los conocimientos del espíritu del hombre se dan mutuamente la mano y guardan entre sí una cierta correspondencia, la civilizacion y cultura de dichas naciones no podia menos de hallarse igualmente en el mayor atraso.

En efecto era asi. Porque no obstante que aquellos pueblos americanos estaban sumamente distantes unos de otros: no obstante que vivian en climas no solo diferentes sino opuestos: no obstante que unos se acercaban mas al norte, otros al sur y otros estaban debajo de la línea: en fin, no obstante que unos se habian establecido en las costas, ya orientales ya occidentales, de este inmenso continente; otros ocupaban sus pampas y desiertos, y otros se hallaban esparcidos y como perdidos en las vastísimas llanuras del grande Océano ó mar pacífico: sin embargo, todos estos pueblos podian equivocarse y confundirse entre sí, y considerarse como uno solo por lo que respecta á su civilizacion. Todos han ofrecido sucesivamente al viagero europeo el triste espectáculo de una nacion grosera, bárbara, salvage, y en la que solo se veia una inteligencia y capacidad sumamente limitada.

De suerte que si el Filósofo escoces, para probar la pretendida degeneracion del talento de los americanos, hubiera citado únicamente las mencionadas tribus y pueblos, pudiera en algun modo sufrirse; pero que envuelva en esta misma acusacion á los mejicanos, cuya civilizacion y cultura se hallaba en general no poco adelantada y en algunos puntos habia hecho progresos considerables, es cosa que no se le debe disimular y que á lo que yo entiendo choca con los principios mas sencillos de la buena metafísica.

Porque á la verdad si Robertson hubiese asimismo ecsaminado á fondo la aritmética mejicana, ¿que sorpresa le hubiera causado hallar en ella un sistema muy sencillo y muy bien ideado, por el cual era sumamente fácil á estos naturales elevarse desde los números mas simples á los mas compuestos, y sacar con toda claridad y precision muchos de los resultados que ofrecen sus varias combinaciones? que sorpresa no le hubiera causado ver que los mejicanos se servian en sus giros y comercio del número ocho mil con la misma soltura y facilidad con que los indios de Locke usaban del número veinte, y los de La Condamine y de Leri de los números 3 ó 5? Pero lo que mas le hubiera admirado á Robertson habria sido hallar en el cálculo de estos pueblos pruebas incontestables de que habian adoptado, no solo la progresion décupla que es tan natural, no solo los números concretos, sino tambien los que se llaman propiamente abstractos.

Por último, hubiera acabado de subir de punto su asombro y suspension al descubrir que habian imaginado señales muy distintas de las principales progresiones del referido cálculo, el cual no necesitaba mas que de los números dígitos ó de tres ó cuatro palabras ó figuras simbólicas para estenderse á todas las cantidades posibles: en lugar de que los indios de Locke, cuando se les precisaba á hablar de algun número que pasase de veinte, se veian en un estraño embarazo y no tenian otro recurso que el de enseñar los cabellos de su cabeza para dar á entender en general una gran multitud que ellos no podian contar.

Todo esto hubiera podido averiguar el Dr. Robertson sin mucho trabajo y dificultad. Pero menos dificultad y trabajo halló sin embargo en desentenderse de semejantes bagatelas, y en aumentar su historia con dos ó tres capítulos en que, siguiendo la corriente de los nuevos filósofos, aseguró á la faz de toda Europa que las tribus de estos indios, aun comprendiendo los mejicanos, solo presentaban una clase de hombres degenerados, especialmente en el talento; porque se repara en ellos, dice, una tan corta capacidad intelectual, que puede muy bien asegurarse no ser suficiente para que formen ninguna idea verdaderamente abstracta ó general.

Los antiguos mejicanos usaron no solo de la escritura geroglífica, sino tambien de la simbólica y de caracteres arbitrarios ó de pura convencion

Me propongo probar ahora en último apoyo de mi proposicion, que los antiguos mejicanos usaron no solo de la escritura geroglífica, sino tambien de la simbólica y de caracteres arbitrarios ó de pura convencion. Conozco que esta proposicion tiene un cierto aire de paradoja; y en efecto debo de confesar que es muy contraria á la opinion no digo de Mr. Paw, de quien haria el lector sin duda muy poco caso, sino de otros autores muy graves, tales como Walton y Kirker: el primero en los prolegómenos de la Biblia poliglota, y el segundo en su eruditísima obra del *Œdipus ægyptiacus*.

En cuanto al Dr. Robertson, habla con tanta ambigüedad sobre este punto, ya inclinándose á la afirmativa ya á la negativa, que no es fácil adivinar cual sea realmente su dictámen. Lo que á mí me parece es que por una parte los testimonios auténticos que se citaban á favor de los mejicanos no le permitian negar que se hubiesen conocido aqui los tres mencionados géneros de escritura: que por otra parte no se atrevia á confesarlo por no haber de admitir las ilaciones que era fácil colegir contra su propio sistema en orden á la capacidad intelectual de los indios; y que asi, deseoso de salir como pudiese de tan estraño embarazo, acudió al espediente tan usado por varios filósofos antiguos y modernos de echar mano de palabras y espresiones oscuras, que le defendiesen igualmente de los tiros y ataques de uno y otro partido.

Aunque esta estratagema no deja de ser reprehensible, todavía no me disgusta tanto, como la confianza y en cierto modo la ligereza de los otros dos autores, esto es, de Kirker y de Walton (permítaseme esta indispensable crítica), los cuales sin ecsaminar á fondo ni curarse de saber de raiz esta materia, y apoyados únicamente en un testimonio tan dudoso como el de Purchás y Tevenot, establecieron por cosa muy cierta y averiguada que en las pinturas de nuestros mejicanos no se reconocia el menor rastro de símbolos ó geroglíficos. El mismo amor propio que nos precipita á juzgar y afirmar temerariamente en algunos asuntos, nos obliga en otros á disimular nuestro interior convencimiento. En este último caso contribuimos tal vez á retardar los progresos de los conocimientos humanos; pero en el primero nos esponemos evidentemente á derribar y destruir las verdades mas bien fundadas y mas importantes.

Por grande, pues, que sea el concepto que hablando de antigüedades se merecen Kirker y Walton, su testimonio no debe en manera alguna arredrarnos. Muy al contrario: debemos

oponerles, con entera seguridad de quedar victoriosos, otros testimonios de mucho mayor peso por lo que respecta á la presente materia, quiero decir, el de Acosta, de Valadés, de Torquemada, del infatigable y eruditísimo Sahagun, de Sigüenza, de Eguiara y de Boturini. Todos estos autores afirman, de comun acuerdo, que aunque los mejicanos no habian llegado á aquel grado de curiosidad y delicadeza que vemos en los chinos y japones, no les faltaban por eso geroglíficos y caracteres significativos, con que figuraban cuanto querian. Y ¿quien, pregunto, osará negar que autoridad por autoridad, y testimonio por testimonio, mucho mas asenso se merece el de tantos escritores que vivieron no pocos años en medio de estos indios y que pudieron cerciorarse por sí mismos de sus artes, ritos y costumbres, que no el de aquellos dos, bien que grandes hombres, los cuales escribieron en Italia y en Inglaterra, no lo que ellos vieron sino lo que otros les contaron?

Pero no me quiero prevalecer de tan gran ventaja. Como se trata aqui de un hecho público, me parece que para su decision debemos consultar únicamente la historia y la esperiencia. Atendamos, pues, no tanto á lo que dicen los promovedores de uno y otro partido, quanto á los fundamentos que dan á su opinion.

Y empezando por Walton y Kirker, es muy cierto que no tienen otro apoyo que el de las pinturas mejicanas enviadas por el primer Virey de Méjico al emperador Cárlos V. y de las cuales Samuel Purchás docto ingles público una copia en el tomo 3º de su coleccion: copia que debe ser mirada, segun buena crítica, no como primera sino como única, en atencion á que es la sola que se cotejó con el original, pues las que se hallan en el tomo 2º de los Viages curiosos de Tevenot y en el *Œdipus ægyptiacus* de Kirker, no son mas que una repeticion fiel de aquella: aunque no debia decir repeticion fiel, habiendo notado los eruditos que el Editor frances se tomó en el particular las mismas libertades que suelen arrogarse á menudo varios traductores de su nacion.

Y asi, no hablando ahora sino de la copia de Purchás, confieso que pueden sacarse de dicha coleccion algunas noticias bastante apreciables, y que por lo mismo los amantes de la historia mejicana debemos estar muy reconocidos al zelo del erudito ingles Henrique Spelman, que fue quien promovió mas que nadie la publicacion de las mencionadas pinturas. Pero no por eso debemos disimular, en primer lugar, que ninguno de los sabios ingleses que tuvieron parte en este negocio entendia con perfeccion y ni aun quizá medianamente, el idioma mejicano, ni habia podido observar de cerca las prácticas y estilos de estos indios, y que por lo mismo debian hallar embarazos y dificultades insuperables siempre que pretendian penetrar el verdadero sentido de las sobredichas pinturas.

Debemos decir, en segundo lugar, que esta propia ignorancia ó mas bien esta falta de esperiencia fue la causa de que trocassen ú omitiesen inocentemente, y acaso sin echarlo de ver, algunas circunstancias que á ellos les parecerian pequeñas ó indiferentes, pero que eran en realidad muy útiles, por no decir necesarias, para la cabal inteligencia de lo que en aquellos lienzos se representaba. Es necesario ademas advertir que la espresada copia de Purchás se sacó no en bronce sino en madera, y al parecer por grabador muy poco hábil, pues las láminas son en extremo toscas y groseras. Y ¿quien duda que esta circunstancia debió de contribuir no poco á hacer dicha copia menos conforme al original? Lo cierto es que Boturini, que tanto estudio y cuidado puso en enterarse á fondo de las antigüedades mejicanas, despues de haber ecsaminado prolijamente por sí mismo un gran número de

pinturas originales, y despues de haberlas cotejado una y muchas veces con las copias de Purchás y Tevenot, se lamenta mucho de los grandes defectos de que se ven manchadas dichas dos ediciones, ejecutadas la una en Londres y la otra en Paris. Cuando no lo dijera Boturini, bastaria para el efecto compararlas con las que el Sr. Lorenzana dió á luz el año 1770; sin embargo de que ni aun estas últimas pueden pasar por copias del todo perfectas.

Se colige pues fácilmente de todo lo que acabamos de decir, cuan poco firme sea el único apoyo en que estriba la opinion de Walton y de Kirker. Una sola copia de las antiguas pinturas mejicanas, y esta tan imperfecta como hemos visto que lo era la de Purchás, no puede dar fundamento á ningun sólido y estable raciocinio.

Pero concédase si se quiere que la referida copia es en todas sus partes muy conforme al original, y repítase otra vez que aquellos dos célebres Autores, con estar tan versados en los arcanos y misterios de la historia antigua, no hallaron en las mencionadas pinturas ningun rastro y señal de geroglífico ó símbolo. ¿Qué se sigue de ahí? que no los hay en realidad? No; sino que ni Kirker ni Walton tuvieron la dicha de descubrirlos. Diráse que eran ambos unos críticos y unos anticuarios famosísimos. Lo eran sin duda: mas ignorando ó no estando completamente instruidos del idioma, de los usos y de las costumbres de los mejicanos, carecian de la principal llave para llegar á descifrar completamente la significacion recóndita de algunas de dichas pinturas.

Si á mí que estoy escribiendo esto, me presentasen ahora una hoja de los antiguos manuscritos chinos, diria con verdad que no echo de ver en toda ella cosa que pueda asegurar que es una especie de símbolo ó geroglífico; al mismo tiempo que otro medianamente instruido en la difícilísima lengua de Confucio, no solo los veria, sino que penetraria sin gran trabajo su verdadero sentido.

Tiendo muchas veces los ojos, dice Mr. Paw, por las pinturas mejicanas de Purchás y Tevenot: leo y vuelvo á leer la interpretacion que está al lado; y por mas que me canse, no logro nunca convencerme de que dicha interpretacion no sea puramente arbitraria. Una de las estampas me ofrece, por ejemplo, ocho figuras. Si he de dar asenso á la interpretacion, dichas figuras representan otros tantos reyes ó emperadores que gobernaron sucesivamente en Méjico; pero si he de decidirme por lo que veo, me parece que igualmente pueden significar ocho concubinas de Motezuma, que los ocho pretendidos reyes. A esto responde con mucha gracia Clavígero: Mr. de Paw está poco ó nada versado en las antigüedades mejicanas. Aguarde, pues, á que yo que soy mejicano vaya á Berlin á esplicarle las pinturas de mi patria, y hacerle ver su ecsacta correspondencia con la mencionada interpretacion, y entretanto tranquilice su ánimo guiándose en el particular por el juicio de los inteligentes.

Es tiempo ya de que terminemos definitivamente tan reñida disputa. Convengo pues en que ni Paw, ni Walton, ni Kirker dieron jamas con algun símbolo ó geroglífico mejicano que pudiese llamarse propiamente tal, y que tuviese á lo menos una remota y débil semejanza con los famosos geroglíficos y símbolos de los egipcios. No debemos estrañarlo: porque ninguno de dichos tres sabios puso nunca el pie en esta América. Pero ¿qué responderémos á Acosta cuando afirma no solo que los mejicanos eran prácticos en aquellas dos especies de escritura, sino que por este medio conservaban aun gran noticia y memoria de sus antiguallas? pues este doctísimo misionero, que es el padre de la historia

natural y moral del Nuevo Mundo, tuvo mucho trato con los indios y habla en el particular como testigo de vista. ¿Qué responderemos á Sigüenza, á quien el célebre indio D. Juan Ixtlilxochitl legó en su testamento las muchas y preciosas pinturas de esta especie que él habia heredado de sus progenitores los reyes de Tezcuco? ¿Qué responderemos sobre todo al eruditísimo Sahagun, quien por orden de Cárlos V. se dedicó á averiguar con extraordinario esmero este importante punto de la historia antigua; vivió mas de 60 años entre estos indios; ecsaminó una infinidad de monumentos de su historia; aprendió su lengua con suma perfeccion, y compuso un diccionario completo en el que ademas de desenvolver todos los fundamentos y raices de la lengua mejicana, comprende su geografía, su historia natural y política, y los ritos y dogmas de su absurda religion? ¿Qué le responderemos, digo, cuando se esfuerza tanto á esplicarnos un gran número de los símbolos y geroglíficos mejicanos, que se habian conservado hasta su tiempo parte en las ruinas de templos y palacios, parte en los archivos públicos, y parte en las casas de los indios principales ó caciques? ¿Qué le responderemos cuando repite é inculca esta misma esplicacion en otra grande obra que trabajó con el título de Historia general de la Nueva España?

Las reflexiones que insinué al principio y los testigos que acabo de citar, son sin duda suficientes para probar que los antiguos mejicanos usaban con frecuencia de geroglíficos y símbolos. Me persuado tambien que hubieran bastado para que Walton y Kirker, como hombres tan sinceros é ingenuos, se diesen por del todo convencidos. Sin embargo me guardaré bien de asegurar otro tanto de Mr. Paw, pues conozco que no habrá nunca razon ni evidencia que le saque de su dictámen; y veo que llega á tal grado su confianza, que no tiene reparo en decir que las pinturas mejicanas de Purchás son las únicas, á lo menos en materia de historia, que pudieron escapar de las llamas encendidas por los antiguos misioneros y por el primer obispo de Méjico D. Juan Zumarraga, á quien con aire de desprecio y mofa da el nombre de Sumarica y bárbaro.

Pero sin hacer ya mas uso de la autoridad de tantos y tan abonados testigos, procuraré acabar de poner en claro dicho asunto, valiéndome de algunas otras reflexiones y razones que tienen para mí y creo tendrán para cualquiera muchísimo peso.

Supuesto, pues, que he de probar con razones de todo punto evidentes, que los mejicanos usaron de figuras geroglíficas y simbólicas, será bueno hacer desde luego dos ó tres observaciones que, aunque un poco generales, esparcirán mucha luz sobre esta materia.

Sea la primera: que ninguna nacion de indios llegó por sí sola á conocer el uso de las letras ó verdadera escritura. Es fácil probar esta proposicion. Acosta cita en su apoyo todos los pueblos de indios que en su tiempo se habian descubierto en uno y otro mar, quiero decir en el atlántico y el pacífico. Y nosotros podemos confirmarla asimismo con el ejemplo de otras tantas tribus que se han ido reconociendo sucesivamente en los dos siglos y medio que han corrido desde aquel célebre historiador hasta nuestros dias. Ningun pueblo, ninguna tribu, ninguna nacion de indios tiene derecho para pretender que se la esceptue de aquella regla ó axioma general. Ni los cultos mejicanos y peruanos en lo antiguo, ni los amables é industriosos otahitinos en lo moderno, presentaron jamas documento alguno que contradijese ó pusiese en duda la verdad de nuestra asercion; antes bien, por mas diligencias que hicieron en el particular sus descubridores, no acertaron á ver

el menor indicio de que aquellos pueblos usasen ó hubiesen usado nunca de figuras ó caracteres que pudiesen llamarse letras y mereciesen el nombre de verdadera escritura.

En efecto, la invencion de la escritura pide un grado de civilizacion y cultura á que las mencionadas naciones no habian podido aun elevarse cuando recibieron la primera visita de los europeos. Los progresos de un pueblo al empezar á salir de su barbarie son en extremo lentos. Necesita á veces del largo espacio de dos ó tres siglos para poder dar un solo paso hácia la civilizacion; porque es muy cierto que las preocupaciones mas fuertes siguen ó acompañan siempre á la mas profunda ignorancia, y que por lo mismo hay en el espíritu de todas la naciones bárbaras una cierta fuerza de inercia que se opone á cualquiera suerte de mudanza, por provechosa que sea.

Pero contraigámonos mas á nuestro asunto, y digamos que una nacion absolutamente salvaje y cuyo género de vida se acerque mas al de las bestias feroces que al de los hombres civiles y racionales, mientras permanezca en este estado no pondrá ninguna atencion en buscar medios para fijar los sonidos fugaces de la voz. Digamos, igualmente, que otra nacion que fatigada de su propia barbarie se esfuerce á disipar poco á poco las tinieblas en que estaba envuelta, tendrá en el particular una conducta muy diferente. Apenas descubrirá los primeros albores de la civilizacion y cultura, cuando echará de ver el grande y continuo embarazo en que la tiene no saber como perpetuar sus pensamientos y como comunicarlos á las personas ausentes. Conocerá, pues, que le es del todo indispensable idear algunos signos propios para el efecto. Sin embargo, no podrá menos de tardar muchísimo tiempo en llevar al cabo una empresa tan superior á su corta esperiencia y á las débiles luces de su entendimiento. Finalmente su imaginacion le sugerirá el proyecto de dibujar groseramente aquellos objetos que le convenga dar á conocer; y un carbon, un pedazo de piedra calcarea ó de pizarra podrán muy bien servirle, de lápiz y de pincel para realizar semejante ensayo.

Con efecto, yo creo que la cosa pasó asi realmente en las naciones bárbaras que lograron en algun modo civilizarse. Me persuado tambien que de ahí proviene el verdadero origen de la pintura, sino en todos los pueblos del mundo, como parece que lo piensa Condillac, á lo menos en la mayor parte de ellos. El estraordinario trabajo que hubiera habido de costarles la referida invencion se disminuyó mucho por los felices esfuerzos que anteriormente habian hecho á fin de proporcionar alguna perfeccion á su lenguaje. Este, como todos saben, era en extremo figurado; porque impelidos los salvages de un vivísimo deseo de comunicarse mutuamente sus ideas, habian echado mano sin repararlo de las metáforas mas atrevidas, conduciéndoles y en cierta manera obligándoles el propio instinto á acompañar las referidas metáforas con gestos sumamente espresivos. La pomposa retórica de que usan aun en el dia casi todas las naciones de indios, su violenta declamacion, la sencillez de su música, si asi puede llamarse, y el estilo y plan de sus danzas pantomímicas, manifiestan bien claro que lo que acabo de decir no es una mera conjetura.

Es asimismo muy cierto que del mencionado lenguaje en que dominaba tanto la imaginacion y en que no menos se hablaba á los ojos que al oido: de este lenguaje, repito, á una pintura tosca y grosera formada con la mano habia tan poca diferencia, que el paso de aquel á esta le pudieron ejecutar los salvages sin gran pena ó dificultad. Asi vemos que son muchas las tribus y naciones de indios, ya del continente ya de las islas, que por sí mismas

y careciendo de la ayuda y ejemplo de los europeos, llegaron á este grado de civilizacion. Pero vemos tambien que las mas se detuvieron y pararon en llegando á dicho grado, por faltarles industria, fuerzas ó voluntad para seguir adelante: mientras otras pocas venciendo grandes obstáculos hicieron rápidos progresos, adoptando usos y costumbres mas suaves; dieron algun impulso á la agricultura y artes; pulieron y simplificaron el idioma, y lograron elevar su escritura del grosero estado de una mal delineada pintura ó bosquejo al artificio verdaderamente ingenioso de los geroglíficos y símbolos. Se verá como en el corto número de estas naciones privilegiadas, no solo se comprenden, sino que sobresalen y campean nuestros mejicanos. Pero antes de probarlo quiero continuar aqui mi segunda observacion que será muy breve.

Digo, pues, que he reparado como muchos se valen de las voces geroglífico y símbolo como de dos palabras sinónimas. Es esto ciertamente un abuso. Cada uno de dichos términos tiene significacion muy distinta, y el servirse indiferentemente de los dos puede ocasionar no pocas equivocaciones. Ser á un tiempo pintura y señal ó índice de alguna cosa, constituye propiamente el geroglífico. De lo que es fácil inferir que todo símbolo es geroglífico, pero no puede decirse al contrario que todo geroglífico sea símbolo; pues este ademas de ser signo y pintura, tiene la particularidad de representar una cosa por medio de otra, no como quiera, sino empleando ó propiedades y atributos poco conocidos, ó partes y miembros de diversos animales unidos entre sí de un modo estraño, y á primera vista caprichoso. Hablando en general puede asegurarse que los símbolos solo se aplicaban antiguamente para representar los dogmas y misterios de la religion, ó algunos otros arcanos que la política queria igualmente tener secretos y reservados: y que al contrario los simples geroglíficos servian para los asuntos comunes y cuya noticia era conveniente difundir y conservar en todas las clases del pueblo.

Oigamos sobre este particular á Condillac ó mas bien al célebre Warburthon, cuyo voto en estas materias merece sin duda singular aprecio. El embarazo que causaba la inmensa mole de los volúmenes ó libros sugirió, dice, el proyecto de que se emplease para significar muchas cosas una sola figura. Este fue el primer grado de perfeccion que adquirió el método grosero de comunicar y fijar las ideas por medio de una especie de pintura. Se usó de él en aquellos tiempos de tres maneras, las cuales si consultamos la naturaleza misma de la cosa parecen haber sido inventadas de grado en grado y en tres épocas diferentes. El primer modo consistia en escoger la principal circunstancia de un determinado sugeto para representarle todo entero. Dos manos, por ejemplo, colocadas en dos opuestos puntos, teniendo la una un arco y la otra un escudo, figuraban con bastante propiedad una batalla. El segundo modo, imaginado ya con mas arte, consistia en sustituir el instrumento real ó metafórico de la cosa á la cosa misma. Asi pues un ojo puesto en parte eminente y despejada, ofrecia la idea de la ciencia infinita de Dios; y una espada desnuda representaba, bien que de una manera algo vaga, un tirano. Finalmente el tercer modo, y mucho mas perfecto que los dos antecedentes, se reducía á significar ó dar á conocer una cosa, sirviéndose de otra que se le pareciese por alguna semejanza ó analogía; bastando tan poco para el efecto, que muchas veces no se tuvo reparo en pintar una serpiente como imagen del universo, y las pequeñas y brillantes manchitas de su piel como figuras de las estrellas que adornan de noche el firmamento. Sigue despues Warburthon esplicando las varias mudanzas que sufrió en distintos tiempos y en diferentes pueblos la escritura geroglífica y simbólica, y como por su medio se llegó á inventar el alfabeto propiamente dicho, y que

tanto ha contribuido á estender y perfeccionar los conocimientos humanos. Pero lo poco que he copiado hasta aqui es ya muy suficiente para nuestro propósito.

En efecto, las juiciosas y breves observaciones del metafísico ingles desenvuelven, por decirlo asi, delante de nuestros ojos el cuadro de los primeros progresos que hicieron en el particular muchas naciones, tanto del mundo nuevo como del antiguo. El método ideado por ellas para comunicar sus pensamientos á los ausentes, y aun para transmitirlos á la mas remota posteridad, no pudo menos de ser á los principios sumamente grosero y embarazoso; pero se fue perfeccionando poco á poco á proporcion de lo que las mismas naciones iban ganando cada dia en cultura y civilizacion.

El primero de los tres modos de que acabamos de hablar lleva ya mucha ventaja sobre la simple pintura de que se habia usado anteriormente, quiero decir, cuando las mencionadas naciones apenas empezaban á salir de su primitiva barbarie. El segundo es asimismo mucho mas ingenioso y espedito que el primero; y supone, sin ser posible otra cosa, un cúmulo mas que mediano de combinaciones y reflexiones. Pero el tercero es tan abstracto y metafísico, que solo puede ser parto de una nacion que ha establecido despues de prolijas meditaciones la teoría de la política y religion á que pretende arreglarse. Que esta teoría sea buena ó mala, que sea sencilla ó complicada, que esté ó no sujeta á gravísimos inconvenientes, que por último disipe ó favorezca la supersticion y los errores del vulgo, poco ó nada importa para el caso; pues basta que una nacion haya llegado al punto que hemos dicho, para asegurar sin temor de errarlo, que la misma ha aprendido á pensar y discurrir no solo sobre las cosas sensibles y que se dejan ver y tocar, sino sobre cosas puramente ideales.

Falta pues ya manifestar como los mejicanos se elevaron con efecto á este punto, y que su escritura no se contenia en los estrechos límites de una simple y tosca pintura, como pretenden los que siguen á ciegas á Mr. Paw; sino que se estendia igualmente al uso de los verdaderos geroglíficos y símbolos en el modo que acabamos de insinuar. Nada hay tan fácil como demostrar la verdad de esta proposicion; porque con lo que hemos dicho se ha allanado ya el camino y se han apartado todos los tropiezos.

Es bien sabido que el ídolo Telzcatlipuca como lo llama Acosta, ó Tescatlipoca segun escribe Clavígero, era uno de los objetos mas sagrados para los mejicanos. Le veneraban como el dios de la penitencia, de los jubileos y perdon de los pecados, de las sequedades, hambres, esterilidad y pestilencia; y por lo mismo acudian á implorar su protección, ó á suavizar y desarmar su ira en los lances muy apurados y de mayor riesgo. Es notorio, igualmente, que entre los galanes atavíos que adornaban aquella estatua y la hacian mas respetable á los ojos de sus supersticiosos adoradores, sobresalian en particular los siguientes: en la mano derecha tenia el ídolo cuatro saetas; en la izquierda un mosqueador ó abanico de preciosas plumas verdes, amarillas y azules, que salian de una chapa de oro reluciente muy bruñido, tanto que parecia espejo; y por último, de la coleta de los cabellos que le ceñia una cinta de oro pendia por remate una oreja asimismo de oro, en la que se veian pintados unos humos á manera de nubes. No eran solos estos los atavíos del espresado dios; habia muchos mas, pero los omito porque me bastan los que acabo de insinuar.

Y empezando por aquellas cuatro saetas que tenia el ídolo en su mano derecha, no me negará nadie que se las habian puesto los mejicanos para significar el castigo que por los pecados daba á los malos. Dígaseme pues ahora ¿si en este uso y en esta aplicacion de las saetas no parece que se descubre con toda claridad un verdadero geroglífico y un verdadero símbolo? Yo asi lo creo; y me persuado que pertenece á la segunda especie de las tres que nos ha explicado Warburthon, Telzcatlipuca era, segun se ha advertido, el dios de la hambre y de la pestilencia, que tantos estragos y muertes causan en los pueblos. Poner pues en la mano de aquel ídolo algunas saetas con el único fin de declarar este pensamiento ó idea, era ciertamente sustituir el instrumento metafórico de la cosa á la cosa misma. Homero en los primeros versos de la Iliada pinta con este propio geroglífico ó metáfora la grande pestilencia que sufrió el ejército de Agamemnon acampado delante de las murallas de Troya. Apolo, dice el Poeta, ofendido sobremanera por el desprecio con que se habia tratado á su sacerdote Chries, sacó de la aljaba una saeta y la disparó contra aquel numeroso ejército; y al instante hombres y animales empezaron á caer muertos unos encima de otros, sin que se pudiese adivinar la causa de una desgracia tan imprevista y funesta. No solo Homero se valió de dicho geroglífico ó metáfora: la usaron asimismo los demas poetas griegos aun en siglos muy posteriores, pues solian decir cuando alguna persona habia fallecido de repente, que las saetas de Apolo le habian muerto, si era hombre; y si muger, las de Diana. Estos modos de pintar y hablar se celebran en los griegos como una prueba clara de su ingenio, y de la viveza y delicadeza de su imaginacion. No podemos pues sin una notoria injusticia dejarlos de admirar igualmente y aun mucho mas en los mejicanos. Pero pasemos adelante.

Telzcatlipuca, que era el dios de la pestilencia y hambre, lo era tambien del jubileo y perdon de los pecados. Esta consideracion le hacia mas y mas venerable. Un dios puramente justiciero y vengativo, un dios del todo incesorable á los ruegos de los afligidos, no hubiera sido nunca el objeto del culto de una nacion tal como la de los mejicanos. Le hubiera mirado al contrario esta nacion como un genio cruel, mas propio para escitar el terror que el amor, y á quien era inútil ofrecer víctimas y sacrificios. Querian pues los mejicanos que á la severa rectitud de su justicia añadiese la amable blandura de la compasion y misericordia. Por esta causa cuidaron de ponerle por remate de la cinta de oro bruñido, que hemos dicho, una oreja asimismo de oro con ciertos humos á manera de nubes. Los sacerdotes y ministros del ídolo advertian muy á menudo al pueblo como los referidos humos ó nubes significaban las oraciones y súplicas de los pecadores, que el dios nunca dejaba de oir cuando acudian á él en el modo que era debido. Este último hecho tomado de la mitología mejicana es tan cierto y tan auténtico, que me parece que careceria de toda razon y buen discurso el que se atreviese á negarlo.

Pero ¿quien tampoco sino es faltando á todo buen discurso y razon podrá no reconocer en este mismo hecho todas las señales de un verdadero símbolo, esto es, de un geroglífico que tiene ya toda la posible perfeccion? ¿Quien al leer estas líneas no se acordará de algunas metáforas sublimes que se repiten tantas veces en los divinos libros para espresar una idea que no puede negarse es semejante á esta? Las oraciones de un corazon afligido suben, dice la sagrada Escritura, hasta el pie del trono de su divina Magestad, como el humo se levanta derecho por la atmósfera. Las súplicas y ruegos de un pecador, añade en otro lugar, convencido de su miseria semejan una columna de suave incienso que derrama en la presencia del Altísimo un olor sumamente agradable. Todas estas ideas son ciertamente

muy elevadas; pero no tanto, que con la sola razon natural no las hubiesen como entrevisto algunas naciones idólatras, y entre otras la mejicana.

Si un pintor pues representase estas mismas ideas en un lienzo por medio de un pincel ¿no diriamos que ha formado un hermoso y muy instructivo geroglífico y símbolo que tiene una significacion recóndita, y habla mas á los ojos del alma que á los del cuerpo? Si esto es asi, ¿como podrémos negar un elogio semejante á los autores de la mitología mejicana? Diráse acaso que dicha mitología era en todo extremo supersticiosa y absurda. No tiene duda. Pero esto no quita que en medio del confuso laberinto de sus errores se hallase una que otra verdad. La idolatría pudo anublar la razon natural, mas no oscurecerla del todo. Los destellos de la luz divina penetran de cuando en cuando hasta el abismo profundo en que las pasiones y los delitos han precipitado á los pueblos infieles, asi como el resplandor brillante de los relámpagos disipa tal vez por un momento las tinieblas de la mas desecha tormenta.

Diráse tambien que los pintores y escultores mejicanos solo acertaban á formar diseños muy groseros. Sea enhorabuena: no es este lugar acomodado para entrar en semejante disputa. Pero ¿qué querrá colegirse de un tal reparo? No es lo delicado del pincel ó del buril lo que constituye la naturaleza del geroglífico perfecto y en que los sabios tengan mucho que alabar, aunque las imágenes que grabemos ó pintemos pequen contra las reglas del dibujo. Las figuras de los famosos obeliscos egipcíacos, que tanto adornan la nueva Roma, no siempre se conforman ecsactamente á dichas reglas; y no por eso los anticuarios mas sabios dejan de admirarlas, no por eso dejan de tenerlas por otros tantos verdaderos emblemas ó símbolos.

No es mi ánimo amontonar aqui todas las demas pruebas que me ofrece la misma mitología mejicana: pero no debo omitir que la reluciente chapa de oro bruñido que Telzcatlipuca tenia, segun queda insinuado, en la mano izquierda, significaba que Dios veia todo lo que se hacia en el mundo; y que comparar la ciencia divina á un limpio y terso espejo, para dar á entender que nada hay absolutamente que pueda escondérsele, nada que no se presente delante de sus ojos con toda distincion y claridad, es ciertamente usar de una semejanza tan propia, tan ingeniosa y tan elevada, que no creeriamos la hubiesen podido nunca imaginar los antiguos mejicanos, si por otra parte no estuviésemos tocando como con la mano la autenticidad del hecho referido. Y ¿cuantos mas podria producir que no son ni menos auténticos ni menos adaptados para demostrar la verdad de mi proposicion, esto es, que los mejicanos usaron con no poco tino y acierto de verdaderos geroglíficos y símbolos?

Me reasumo pues, y digo: que si estos indios conocieron el uso no solo de los geroglíficos vulgares, sino tambien de los verdaderos símbolos y de caracteres arbitrarios ó de pura convencion: si elevaron la aritmética á un punto muy alto de perfeccion: si adquirieron noticias bastante ecsactas de la astronomía y geometría; se sigue como consecuencia necesaria que tuvieron la capacidad bastante para formar ideas generales y abstractas.

Disertacion sexta

Disertacion sobre una antigua pintura de los indios tarascos

Don Juan José Pastor, eclesiástico muy recomendable por sus bellas calidades y aficionado á las antigüedades de su patria Mechoacan, tiene una pintura original trabajada en otro tiempo por aquellos indios, la que le sirve de título para poseer una grande y rica hacienda en dicha provincia.

Aunque la fecha de la referida pintura es algo incierta, consta no obstante que no precedió mucho á la llegada de Hernan Cortés á la América; pues el emperador Tsintsicha, ó Catzontzi, como le llaman equivocadamente la mayor parte de los historiadores, fue el último que gobernó en Mechoacan antes que el famoso Cristóbal de Olid se apoderase de aquellos opulentísimos países; y este mismo Tsintsicha se ve claramente espresado en la mencionada pintura, como se dirá luego.

El lienzo tiene dos palmos de largo y tres de ancho, componiéndose todo su tejido de pita finísima de maguey (a). Esta especie de papel era entonces muy comun en toda la América septentrional, y servia á los indios para escribir ó mejor diré para pintar todos los hechos ó incidentes cuya memoria les parecia digna de ser conservada, ya en los anales públicos ó reservados del Estado, ya en los archivos particulares de cada familia.

Los españoles mismos le usaron no pocas veces en los primeros años despues de la conquista, echando mano, en lugar de tinta, del precioso zumo del añil, como se ve en algunos documentos originales que ecsisten en el archivo que tienen en Méjico los descendientes de Cortés ó marqueses del Valle.

El papel de maguey, tanto por su solidez y consistencia como por no estar tan espuesto á apollillarse, lleva muchísima ventaja al célebre papyrus de los egipcios, de que se conservan aun algunos manuscritos en varios archivos y museos de Europa, especialmente en la sala de la Biblioteca vaticana, que por esto se llama de los papiros, adornada por nuestro insigne Mengs con escelentes pinturas alusivas á aquellas raras preciosidades.

El objeto que espresa nuestro lienzo se reduce en sustancia á lo siguiente: á un lado se ve el indio Tzecanda conquistador de la provincia de los Tecos, en ademan de dar cuenta de este distinguido y útil triunfo á Tsintsicha que era su amo y emperador. El General indio está en pie, apoyándose en un desmesurado arco que tiene en la mano izquierda, mientras por lo alto de la espalda derecha deja asomar el carcax cargado de flechas. Su cuerpo está desnudo, cubriendo solo la cintura hasta medio muslo un lienzo pintado de azul y rojo. Su calzado se reduce á una especie de caligas, no desemejantes de las que usaban los primitivos romanos, segun es de ver en diferentes monumentos de la antigüedad esplicados por Montfaucon. Tzecanda tiene delante de sí un pájaro, que es símbolo de la provincia recién conquistada, y ademas presenta al Emperador un cautivo atado de manos y casi postrado. No deja de reconocerse en esto mucha analogía con los estilos militares, asi de los romanos como de los griegos: solo que estas dos naciones acostumbraban representar sus cautivos, no puestos de rodillas como en nuestro lienzo, sino en pie, aunque igualmente

maniatados y dejando ver en el semblante aquella profunda tristeza y abatimiento que era propio de su infeliz situacion.

El emperador Tsintsicha está en frente de Tzecanda, sentado en una silla, que es con corta diferencia como la que usaban los griegos del tiempo heróico. Lleva el cuerpo cubierto de una túnica de color de púrpura algo oscuro, de cuyo color son tambien sus caligas. Carga con un arco y carcax de las mismas dimensiones y hechura que el de Tzecanda, y adorna su cabeza con un diadema verde, de cuyo centro se levantan tres vistosas plumas, la de enmedio encarnada y las otras dos azules. El Emperador oye á Tzecanda con apacible y benigna gravedad, y estiende el dedo índice de la mano derecha hácia ocho pueblos ó ranchos de que le hace donacion.

Al otro extremo del lienzo se reconoce de nuevo al General indio. Su trage es el mismo que acabamos de describir; con solo la diferencia de que en esta segunda escena no comparece apoyado sobre su terrible arco, antes bien le lleva en la mano junto con una grande flecha, adelantando estas armas en señal de posesion y dominio sobre ocho cabezas de hombres que tiene delante de sus pies, y que significan los otros tantos pueblos con que le ha premiado su Soberano, y los vasallos ó tributarios que le ha señalado. El entierro de Tzecanda se pinta muy al vivo, en el centro del mencionado lienzo, al pie de un cerro cuyas faldas baña un rio bastante caudaloso. Por en medio de dicho cerro estan esparcidas á trechos siete casas: las seis del todo iguales y la otra al doble mayor que las demas. A lo lejos descuella otro edificio muy grande con sus torres y chapiteles, á manera de los viejos castillos de nuestros barones: no cabiendo duda en que estas ocho casas dan igualmente á entender los ocho pueblos de que era dueño este general, conforme se ha dicho.

Su cadáver está tendido de largo á largo en la parte baja del referido cerro y casi junto á la orilla del rio. A una corta distancia de las plantas del difunto hay una figurita de hombre sentado que representa su yerno, y á su derecha otra figurita que espresa su hija ó su muger; y está asimismo sentada, pero no en el suelo como la primera, sino encima de una piedra.

Hay ademas repartidas por el lienzo algunas otras imágenes, que no esplico porque me parece que son de fecha mucho mas reciente, y que despues de la conquista de Cortés las añadieron los indios á este precioso documento en continuacion de la historia que en él se espresa.

Muéveme á creerlo ver en lo alto de nuestra escritura ó pintura una india que está en pie delante de un magistrado, á quien comunica al parecer algun asunto de importancia. El vestido talar de este personage, la figura y lo alto de la silla en que está sentado, su larga barba, el sombrero y sobre todo los vuelos de los brazos, no permiten dudar de que es español y no indio.

Muéveme tambien el reparar igualmente en dicho lienzo otra muger vestida de todo en todo á la antigua española, y acompañada de un indio que con la mano la señala aquella casa grande ó castillo del general Tzecanda, de que ya hemos hablado. Esta muger se llamaba D.^a Catalina. Fue europea, ó como dicen aqui gachopina. Los sucesores de Tzecanda la vendieron aquellos ochos pueblos ó ranchos que poseian por donacion del emperador Tsintsicha, los cuales al presente están demolidos, habiéndose formado en su

territorio una opulenta hacienda, á la que con razon se ha dado el nombre de bellas fuentes, pues brotan de diferentes puntos de ella hasta treinta y seis manantiales, todos abundantes y perenes, y algunos de ellos de raras y esquisitas propiedades. Es tambien aqui lugar de advertir que se conservan aun al presente varias memorias de la nombrada provincia de los Tecos, y que sobre las ruinas de su antigua capital está edificada la villa de Zamora, una de las mejores de todo el obispado de Mechoacan.

En una escavacion que se hizo en el mes de enero del año 1804 en el mismo cerro y en el propio lugar en que habia sido enterrado Tzecanda, se encontraron varias armas de que usaban en otro tiempo los indios tarascos: las que probablemente habian metido alli junto con el cadáver de aquel ilustre guerrero conforme al estilo inmemorial, no solo de los indios de Nueva España y del Perú, sino tambien de casi todas las naciones del antiguo y nuevo continente, como lo vemos verificado todos los días en los sepulcros que se van abriendo de los griegos, de los romanos, de los árabes, de los españoles, de los galos, germanos, tártaros y otros.

De las espresadas armas he visto yo una, y la he mirado como un monumento sumamente apreciable. Es una macana de cobre muy fino y terso, que suspendida de una hebra da un sonido delicioso al choque de algun cuerpo duro. Parece á primera vista cobre vírgen, y asi lo creía yo hasta que una persona inteligente despues de haberla detenidamente reconocido, me aseguró que el metal habia sido fundido; aunque no dejaba de admirarse mucho y apenas alcanzaba como unos hombres tan faltos de instruccion y de conocimientos en el arte de la mineralogía hubiesen podido ejecutar con tanto primor y acierto una operacion tan en extremo delicada.

Su cobre es ductil y no tiene la fineza, no digo de nuestras armas cortantes, pero ni aun la de las que se hallan diariamente en el Perú en las principales huacas de los Incas (b). Sin embargo, esta macana pertenecia á un gran general, quiero decir á Tzecanda, y es en sumo grado verosimil que le servia privativamente en los duros lances de las batallas. De esto puede deducirse sin violencia que los indios tarascos no supieron templar debidamente los metales; porque á ser asi ¿hubieran dejado de usar de este precioso conocimiento en la fábrica de las armas, en las que era tan necesario para darles mayor dureza y mejor filo y corte? Sobre todo, su famoso é intrépido general, esto es Tzecanda, héroe nacido para la guerra y animado del noble fuego y entusiasmo de las conquistas, en una palabra, el Aquiles de los indios tarascos ¿hubiera omitido servirse de una ventaja tan apreciable y que por sí sola bastaba para decidir á su favor la suerte dudosa de los combates? Cosa es esta que no parece en manera alguna creible.

Añadiendo ahora dos cláusulas en general sobre el mencionado lienzo, digo:

Primera: Que el modo con que aquellos indios procuraban conservar la memoria de los hechos y acontecimientos notables me ha parecido digno de la mayor atencion. Nada hay tan sencillo como sus imágenes. Lo pintan todo casi al natural, pero con tal orden y exactitud, que poco tiempo y una ligera reflexion bastan para enterarse de su sentido. No es menester ciertamente apurarse mucho para interpretar estas alegorías tan obvias y tan poco misteriosas.

Segunda: Es admirable sobre todo el laconismo de esta especie de escritura. Ocho ó diez figuras sembradas por la limitada superficie del lienzo son suficientes para darnos una muy clara idea de todos los hechos siguientes: la conquista de la provincia de los Tecos por Tzecanda: la merced que el emperador Tsintsicha hizo á dicho general de ocho pueblos, á cuya cabeza estaba Huecaro: la muerte y entierro del propio Tzecanda: la continuacion de sus descendientes en la pacífica y no interrumpida posesion de la referida gracia imperial: la enagenacion del dichos bienes á favor de la mencionada D.^a Catalina, y por último la topografía ecsacta de todo el espresado territorio.

Tercera: Debe advertirse tambien como aquellos indios muchos años antes de la conquista habian hecho considerables progresos en la pintura. Sus imágenes no se ciñen únicamente á las líneas ó al claro oscuro de que se usó tanto tiempo en Europa cuando las bellas artes estaban, digámoslo así, en su cuna. Representan al contrario todo el sugeto, unas veces de lado, otras de frente, ya en pie, ya de rodillas, ya sentado, segun lo ecsige el caso; haciendo uso al intento de varios colores, como el rojo, el verde, pajizo, negro &c. El diseño, aunque tropieza á menudo en grandes descuidos, no deja de guardar de cuando en cuando bastante correccion. En nuestro lienzo está bien representado así el cerro del entierro como el rio que le baña por el pie: no es despreciable ni la figura ni el ademan del emperador Tsintsicha, pero sobresale y campea con particularidad el retrato del general Tzecanda, que es el verdadero héroe de toda la pintura y se representa por dos veces de cuerpo entero. Digo ingenuamente que se nota en dicha imagen, bien que tosca y grosera como lo son todas las de aquellos indios, mucha mas inteligencia y tino de lo que á primera vista podia sospecharse.

Cuarta: Puede igualmente inferirse de todo lo que llevamos espuesto, que la nacion tarasca cuando pisaron por la primera vez sus tierras los soldados de Olid formaba ya una sociedad medio civilizada, y no de la rudeza que algunos se dan á imaginar ó por ligereza ó por no haber ecsaminado como correspondia ninguno de sus antiguos monumentos. Un pueblo enteramente salvaje ningunas ó muy cortas nociones tiene del derecho de propiedad territorial. Cultiva muy poco, y no se fija en ninguna parte. Ya se mete en el fondo de los bosques mas ásperos, ya se estiende por las desiertas llanuras, ya finalmente sigue por muchos centenares de leguas las frondosas orillas de los rios y lagunas, á fin de que las frutas de los árboles, la caza y la pesca le sirvan de alimento, que unas veces logra muy abundante y otras sumamente escaso.

La agricultura es la que obliga verdaderamente á los pueblos que acaban de salir de las manos de la naturaleza, para decirlo de este modo, á que echen profundas raices en un mismo lugar, y que miren como su patria aquel suelo en que han nacido y que acude con mano liberal todos los años al remedio de sus necesidades.

De este mismo origen van despuntando poco á poco todas las virtudes sociales. Los hombres se ilustran entre sí al mismo paso que las artes se van produciendo y perfeccionando mutuamente. Al principio solo se consulta á la necesidad, despues á la utilidad y últimamente al lujo y al regalo. Los instrumentos para labrar la tierra, que de nada servirian á una tribu de salvages ó de pastores, y de que al contrario no puede absolutamente carecer un pueblo agricultor, le dan ocasion y materia de discurrir sobre el modo como podrá beneficiar los metales que se hallan con abundancia en las entrañas de la

tierra y no pocas veces rebosan en su superficie. Oro, plata, cobre, todo lo toma indiferentemente conforme le viene mas á mano. Lo que busca solo es un cuerpo duro y permanente, que pueda servir para la labranza con mas ventaja y comodidad que el leño y el pedernal. Bien sabido es que los primeros fenicios que desembarcaron en Cádiz hallaron con grande asombro empleada la plata en los usos mas ordinarios y comunes del campo. A tan débiles principios como estos debe su nacimiento la metalurgia; cuya práctica nunca empieza en ninguna tribu, sino precedida de algunas débiles luces de civilizacion.

Lo mismo con corta diferencia puede decirse de las leyes y costumbres que miran al derecho de propiedad territorial. Un pueblo agricultor ha menester muchas precauciones y desvelos para ponerla y mantenerla á cubierto; y tanto mas cuanto mas se va civilizando. El derecho de propiedad territorial lleva como de la mano el de sucesion de padres á hijos, de abuelos á nietos, que es uno de los principales fundamentos de la pública felicidad y que una nacion agricultora no tarda en reconocer. Por último, establecidos ya estos dos derechos imagina varias formalidades y consagra ciertas señales y espresiones, ya para dar mayor consistencia á las donaciones, ventas, permutas ó trueques, ya tambien para cerrar la puerta á las disputas y riñas estableciendo la buena fe en todo género de contratos. Y entonces es cuando la nacion puede y debe llamarse verdaderamente civilizada.

Volviendo pues á nuestro intento, repito que el documento que hemos espuesto basta por sí solo para deponer á favor de la antigua y temprana civilizacion de la nacion tarasca. En efecto, nuestro lienzo manifiesta con toda evidencia que aquellos indios no solo eran agricultores, sino que habian establecido en su república una especie de dominio feudal: manifiesta que las habitaciones de la gente distinguida, no eran unas chozas ó barracas informes como las que halló Cook en la parte llana del estrecho de Magallanes, y La Perousse en el puerto de los franceses, sino unas casas construidas con mas regularidad que las que se ven en las aldeas de algunas provincias de España: manifiesta finalmente que en aquella remota época habian admitido ya algunas artes de ostentacion y de lujo. En cuanto á la metalurgia y mineralogia, aunque nada dice con claridad nuestro lienzo, sin embargo las armas que como hemos referido se sacaron en el año de 1804 del cerro del entierro de Tzecanda, singularmente la hermosa macana de cobre que he visto, demuestran lo mucho que habian adelantado tambien en este punto.

Ilustraciones y notas

DISERTACION PRIMERA

NOTA A, pág. 10.

Este hombre célebre mira la influencia del clima como la causa universal de casi todos los fenómenos morales y políticos. El lector podrá consultar la famosa obra de Hume (Ensayos morales), quien por sus vastos conocimientos y solidez de sus discursos ha sabido

desengañar al público de las paradojas con que le habian como seducido la elocuencia, las gracias y los brillantes epigramas de Montesquieu.

NOTA B, pág. 11.

Prescindiendo de que Dios es el árbitro de la vida y de la muerte, nosotros, como dijo Ciceron en el cap. 7 del lib. I.º de Officiis, siguiendo á su nunca bastantemente alabado Platon, no solo hemos nacido para nosotros mismos, sino que en nuestro nacimiento tiene parte la patria, y parte los amigos: y del mismo modo piensan los estoicos que todas las cosas de la tierra son criadas para el uso y provecho del hombre; y que los hombres son criados por causa de los hombres, para que se puedan valer recíprocamente.

NOTA C, pág. 15.

C'est l'extinction absolute du sens moral qui donnoit aux romains cette facilite de mourir qu'on a si follement admirée. Les suicides sont toujours communs chez les peuples corrompus. L'homme reduit à l'instinct de la brute meurt indifferemment comme elle. Genie du Christianisme.

NOTA D, pág. 22.

Régulo general romano, habiendo sido hecho prisionero por los cartagineses, fue encerrado en una estrecha y muy oscura prision en la que permaneció el largo tiempo de seis años; al cabo de los cuales habiendo determinado los cartagineses, á causa de las pérdidas considerables que habian sufrido, ya por mar ya por tierra, enviar Embajadores á Roma para tratar de la paz y proponer el cange de los prisioneros; y creyendo que la presencia de Régulo en aquella ciudad podria serles de utilidad y socorro para el logro de sus deseos, le rogaron con eficacia que acompañase á los Embajadores. Régulo tenia en Roma á su muger é hijos, gran número de parientes y amigos en el Senado, y ademas se hallaba en aquella sazón un primo suyo constituido en la dignidad de Cónsul. Presumian pues los cartagineses con fundamento que Régulo apoyaria con mucho empeño su demanda, y le moveria á ello con vehemencia el natural deseo de salir del estado lastimoso en que yacia por tantos años, y de incorporarse otra vez al dulce seno de su familia que tanto amaba, y de su patria en la que era generalmente querido y respetado. Accedió Régulo á esta proposicion, y partió con los Embajadores despues de haber prestado el juramento que le escigieron de volver á Cartago en el caso de que reusase el Senado despachar favorablemente su demanda, de cuyo buen écsito se le hizo entender claramente que dependeria su vida. Habiendo pues llegado allí con los Embajadores, y dado cuenta estos

del objeto de su viage, fue Régulo invitado por el Senado á dar su parecer, á lo que respondió que no podia hacerlo como senador por haber perdido esta calidad, lo mismo que la de ciudadano romano, desde que habia caido en manos de los enemigos; pero que de bonísima gana hablaria como particular en un caso tan grave y delicado. Todos estaban en espectacion y á todos interesaba la suerte de este hombre venerable. No tenia que pronunciar mas de una palabra, dice Ciceron, para recobrar con su libertad sus bienes, sus honores y dignidades, su muger, sus hijos y su patria: pero esta palabra le parecia contraria al honor y bien del Estado; y por esto no manifestó otros sentimientos que los que en semejante ocasion ecsigia de él la fuerza y la grandeza de ánimo. Magnitudo animi et fortitudo... Harum enim est virtutum proprium nihil extimescere, omnia humana despiciere, nihil quod homini accidere possit intolerandum putare. Declaró pues sencillamente «que no debia pensarse por ningun término en el cange de los prisioneros; que este ejemplo tendria consecuencias muy funestas para la República; que unos ciudadanos que habian tenido la baja debilidad de entregar sus armas al enemigo eran indignos de compasion é incapaces de servir en lo sucesivo á su patria; que en cuanto á él, y en la edad avanzada en que se hallaba, debian hacerse cargo de que no seria esta una gran pérdida; y que mas bien debian tomar en consideracion que tenian en su poder á muchos generales cartagineses en el vigor de la edad y en estado de hacer grandes servicios á su patria por espacio de muchos años.» No sin mucha pena siguió el Senado este consejo que tan caro habia de costar á su autor: consejo á la verdad inaudito y sin ejemplo, en el caso en que se hallaba Régulo. No faltó sin embargo en Roma quien creyese que Régulo no se hallaba obligado á regresar á Cartago, ni al cumplimiento de un juramento ecsigido por la violencia, y hecho á un enemigo acostumbrado á faltar siempre á su palabra. Ciceron rebate este razonamiento con muestras de indignacion. Lo que debe considerarse, dice, en el juramento, y lo que fuerza á guardarle es, no el temor de ser castigado, sino la santidad misma del juramento, que no es otra cosa que una aseveracion religiosa: y lo que se afirma y promete de esta manera, tomando á Dios por testigo, es preciso cumplirlo en consideracion y respeto á la fe dada, de esta fe de la que dice Ennio: ¡O fides alma, apta pinnis, et jusjurandum Jovis! Cualquiera pues que viola su juramento, viola esta fe tan santa y respetable. La guerra tiene tambien sus leyes que deben ser guardadas inviolablemente; y pretender que es nula la fe prometida á quien no sabe guardarla, es buscar un frívolo pretexto para cubrir la fealdad del perjurio y de la infidelidad... Régulo no dudó un momento en abrazar el partido que debia tomar. Este ilustre prisionero partió de Roma para volver á Cartago, sin mostrarse conmovido del vivo dolor de sus amigos, ni de las lágrimas de su esposa y de sus hijos; antes bien manifestó una tranquilidad de ánimo estupenda, sin embargo que no ignoraba los crueles suplicios que le esperaban. En efecto, los cartagineses le probaron inmediatamente con tormentos inauditos y escesivos dolores, y por último le clavaron en una cruz en la que espiró.

NOTA E, pág. 22.

Los samnitas, pueblo de Italia, en la guerra que tuvieron con los romanos, fueron muchas veces vencidos por el dictador Papirio Cursor hasta el extremo de verse precisados á pedir la paz al Senado, que solo les concedió una tregua de un año. Pero asi que supieron que Papirio, despues de haber nombrado por cónsules á C. Sulpicio y Q. Aulio, habia

abdicado la dictadura, volvieron á tomar las armas, aunque siempre con el mismo desgraciado suceso; y sus tierras, lo mismo que las de los apuleyos que ellos habian atraido á su partido, fueron saqueadas enteramente. Sin embargo, los samnitas pelearon con mas valor el año siguiente, y atacaron con furia y denuedo al ejército romano, de manera que la victoria estuvo dudosa mucho tiempo, aunque al fin se declaró completamente por los romanos, y los samnitas fueron pasados á cuchillo. Esta derrota, que les hizo perder sus mejores tropas, consternó sobremanera á toda la nacion. En este apuro, pues, decretaron sus Pretores que Brútulo Papio, hombre esclarecido y que con su gran crédito se decia haber obligado á los samnitas á romper la tregua, fuese entregado á los romanos: que ademas se remitiese con él todo el botin y los prisioneros hechos hasta entonces; y que se diese á los romanos una satisfaccion completa de todas las quejas que los feciales habian dado de parte del Senado. Este decreto fue ejecutado, y el cuerpo de Brútulo, que habia prevenido el suplicio con una muerte voluntaria, fue llevado á Roma con todos sus bienes. Pero el pueblo romano no quiso recibir sino los prisioneros; y los diputados regresaron sin haber podido obtener la paz. Parece que este caso debia de haber causado una consternacion general á los samnitas; pero produjo un efecto del todo contrario. Tenian ellos entonces por general á Cayo Poncio, hombre hábil en el arte de la guerra, quien luego de la vuelta de los diputados convocó á la asamblea, y habló de esta manera: No creais, samnitas, que vuestra diputacion ha sido una cosa vana y sin efecto. Ella ha espiado el crimen que habiamos cometido al romper los tratados, y apaciguado la cólera de los dioses justamente irritados, cuya voluntad no puede haber sido ciertamente de que nuestras satisfacciones fuesen recibidas de los romanos con tanta altivez y desprecio. ¿Qué mas podiamos hacer para apaciguar á los dioses y á los hombres, que lo que hemos hecho? Hemos devuelto á los romanos cuanto les habiamos tomado, y nos pertenecia por derecho de guerra. No habiendo podido entregar vivos los autores del rompimiento, hemos entregado sus cuerpos, y hemos llevado á Roma todos sus bienes, á fin de que no quedase entre nosotros ninguna cosa que hubiese pertenecido á los culpados. ¿Y vosotros, romanos, podiais ecsigir mas de nosotros? Samnitas! no teneis que deliberar sobre el partido que os conviene tomar ahora: la guerra es justa cuando es necesaria, y las armas son legítimas cuando son nuestro único recurso. Y pues que en todas las empresas humanas conviene saber y averiguar, si los dioses están en nuestro favor ó en contra nuestra, tened entendido y estad bien seguros de que asi como en las guerras que han precedido habeis mas bien tenido por enemigos á los dioses que á los hombres, en esta que vais á emprender tendréis á estos mismos dioses por guias y protectores. Este discurso llenó de esperanza, de esfuerzo y ardor á toda la nacion; y en esta feliz disposicion Poncio se dió prisa á poner sus tropas en campaña. Mas como no podia razonablemente esperar que los samnitas tuviesen ventaja á fuerza abierta sobre los romanos, determinó valerse de ardidés y estratagemas contra tan temibles enemigos. Se acampó pues cerca de Caudío, que era una pequeña aldea situada entre Capua y Benavente; y como sabia que los Cónsules no estaban lejos de allí, hizo disfrazar de pastores á diez de sus soldados, les encargó que condujesen sus ganados hácia aquella parte do se hallaban los Cónsules, y les encargó que dijese uniformemente cuando fueren detenidos y puestos en su presencia, como no dejaria de suceder, que el ejército de los samnitas sitiaba actualmente á Luceria en la Apulia, cuyos habitantes eran á la verdad fieles aliados de los romanos. Corria ya esta misma voz, que Poncio al propósito habia tenido cuidado de divulgar por otros medios para que llegase al campo de los Cónsules; y la relacion unánime de los pastores prisioneros no dió lugar á que se dudase de su certeza. Sucedió pues lo que Poncio habia previsto. Los Cónsules deseosos de dar pronto socorro á aquella ciudad aliada, que

consideraban en gran peligro, se pusieron inmediatamente en camino; y lo hicieron con tal impaciencia, que eligieron el mas corto, aunque era muy peligroso por pasar entre dos desfiladeros. Habiendo pues el ejército de los Cónsules internándose por ellos un buen trecho, vieron con sorpresa que impedía la salida una gran porcion de troncos de árboles y de gruesas piedras que formaban como una muralla; y se aumentó y subió de punto su admiracion al ver que los samnitas ocupaban ya la entrada y coronaban todas aquellas colinas, cuya vista les llenó de un sobresalto tan grande que se quedaron del todo estáticos y pasmados: todo fue confusion en aquellos momentos, y los soldados en pelotones pedian á sus generales un socorro que apenas, dice Tito Livio, podian esperarle de los dioses. Habiendo, pues, hecho varias tentativas inútiles para romper aquella especie de prision, y vencidos al fin por la necesidad, se resolvieron á enviar diputados á Poncio en solicitud de una paz honrosa. Poncio respondió con fiereza que la guerra era ya terminada, y que vencidos y encerrados como estaban de todas partes les hacia saber ser su voluntad que pasasen todos por debajo del yugo sin armas, y despues retirasen los romanos sus ejércitos y colonias del Samnio; y que los dos pueblos, independientes el uno del otro, viviesen en lo sucesivo segun sus leyes. Esta respuesta hecha notoria en el campo de los romanos causó el mas vivo dolor. Un triste silencio reinó mucho tiempo en el Consejo, y los Cónsules no sabian decidirse, combatidos de una parte por la vergüenza de suscribir á semejante tratado, y de otra por la necesidad absoluta de someterse. Pero hubieron por fin de resolverse; y pasaron todos por debajo del yugo, primero los Cónsules despojados de los ornamentos de su dignidad y casi desnudos; luego los principales oficiales, cada uno segun el rango de sus empleos, y últimamente las legiones.

NOTA F, pág. 22.

Despues de varias derrotas que habian sufrido los romanos en el sitio de Numancia vino el cónsul C. Hostilio Mancino á poner el colmo á su vergüenza é ignominia. No hubo accion por pequeña que fuese de la que no saliesen escarmentados los romanos; y llegó la cosa á tal extremo, que los soldados del Cónsul no podian ya sufrir sin sobresaltarse ni la voz ni la vista de un numantino. En tan triste coyuntura creyó Mancino serle muy conveniente levantar el campo de noche, y alejar por algun tiempo sus tropas de Numancia, á fin de dar lugar á que se disipase poco á poco su temor, y volviesen á renacer aquellos sentimientos de valor é intrepidez que eran tan naturales á los romanos. Se retiró pues de noche con gran silencio; pero advirtiendo los numantinos esta retirada, salieron en número de cuatro mil, y corriendo en pos de los fugitivos les alcanzaron en un parage muy escabroso; y aunque el ejército enemigo constaba de veinte mil hombres, le envolvieron de tal manera, que desesperando Mancino de poder abrirse camino á la fuerza envió un diputado á los numantinos para entrar en composicion. Efectivamente se acordó un tratado con condiciones iguales, segun parece, para los dos pueblos; á cuya observancia se obligaron con juramento el Cónsul, el Quëstor y los principales oficiales de su ejército, y asi dispuesto marcharon los romanos habiendo dejado en poder de los numantinos todas las riquezas de su campamento. Habiendo llegado á Roma la noticia de este tratado, el Senado mandó comparecer á Mancino para que diese cuenta de su conducta; y al mismo tiempo hizo partir á M. Emilio su colega á ocupar su plaza. Mancino justificó con modestia su

conducta, imputando en parte todas las desgracias al mal estado en que habia hallado al ejército; insinuando que tal vez podia atribuirse tambien á la cólera de los dioses irritados de que sin justa causa se hubiese declarado la guerra á los numantinos, escusándose con la necesidad indispensable de consentir en aquel tratado para salvar la vida de veinte mil ciudadanos; y manifestó por fin que, contento como estaba de haber hecho este servicio á la República, esperaria tranquilo que el Senado decidiese de su suerte, pronto siempre á sacrificar de buena voluntad su libertad y su vida en honor y utilidad de su patria. El tratado sin embargo fue anulado por haber sido hecho sin la autoridad del Senado y del pueblo romano; y ordenóse que todos los que le habian jurado y habian salido garantes de su observancia fuesen entregados á los numantinos. Mas el pueblo no autorizó sino en parte el decreto del Senado, y le ratificó en lo respectivo á Mancino. En virtud, pues, de esta orden Mancino fue presentado á las puertas de Numancia por uno de los faciales, atado de pies y manos. Pero los numantinos no quisieron recibirle, y al mismo tiempo los romanos reusaron tambien hacerse cargo de él otra vez, de manera que este hombre que en el año anterior habia sido cónsul y general de un grande ejército, pasó el dia entero entre el campo y la ciudad, abandonado de los suyos y desechado de los enemigos, hasta que finalmente habiendo entrado la noche los romanos le permitieron que se recogiese en su campo.

NOTA G, pág. 22.

Esto sucedió despues de concluida la guerra contra Antíoco rey de Siria con la famosa victoria ganada en Magnesia cerca de Sipyle, de cuyas resultas se sometieron á los romanos todas las ciudades del Asia menor. Esta guerra memorable, que no fue de larga duracion ni costó mucha sangre á los romanos, contribuyó en gran manera al engrandecimiento de su imperio. Pero esta victoria contribuyó tambien de otro modo á su destruccion y ruina, introduciendo en Roma con las inmensas riquezas el lujo, la afeminacion y los deleites. Plinio señala esta victoria ganada sobre Antíoco y esta conquista del Asia, como la época de la corrupcion de las costumbres de la República romana. El Asia vencida por las armas de Roma, dice Séneca, venció á su vez á la misma Roma con sus vicios. *Armis vicit, vitiis victus est.* Y á la verdad las riquezas del estrangero ahogaron allí el amor de la pobreza y de la antigua sencillez, que habian formado hasta entonces el honor y la fuerza de la república. El lujo que entró en Roma como en triunfo con los soberbios despojos del Asia, llevando consigo todos los desórdenes y todos los crímenes, hizo sin duda mas daño que si la hubiesen invadido y saqueado numerosos ejércitos; y asi vengó al universo vencido, como dice elegantemente un Poeta. Pero el desarreglo y la inmoralidad acabaron, por decirlo asi, de apoderarse de los romanos despues de la destruccion de Cartago. Entonces se introdujeron con una rapidez increíble en todas las clases de la república el lujo y los deleites, que como era regular no dejaron de acarrear muy pronto la ruina del estado. El primer Scipion, dice Patérculo hablando de los romanos, habia echado los primeros fundamentos de la futura grandeza: el último con sus conquistas abrió la puerta á toda especie de desórdenes. Desde que Cartago émula de Roma fue destruida enteramente, la decadencia de las costumbres no caminó ya lentamente y por grados, sino que fue pronta y precipitada.

NOTA H, pág. 23.

Los estoicos, dice Meddleton, eran una especie de entusiastas que fuera de sí mismos no reconocían ni sabiduría ni bondad. Colocaban el supremo bien en la virtud, aun despojada de todos los demás bienes. Creían que todos los delitos eran iguales, y todas las faltas contra la justicia igualmente pecaminosas; sin hacer diferencia, por ejemplo, entre matar un gallo sin necesidad, ó á su propio padre. Pretendían que el sabio nunca debe perdonar, nunca encolerizarse, nunca compadecer ni favorecer, nunca engañarse, nunca arrepentirse, y nunca en fin padecer la menor alteración en sus pensamientos y deseos. Catón tenía la cabeza llena de estos principios cuando entró en el manejo de los negocios públicos; y según el testimonio de Cicerón, «tanto en obrar como en hablar seguía una conducta más digna de la república de Platón, que de la canalla romana entre quien vivía.» Jamás distinguió negocios ni tiempos, ni se hizo cargo de la flaqueza de la república, ni del poder de los que la oprimían. Su máxima era oponerse á toda autoridad que no se fundase en las leyes; y si no podía reprimirla, la trataba á lo menos con desprecio. No conocía más que un camino para hacer las cosas, y este era siempre el más derecho y corto; y si hallaba en él obstáculos, no por eso torcía el paso, é iba adelante resuelto á vencerlos ó á perecer en la empresa; porque según sus ideas el apartarse por poco que fuese de su línea era una baja y una confesión de vencimiento. Viviendo en un siglo tan corrompido, en que la disciplina y el gobierno se hallaban próximos á destruirse, tuvo la imprudencia de atacar la corrupción con el zelo más indiscreto, y de armarse obstinadísimo contra un poder muy superior á sus fuerzas. Conoció muy bien que el rigor de sus principios le hacía perder muchas amistades, y no le reconciliaba con ningún contrario; y no obstante, irritando el poder que no podía abatir, se precipitaba hácia su ruina. Al fin, después de infinitas desgracias se vió absolutamente imposibilitado de seguir su primer sistema; y en vez de mudarle y tomar otro nuevo, abrazó el último consejo de su filosofía, que fue el de matarse á puñaladas.

NOTA I, pág. 24.

Uno y otro ejemplo, esto es, el de Catón y el de Bruto, fueron causa igualmente de que Porcia, hija de aquel y muger de este, la amable Porcia, que era por otra parte un dechado de su sexo, se diese á sí misma un fin tan desastroso y violento. La muerte de estos hombres ilustres de que hemos hecho mención me obliga á dar aquí una idea, bien que muy sucinta, de la historia de aquellos tiempos, y de los sucesos que la motivaron. Después de la famosa batalla de Farsalia, en la que se resolvió el gran problema que tenía al mundo en expectación sobre cual de los dos, si Pompeyo ó César, había de quedar absoluto dueño del imperio romano; y vencidos y aniquilados también de todo punto, con la victoria ganada en Thapsos y muerte voluntaria de Catón en Útica, los restos del ejército de la república que se había refugiado en África capitaneado por Metelo Scipión, quedó Julio César en el pleno goce del soberano poder. El Senado de Roma, para disimular con apariencia de zelo y

afecto el temor de que se hallaba poseído, ó tal vez con el fin de escitar mas y mas contra César la general indignacion y envidia, proporcionando de este modo el medio de destruirle: previno su regreso con varios decretos que respiraban la mas baja adulacion, y con testimonios de honor, que eran tanto mas escesivos cuanto no tenia en ellos ninguna parte el corazon. Decretó pues el Senado cuarenta dias de fiestas y regocijos, y ordenó ademas que el dia en que César entrase en triunfo, su carro fuese tirado de cuatro caballos blancos, como los carros de Júpiter y del Sol: añadiendo á estas distinciones, puramente honoríficas, otros títulos de un poder sólido y real. Y como nada quedase ya que hacer sino elevarle á una condicion superior á la de un simple mortal, llegó á tal grado la impía adulacion del Senado, que le decretó finalmente una estatua, la que fue colocada en el capitolio sobre un carro triunfal en frente de la de Júpiter, teniendo á sus pies el globo del mundo con esta inscripcion: A César semidios. Y despues de la derrota del jóven Pompeyo en España, con la que la fortuna de César acabó de llegar al grado mas alto á que podia aspirar, destruido enteramente el partido contrario, y no habiendo quedado de él ni tropas ni gefes en ninguno de los dominios del imperio, decretó tambien el Senado elevar un templo á la Clemencia, en el que colocaron la estatua de César junto á la de esta deidad, dándola la mano: y á esto añadieron el título de emperador, el de padre de la patria, y la dictadura perpetua. César tenia demasiada penetracion para dejar de conocer cual fuese la verdadera causa y principio porque se le prodigaban unos honores tan escelsos y extraordinarios, y tan contrarios al mismo tiempo á la índole y naturaleza del antiguo gobierno. Sin embargo, como estaba ciegamente apasionado por la gloria, y aquellas distinciones halagaban sobremanera su amor propio, las recibió con gusto; habiendo formado el plan de disfrutar de tan alta fortuna con dulzura y suavidad, con clemencia y moderacion. Estos sentimientos de César, laudables y generosos sin disputa, esta virtud que forma el carácter de las bellas almas, era mas propia de un monarca legítimo que de un usurpador; y por tanto debió haber conocido la diferencia esencial que mediaba entre su situacion y la de un príncipe á quien el derecho de sangre ó de una eleccion libre y regular le sirve de título para el gobierno. Creyó que la suavidad y dulzura le aseguraria el poder adquirido con la violencia; y este error fue causa de su muerte infausta. En efecto, los grandes principalmente, cuya rabia y despecho crecia cada dia en vista de la arrogancia con que recibia César las demostraciones de la pública esclavitud, volvian los ojos con suma ansia hácia M. Bruto, que se hallaba actualmente de pretor, y descendia de aquel Lucio Junio Bruto que arrojó del trono y de Roma á los Tarquinos por vengar á Lucrecia; y por ella le escitaban á que se mostrase digno de su nombre. Cedió Bruto á la espectacion general, y haciéndose gefe de la famosa conspiracion que Casio tenia ya preparada, embistió á César mientras se hallaba en pleno Senado, quien herido con veinte y tres puñaladas cayó muerto á los pies de la estatua de Pompeyo. Pero la conducta imprudente de los conspiradores, que se habian contentado de tomar buenas medidas para matar á César, sin preparar las grandes consecuencias que forzosamente habian de seguir á un suceso tan memorable: esta conducta, que obligó á Ciceron á lamentarse en una carta á Ático, de que todo lo habian hecho por la gloria, y nada por la patria, dió lugar á que M. Antonio se levantase con el poder y obligase á salir de Roma á Bruto y demas gefes del partido republicano. Formóse despues el triunvirato de Octavio, M. Antonio y Lépido, que logró destruir del todo aquel partido con la victoria ganada en las dos batallas de Filipa, de cuyas resultas Bruto y Casio se dieron á sí mismos la muerte. La generosa Porcia, cuyo valor mantenia dignamente la gloria de Caton su padre y de Bruto su marido, habiendo sabido esta nueva lamentable determinó no sobrevivir á su esposo; y como sus domésticos y amigos no la perdiesen de vista un solo momento y

tuviesen mucho cuidado de apartar toda arma ó instrumento de que pudiese echar mano en su desesperacion, supo burlar esta inquieta y tierna vigilancia tragando carbones ardientes, por cuyo medio logró quitarse la vida. El bello carácter de esta muger tan ilustre como desgraciada ha sido admirado justamente hasta el dia de hoy, y su nombre y sus virtudes serán tenidas siempre como un hermoso adorno de la historia romana. El lector creo me permitirá con gusto que ponga aqui unos versos de Tomas Musconi célebre poeta, en los cuales se compara á Porcia muger de Bruto, con Vitoria Colona esposa del famoso Fernando Dávalos. Los versos son estos:

NOTA J, pág. 24.

Ademas de las causas del suicidio que quedan esplicadas, vemos que la supersticion le ha ocasionado tambien alguna vez. Y ¿que otra causa sino esta impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? La cosa pasó de esta manera. En el año 393 de Roma se abrió de repente en la plaza mayor una especie de hoyo muy profundo que no podia cegarse por mas tierra que le echasen. Los adivinos que se consultaron respondieron sobre este caso extraordinario que era menester echasen al hoyo aquello en que consistia la fuerza principal de Roma si querian que el imperio fuese eterno. Esta respuesta llena de oscuridad tenia á los romanos en la mayor confusion, y en este momento fue cuando M. Curcio que se habia distinguido muy particularmente en la guerra, se presentó en la plaza armado de pies á cabeza, montado en un caballo ricamente enjaezado, y dijo que estrañaba mucho que se dudase ni un instante que la fuerza principal de Roma consistia en las armas y el valor; y despues de haberse ofrecido á los dioses manes, se precipitó en aquel abismo. Otro ejemplo muy insigne de estas muertes voluntarias leemos en la historia de aquellos tiempos. Los cónsules romanos F. Manlio Torquato y P. Decio Mus antes de dar la batalla contra los latinos, no lejos del monte Vesubio en el camino que conducia á Vesperis, inmolaron sus víctimas como tenian de costumbre para conocer por ellas la voluntad de los dioses; y habiendo hallado que á la de Decio le faltaba alguna cosa: me alegro, dijo este, si la víctima de mi compañero es enteramente acepta á los dioses. Todo el ejército se puso despues en movimiento, mandando el ala derecha Manlio, y Decio la izquierda. Al principio los esfuerzos fueron iguales de ambas partes; pero luego los hastarios de la izquierda de los romanos, no pudiendo resistir el choque violento de los latinos, se retiraron hácia la segunda línea en donde peleaban los que llamaban príncipes. En este conflicto el cónsul Decio llamando á voces al pontífice Valerio: aqui necesitamos, le dijo, del socorro de los dioses; prestadme vuestro ministerio, y dictadme las palabras que debo pronunciar al sacrificarme por las legiones. El Pontífice le ordenó que se pusiese su vestido bordado de púrpura; y que cubierta la cabeza con un velo, la mano levantada hasta la barba, y puesto un dardo debajo

de los pies, pronunciase las siguientes palabras: Jano, Júpiter, padre Marte, Dioses lares, Dioses novensiles, Dioses indígenas, Dioses que teneis un poder especial sobre nosotros y sobre nuestros enemigos, Dioses manes: os ruego, os suplico respetuosamente, os pido la gracia, y espero obtenerla, que deis al pueblo romano de los Quirites el valor y la victoria; y al mismo tiempo que derrameis el espanto, la consternacion y la muerte entre los enemigos del pueblo romano de los Quirites. Conforme á las palabras que acabo de pronunciar me ofrezco en sacrificio por la república del pueblo romano de los Quirites, por el ejército, por las legiones, por las tropas auxiliares del pueblo romano de los Quirites; y ofrezco conmigo á los Dioses manes y á la tierra las legiones y las tropas auxiliares de los enemigos. Dicho esto dió orden á sus lictores que fuesen prontamente á dar noticia á Manlio de que se habia sacrificado por el ejército; y luego ceñido á la manera de los gabinos montó armado á caballo y se arrojó ciegamente en medio de los enemigos. Pareció á los soldados por su aire y continente como enviado de los cielos para apaciguar la cólera de los dioses y convertirla enteramente contra el enemigo. En efecto el terror y la consternacion parecia que marchaban delante de él. Los enemigos, como si un rayo viniera sobre ellos, se ponian en fuga; pero cuando atravesado de dardos cayó muerto en tierra, entonces se aumentó el desorden y la turbacion de los latinos, y se declaró la victoria completamente por los romanos.

NOTA L, pág. 24.

El caballero Cayetano Filangieri en su excelente obra de la Ciencia de la legislacion hablando en el lib. I. ° cap. 14 del sistema de Montesquieu sobre la influencia del clima, ¿me será permitido, dice, atribuir al clima estos suicidios tan frecuentes en Inglaterra, cuando en un solo año mas de cincuenta infelices se dan en Paris con sus propias manos la muerte, cuando cada año se cuentan en Ginebra diez ó doce suicidios? Roma en el espacio de siete siglos no ofrece mas que un ejemplo de suicidio, esto es, el de Lucrecia; pero en seguida en el intervalo de algunos años, y sin que el clima hubiese experimentado la menor variacion, vióse á Caton, Bruto, Casio y á otros varios ilustres romanos dar al mundo este fatal ejemplo.

NOTA M, pág. 25.

Véase á Blachstone, código criminal de Inglaterra, cap. 14. En Atenas se cortaba la mano del suicida, y estaba prohibido enterrarla en un mismo sepulcro con el cuerpo del culpado. Qui sibi manus intulit, ei manus quæ id perpetravit præciditor, nec eodem cum corpore tumulo sepelitor (Æschin. in Cresiphont). Platon propuso una pena sepulcral, pero menos general que la de Atenas. Valerio Maximo nos habla de una institucion singular que habia en Marsella de Francia. Una bebida emponzoñada, dice, estaba confiada á la autoridad pública: todo aquel que habia determinado morir pedía permiso al Senado para hacer uso de aquella bebida. Si esta augusta Asamblea hallaba justos y razonables los

motivos de tal determinacion, que siempre lo eran en su concepto el temor de perder la felicidad ó el deseo de terminar los males, accedia á la súplica y entregaba la bebida. En el Digesto y Código romanos se hallan dos títulos de bonis eorum qui mortem sibi consciverunt. En todas estas leyes se hace diferencia entre el que se mata para sustraerse de una sentencia capital y el que se mata por otro motivo. En el primer caso los bienes del suicida son confiscados como si la sentencia se hubiese ejecutado; pero en el segundo caso la ley no pronuncia ninguna pena. Si quis impatientia doloris, aut tædio vitæ, aut morbo, aut furore, aut pudore mori maluit, non animadvertatur in eum. La ley, dice Filangieri, no fulmina sus decretos impotentes contra las cenizas y la posteridad inocente de un desgraciado que buscó en el reposo de la muerte la paz de que le habia privado la miseria y el dolor. En nuestra legislacion solo tenemos una ley que trate de este delito, y es la 15 del tít. 21, libro 12 de la Novísima Recopilacion. Todo hombre ó muger, dice, que se matare á sí mismo, pierda todos sus bienes, y sean para nuestra Cámara no teniendo herederos descendientes. Esta ley aunque breve es ciertamente admirable, ya atendiendo á que la dictó el Sr. D. Enrique III. á fines del siglo 14 ó principios del 15, ya comparándola con la legislacion respectiva al suicidio que se observa en la sabia Inglaterra y en otros paises de la culta Europa.

NOTA N, pág. 32.

Guanaco: animal cuadrúpedo del reino del Perú, especie subalterna del camello.

Vicuña (*Camelus vicuña*): segun el conde Buffon es el paco montés en su estado de libertad natural; pero se equivoca, pues la vicuña, el paco y la alpaca son animales de un mismo género, pero de especies diferentes, que sin embargo de residir en unas mismas montañas jamas andan juntos. Viene pues á ser del tamaño de la cabra, á la cual se parece mucho en la configuración de la espalda, de las ancas y de la cola; pero se distingue de ella en el cuello que es de veinte pulgadas de largo, en la cabeza redonda y sin cuernos, en las orejas pequeñas, derechas y agudas, en el hocico que es corto y sin barbas, y en las piernas que son dos veces mas altas que las de las cabras: cúbrele el cuerpo una lana finísima de color de rosa seca, capaz de admitir muy bien todo género de tintes artificiales, y de la cual hacen en las provincias del Perú muy buenos pañuelos, medias, guantes, sombreros &c. Esta lana es ya bien conocida y estimada en Europa, y de ella hacen paños muy finos. Se crían las vicuñas con abundancia en la cordillera de los Andes, y su residencia es entre los riscos mas ásperos de aquellas montañas, donde en vez de recibir daño con las nieves y hielos, parece que deben serlas muy útiles; pues si las transfieren á los llanos enflaquecen muy pronto, y cubriéndose de cierta especie de empeines mueren á poco tiempo, y de esto nace el no haberlas podido establecer en las provincias de Europa: andan siempre paciendo á manadas como las cabras, y no bien divisan un hombre cuando huyen velozmente, llevando delante sus hijos. Los cazadores que las persiguen se juntan en patrullas para rodear uno de aquellos montes donde saben que habitan; y acosándolas poco á poco, las van encaminando hácia un lugar estrecho en que han tendido con anticipacion una larga cuerda de la cual penden algunos andrajos, que vistos por las vicuñas, sumamente cobardes, se alteran de tal modo que apretándose en la estrechura de aquel lugar y no atreviéndose á dar

un paso mas adelante, dan tiempo á que los cazadores las vayan cogiendo y esquilando ó matándolas; y sin embargo de la gran porcion que se han destruido y destruyen desde la conquista para comer la carne que es muy buena, es tanta su abundancia que se puede creer que la hembra pare mas de uno cada vez: dicen que un pedazo de carne fresca de vicuña es excelente específico para curar la inflamacion de los ojos: en el estómago crian piedras bezoares muy finas y estimadas: es de las especies no bien determinadas.

NOTA O, pág. 32.

Tayá: culebra muy comun en el nuevo reino de Granada, y una de las mas temidas por su veneno, fiereza y agilidad: es de color pardo con listas algo mas oscuras, y se diferencia de todas las demas en que es la única que embiste al hombre sin ser perseguida.

NOTA P, pág. 32.

Cascabel (*Crotanus*): género de culebra que pertenece á las anfibias, cuyo carácter distintivo es el cascabel que tiene en la cola al extremo, y consiste en varios crustaceos con articulaciones ó, por mejor decir, bolsitas córneas con un huesecillo dentro que hace ruido siempre que se mueve, y sirven de avisar á la gente para precaverse de su mordedura que es mortal: cada año aumenta un cascabel. Hay cinco especies: la hórrida ó cascabel americana, de un color naranjado subido, ó negruzco en el lomo y ceniciento en el vientre, de cuatro á cinco pies de largo: la miliar, cenicienta con manchas negras, propia de la Carolina: la dryinas, blanquizca, con muy pocas manchas amarillas: la durysus, beteada de blanco y amarillo; y la mutus, de figura romboidal con manchas negras en la espalda y una línea del mismo color detras de los ojos, nativa de Surinam: todas son de América y abundan en estas provincias: la mordedura de cualquiera de ellas tan sumamente venenosa que quita la vida en brevísimo tiempo.

NOTA Q, pág. 32.

Boa (*Constrictor magnus*): culebra monstruosa, á quien atribuyen la propiedad de atraer con el aliento á los animales para devorarlos: es indígena en la América, y se halla en muchas partes: tiene 240 anillos en el vientre y 60 en la cola: es del género de los anfibios, tan disforme que algunas esceden de 36 pies: su cuerpo es muy grueso y parece el tronco de un árbol grande: es de color blanquizco sucio, y la espalda sembrada de 24 manchas: la cola es mas oscura y los costados hermosamente pintados: la cabeza está cubierta de escamas pequeñas: tiene una faja negra detras de los ojos y carece de colmillos, y su mordedura no es venenosa: la lengua es carnosa y muy delgada: sobre los ojos á cada lado se eleva la

cabeza: las escamas son pequeñas y suaves, y la cola no excede de la octava parte de su tamaño. Los indios que adoran á este monstruoso animal usan de su piel para vestirse por gala; su carne la comen los indios y los negros. Pison, Marcgrave y Kemfer hacen la siguiente relacion del método de vida de este animal y del modo que tiene de ocultar la presa: Habita por lo comun en cavernas y en los bosques mas espesos, donde se fija cerca de un árbol en que enrosca la cola, y salta sobre cualquier animal que pasa cerca de él; y luego que lo ha cogido, especialmente si es grande, lo aprieta rodeándole el cuerpo para romperle los huesos con la fuerza de sus músculos circulares, y despues lame toda la piel dejándola untada de una especie de saliva glutinosa para facilitar la degluticion, y se va tragando al animal: si es venado, ú otro que tenga cuernos, empieza por los pies y lo último es la cabeza, dejando las astas que por algun tiempo lleva fuera de la boca hasta que ha digerido el cuerpo y se le caen: despues que ha comido algun animal grande queda incapaz de moverse por algunos dias, y los cazadores que estan instruidos de esta circunstancia se aprovechan de ella para matar esta culebra, que estando irritada da horrendos silvidos: muchas veces se revuelca en el barro y luego se oculta debajo de las hojas que han caido de los árboles por donde frecuentan el paso otros animales para cogerlos, y así algunos cazadores se han sentado sobre ellas teniéndolas por árboles caidos: las hay en el reino de Tierrafirme, en el nuevo reino de Granada y en otras muchas partes de la América: en la provincia del Chaco las llaman ampalabas; y los holandeses en sus colonias, contrabandistas.

NOTA R, pág. 32.

Cibolo (Bos Bisson): especie de toro montaraz de la provincia de Cinaloa en la América septentrional: se distingue del comun en que tiene la cerviz poblada de una lana muy larga y suave: su carne es muy gustosa y apetecida de los naturales.

NOTA S, pág. 32.

Famacosio (Feliz Famacosius): animal cuadrúpedo y feroz de la provincia de Paraguay en el Perú: es de la figura y corpulencia de un mastin de ganado: la cabeza de tigre, pero no tiene cola; y de una ligereza y ferocidad sin igual, de modo que en viéndolo no es posible evitar el ser destrozado sino subiéndose prontamente á un árbol, lo que él no puede hacer; pero se pone en dos pies y da un bramido, á que vienen luego otros muchos y empiezan á roer el árbol por la raiz hasta echarlo á tierra, y si el que subió huyendo no tiene armas para ir matando aquellos animales, no puede evitar la muerte. Los indios mañacicas, en cuyo territorio es donde mas abundan, han discurrido para que no se aumenten encerrarse muchos en una circunvalacion de palizadas, y á los gritos que dan vienen muchos famacosios que empiezan al instante á roer las estacas para entrar, y mientras se ocupan en esto los van flechando los indios sin dejar escapar ninguno, con cuyo arbitrio matan infinitos.

DISERTACION SEGUNDA.

NOTA A, pág. 37.

Los atenienses, entre los cuales nacieron la humanidad, la doctrina, la religion, la agricultura y las leyes que se esparcieron despues por todo el mundo: cuya ciudad es tan bella, que los mismos dioses contendieron sobre su posesion; tan antigua que se dice produjo ella de sí misma sus habitantes, siendo á la vez madre, nutriz y patria de ellos; y conserva tanto esplendor, que por ella sola se sostiene el débil y cuasi arruinado nombre de Grecia. Los lacedemonios, cuya ciudad es tan famosa, no solo por su valor sino tambien por sus leyes y costumbres, que han conservado mas de siete siglos sin alteracion alguna... Cícero, pro L. Flacco. 26.

NOTA B, pág. 38.

Se usaba tambien la palabra música comunmente en un sentido menos general, comprendiendo no solo la ciencia que enseña las propiedades de los sonidos capaces de producir cierta melodía, sino tambien el arte poética ó de hacer versos de toda especie y de arreglarles para el canto: la gimnástica, en cuanto tenia relacion á moderar los pasos y la actitud del cuerpo, ya fuese para la danza ó para la marcha regular, y los gestos que debian acompañar á la declamacion; y finalmente el arte de escribir en notas la simple declamacion, á fin de arreglar por ellos tanto el sonido de la voz como la medida y movimientos del gesto. Todas estas partes, aunque diferentes entre sí, tienen sin embargo una relacion muy íntima, y por esto formaban en su origen un solo arte.

NOTA C, pág. 40.

Sócrates, el mas virtuoso de los hombres, perseguido de los sofistas de Atenas contra cuyos vicios y falsa elocuencia habia siempre declamado, fue acusado de que no admitia los dioses que reconocia la República, y procuraba introducir en su lugar otras deidades; y ademas se le imputaba tambien que corrompia con perniciosa doctrina á la juventud, de cuya educacion se ocupaba con esmero hacia ya cuarenta años. Y aunque semejante acusacion se hallaba del toda destituida de fundamento, y era muy público y notorio el maligno principio de donde dimanaba, sin embargo prevaleció la intriga, la calumnia y venganza de sus enemigos, y fue condenado á beber la cicuta con general asombro y escándalo. Los atenienses enviaban todos los años un navío á la isla de Delos para hacer allí algunos sacrificios, y estaba prohibido ejecutar ninguna sentencia de muerte en todo el

tiempo que mediaba desde que el sacerdote de Apolo habia coronado de flores la popa del navío como en señal de su partida hasta que el mismo navío hubiese regresado. Por esto pues habiendo Sócrates sido sentenciado al otro dia de aquella ceremonia, se diferió su ejecucion por espacio de treinta dias que fue el tiempo que se empleó en aquel viage.

NOTA D, pág. 41.

Sobre el origen de la música dice Mr. Rollin lo siguiente: «L'invention de la musique et des instruments qui en font une principale partie, est un présent de Dieu, comme l'invention des autres arts. Elle ajoute au simple don de la parole, déjà bien précieux par lui-même, quelque chose de plus vif, de plus animé, et de plus propre á produire audehors les sentiments de l'ame. Lorsqu'elle est saisie et pénétrée de la vue de quelque objet qui l'occupe fortement, le langage ordinaire ne suffit pas á ses transports. Elle s'élanche pour ainsi dire hors d'elle-même; elle se livre sans mesure aux mouvements qui l'agitent; elle anime et redouble le ton de la voix; elle répéte á diverses reprises ses paroles; et peu contente de tous ces efforts qui lui paroissent encore trop foibles, elle appelle á son secours les instruments, qui semblent la soulager en donnant aux sons une variété, une étendue, et une continuité que la voix humaine ne peut avoir.»

NOTA E, pág. 42.

Los antiguos pensaban á la verdad de otra manera que Montesquieu. Ellos estaban persuadidos, dice Plutarco, que la música podia contribuir mucho á formar el corazon de los jóvenes inspirándoles una especie de armonía que pudiese encaminarles á todo lo bueno y honesto; no habiendo otra cosa mas útil ni mas propia para escitarles en cualquier tiempo á toda suerte de acciones virtuosas, y principalmente cuando se trata de arrostrar los peligros de la guerra. De music. pag. 1140.

Cuando Agamemnon partió para las riberas de Troya dejó á Clitemnestra un cantor divino para que la recordase la virtud. Clitemnestra perdió la idea de sus deberes: Egisto triunfó de ella; pero no sucedió esto sino despues que Egisto trasladó á una isla desierta al hijo de las Musas. Homer. lib. 3.º de la Odiss.

NOTA F, pág. 42.

Entre las obras magníficas con que Pericles hermoseó la ciudad de Atenas campeaba y sobresalía sin disputa el Odeon, ó teatro de la música, que tenia por dentro muchas hileras de asientos y de columnas, y cuyo centro se estrechaba poco á poco elevándose y rematando

en punta; habiendo sido construido, según cuentan, á manera del pabellon del rey Xerxes. Concluido tan hermoso y soberbio edificio fue cuando Pericles propuso con mucho empeño é interés que se hiciese un decreto por el cual se ordenase que en las fiestas de las panatheas se celebrasen juegos de música. Efectivamente así se acordó; y habiendo sido él elegido juez y repartidor de los premios, arregló el modo como los músicos habían de cantar y tocar la flauta y la lira. Los griegos pues que, como es público y notorio, tenían un talento maravilloso para las artes, que cultivaban con esmero y habían llevado hasta un grado muy alto de perfección: los griegos, que se aplicaban á la música desde tiempos muy remotos y con una especie de predilección, y que la usaban generalmente en sus fiestas solemnes, en los sacrificios y sobre todo en los suntuosos banquetes: que de ella tenían certámenes públicos, y señaladas recompensas para los que se distinguían y sobresalían de una manera singular: ¿puede creerse que esta nación, que lo practicaba todo con tanta magnificencia y perfección, hubiese descuidado la música? ¿Es posible que los oídos áticos, como dice Ciceron, *atticorum aures teretes et religiose*, tan finos y delicados hasta para el sonido de las palabras en una simple conversacion, lo fuesen menos para los conciertos de las voces é instrumentos que formaban la más ordinaria y sensible diversion de Atenas? Así vemos pues que la ignorancia de la música pasaba por un defecto de la educación, y al contrario la habilidad en este género hacia honor á los hombres más grandes. Temístocles fue tenido en menos porque después de un banquete no supo tocar la lira. Epaminondas fue muy alabado porque sabía bailar y tocar la flauta. Píndaro en sus odas numera frecuentemente entre las prendas loables de los héroes que elogia la inclinación á las Musas y á la lira, como entre otros de Hieron Siracusano dice en la oda I.^a de sus Olimpíadas:

La flor libando pura

De las virtudes todas; en luz clara
De música pericia coronado,
Cual en gustosa mesa divertidos
Los canoros sonidos
Mezclar solemos....

He dicho que entre los griegos se empleaba la música en las fiestas y para solemnizar las ceremonias augustas de la religion; porque, como dice un Historiador, les parecia que con ella y por su medio y auxilio manifestaban á los dioses su reconocimiento con mayor fuerza y viveza. He dicho también ser costumbre antigua de todas las naciones mezclar en los convites y banquetes el canto y la música. En el libro 8 de la Odisea pinta Homero el convite dado por Alcinoos á los principales feacenses para obsequiar á Ulises y al insigne músico Demodoco, regocijando con su cantar divino el numeroso concurso de los ilustres convidados. La misma costumbre antigua espresa el capítulo 32 del Eclesiástico, v. 7 y 8: Cual brillo de carbunclo en adorno de oro, el concierto músico en convite gustoso. Ó, cual brilla el carbunclo entre el oro, así la música en el convite. Resplandor de esmeralda en artefacto de oro, melodía música sobre dulce vino. Ó, como resplandece la esmeralda en el oro laboreado, así la melodía música sobre el regalado convite.

Si es lícito alguna vez mezclar las cosas sagradas con las profanas, si después de haber hablado de una música dedicada enteramente á la idolatría y á todos los excesos que la acompañan, se puede hablar dignamente de una música toda santa y consagrada toda á la religion, creo que se me disimulará con gusto si en este lugar añado todavía algunas

palabras para dar una idea de la perfección á que los cantores del pueblo de Israel llevaron la música. Ciertamente es de presumir que estos cantores, á quienes la Escritura santa parece haber dado una especie de don de profecía, no para componer salmos proféticos sino para cantarlos de una manera viva, ardiente y llena de zelo; es de presumir, digo, que llevaron la ciencia del canto hasta el grado mas alto de perfección: canto grande sin duda, noble y sublime, porque Dios mismo habia enseñado á sus cantores, y les habia indicado la especie de música con que queria ser alabado y celebrado. Es á la verdad admirable el orden establecido por Dios entre los Levitas para el ejercicio de este augusto ministerio. Ellos eran en número de cuatro mil, distribuidos en diferentes cuerpos que cada uno tenia su gefe, y marcado el género y tiempo de sus funciones. Doscientos y ochenta de ellos estaban destinados para cantar y tocar los instrumentos. *Fuit numerus eorum... qui erudiebant canticum Domini, cuncti doctores, ducenti octoginta octo.* I. Paralip. Puede verse un ejemplo de este orden maravilloso en la distribución que hizo David de los músicos sagrados en la solemne traslación del Arca de la casa de Obededon á la ciudadela de Sion, en el I. Paralip. 15.

El que quiera instruirse de todo lo que concierne á la música de los antiguos puede leer las sabias Disertaciones de Mr. Burette insertas en los tomos tres, cuatro y cinco de las memorias de la Academia real de bellas letras de Paris.

NOTA, G, pág. 44.

Nihil est tam cognatum mentibus nostris quam numeri atque voces, quibus et excitamur, et incendimur, et lenimur, et langüescimus, et ad hilaritatem et ad tristitiam sæpe deducimur. Cícero, de Orat. lib. 3

NOTA H, pág. 45.

En campaña despues de la cena los soldados juntos cantaban himnos en alabanza de los dioses. Cuando estaban ya para cargar al enemigo el rey ofrecia sacrificios á las Musas para que les ayudasen á ejecutar acciones dignas de pasar á la posteridad. Se coronaban los soldados de flores, y se iba adelantando el ejército al sonido de las flautas que tocaban el himno de Castor. M. Anquetil, Compendio de la histor. univ.

NOTA I, pág. 46.

Otro caso de esta naturaleza puede verse en Quintiliano donde dice: Pythagoram accepimus, concitatos ad vim pudicæ domui afferendam juvenes, jussa mutare in spondeum modos tibicina, composuisse. Lib. I cap. 10.

NOTA J, pág. 49.

En comprobacion de los maravillosos efectos de la música no se puede citar un hecho mas notable ni mas bien atestiguado, que lo que Polibio historiador grave y circunspecto refiere de los arcadios. El estudio de la música, dice, es útil á todo el mundo, pero es absolutamente necesario á los habitantes de Arcadia. Estos pueblos, aunque muy austeros en su género de vida, al establecer su república han tenido tanta consideracion por la música, que no solamente la enseñan á los niños, sino que obligan á los adultos sin distincion á que se apliquen á ella hasta la edad de treinta años, y se tiene en deshonor no haber aprendido á cantar y no poder dar muestras de esta habilidad en las ocasiones. Me parece, prosigue Polibio, que sus primeros legisladores no tuvieron la idea ni se propusieron por objeto introducir el lujo y la afeminacion, sino tan solo endulzar las costumbres feroces de los arcadios, y alegrar por medio del ejercicio de la música su carácter triste y melancólico causado sin duda en mucha parte por el aire frio que se respira en casi toda la Arcadia. Por este medio han logrado los arcadios ser muy estimados por la suavidad de sus costumbres, por su propension á todo lo que es justo y honesto, por su humanidad hácia los estrangeros y su piedad hácia los dioses. Pero los cinesios habiendo despreciado este socorro, del cual sin embargo tenian mayor necesidad por habitar la parte mas fragosa y silvestre de la Arcadia, ó sea á causa del aire ó del clima, se han hecho por fin tan feroces y bárbaros que en ningun pueblo de la Grecia se han cometido tantos y tan grandes crímenes como en Cinesia. Polibio concluye esta relacion advirtiendole que se ha detenido de propósito en ponderar la escelencia de la música para obligar á los de Cinesia á darle la preferencia si alguna vez Dios les inspira el deseo de aplicarse á las artes que civilizan á los pueblos; porque este es el solo camino, dice, por donde pueden despojarse de su antigua ferocidad.

NOTA L, pág. 50.

Lo mismo decian los poetas de Apolo que inventó la lira, con cuyo son melodioso edificó las murallas de Troya. Cette lire, composée d'une écaille de tortue et de sept cordes, dice el dulcísimo Demoustier, rendoit et rend encore sous les doigts d'Apollon une harmonie enchanteresse. Ce fut pourtant au son de ce divin instrument, que s'élevèrent les murs de Troye. Apollon chantoit, et les pierres venoient d'elles-mêmes se ranger á leur place. On raconte qu'une de ces pierres, sur lesquelles Apollon avoit souvent posé sa lire, rendoit un son harmonieux aussitôt qu'on la touchoit. Lettres á Emilie sur la Mithologie.

La música del Angel de Milton apacigua tambien las tempestades, y hace cesar la agitacion de los bosques conmovidos por el furor de los vientos.

NOTA M, pág. 50.

Al mismo propósito D. Tomas de Iriarte en su excelente poema de la Música dice en el canto 3.º entre otras cosas lo que sigue:

Bien cifrarse podria

La calificacion de su nobleza
Solo en aquella estrecha simpatía
Que impuso la sagaz naturaleza
Entre todo viviente, y la armonía.
¿Acaso limitó su dulce imperio
A una sola nacion, á un siglo solo?
Del uno al otro polo
Uno y otro hemisferio
Vasallage la rinden, y en la historia
Se pierde por antigua su memoria.
Aun antes que invencion humana fuera,
Innato don de los mortales era,
Como el de la palabra;
Pues si hallamos tal vez fiero habitante
Que la tierra no labra,
Que no pinta, ni esculpe, ni edifica,
No escribe, ni navega, ni trafica,
¿En donde le hallarémos que no cante?
¿Que rústico ignorante
Sus fáciles canciones no acompaña
Sin que reglas le den para que taña?
¿Que niño no serena
Las lágrimas y el ceño,
O no concilia el sueño
Al son de la uniforme cantinela?
Y en fin ¿porque con hombres atestiguo
Si los mismos cuadrúpedos, los peces,
Si aun los insectos viles tantas veces
Indicio nos han dado nada ambiguo
De que los embelesan
Los tonos de la música suaves;
Y la tienen las aves
Mas que mera aficion, pues la profesan?
Pero aunque la admirable melodía
A la naturaleza no debiera

Tan alta aprobacion y patrocinio,
La sabia antigüedad defenderia
A todo el que la estudia y la venera.
Sujetos al dominio
De las gratas cadencias musicales
Los príncipes supremos,
Legisladores, fuertes generales
Y severos filósofos verémos.
Verémos que la Grecia
Al insigne Temístocles desprecia
Porque ignora el manejo
De la lira: que Sócrates, ya viejo,
Los rudimentos de pulsarla aprende:
Que sus afanes bélicos suspende
El hijo de Peléo
Para hallar en la cítara recreo:
Y nombre de divina á competencia
Recibe aquella ciencia
De persas, chinos, tirios,
Egipcios, celtas, árabes y asirios.

Es preciso confesar, dice Quintiliano, que la naturaleza ha inspirado al hombre una inclinacion secreta al canto y armonía, con lo que aumenta su alegría en los tiempos de prosperidad, disipa ó disminuye la tristeza en sus aflicciones, y suaviza su pena en los trabajos. No hay artesano que no recurra á este inocente artificio, y la cancion mas sencilla le hace olvidar todas sus fatigas. La cadencia armoniosa con que los herreros golpean y baten el hierro ardiente sobre el yunque parece que hace muy ligera la pesada masa de sus martillos. Y aun en su penoso trabajo los que reman hallan un consuelo en aquella especie de concierto que forma su movimiento tan repetido y uniforme. «Atque eam (musicam) natura ipsa videtur ad tolerandos faciliús labores velut muneri nobis dedisse. Siquidem et remiges cantus hortatur: nec solúm in iis operibus, in quibus plurium conatus præeunte aliquâ jucundâ voce conspirat, sed etiam singuloruin fatigatio quamlibet se rudi modulatione solatur. Lib. I.º, cap. 10.»

NOTA N, pág. 55.

Pulque: bebida comun en Nueva España: es el licor fermentado del maguey, que se hace de este modo: cuando la planta tiene seis ó siete años la cortan el cogollo, y con un instrumento á modo de cuchara de acero afilada por los extremos, que llaman ocasele, hacen un hoyo en el tronco de la planta y allí va destilando una agua miel clara y no desagradable al paladar, la cual cogen dos veces al dia por tarde y mañana como en cantidad de dos cuartillos, y la echan en tinajas mezclando algunas yerbas y frutillas con que fermenta luego y se puede beber, aunque no guardarse mas que un dia ó dos. Esta bebida embriaga, suple la falta del vino, y los indios la usan desde el tiempo de su

gentilidad. Entran cada mañana en Méjico, de ochenta á noventa mil cuartillos de pulque. Se usa como remedio en muchos casos, y paga cada carga un real de derecho de entrada al rey, cuyo producto es un ramo muy considerable de la real hacienda.

Chicha: otra bebida comun de los indios, y de la gente de color. Es el fermento de alguna fruta, y por eso hay muchas especies de chichas, que toman el nombre de lo que la hacen, como chicha de piña, &c.

Chinguirito: nombre que dan en Nueva España al aguardiente de caña, que hacen de las heces de la azúcar que quedan en el caldero.

NOTA O, pág. 55.

Cotopriz ó Cocopriz: árbol muy alto, frondoso y siempre verde, que se cria en la provincia de Guayana, cuya fruta que los indios llaman allí Cuspiritú es del mismo tamaño y figura que la ciruela. Despues de desprendida la cáscara aparece la medula de color blanco semejante en el gusto y consistencia á la uba moscatel.

NOTA P, pág. 55.

Ceiba (*Bombax ceiba*): árbol grande y corpulento y el mayor de cuantos se hallan en la América: produce una lana blanca muy fina y suave, de que hacen comercio en el partido de Puerto Viejo de la provincia de Guayaquil y reino de Quito, y del árbol hacen embarcaciones de una sola pieza. En la costa de África le llaman Pan de mono.

NOTA Q, pág. 55.

Lucuma (*Achras mammosa*): planta de la clase icosandrya dyginia: hay cinco especies distintas con muchas variedades, todas las cuales son árboles de bastante altura, vestidos de hojas de un verde continuo parecidas á las del laurel, y de flores estambrosas: sus frutas son del tamaño del melocoton, y están cubiertas de un pellejo amarillo que contiene una pulpa blanquizca y dulce, dentro de la cual hay uno ó dos huesecillos: dos de las especies dichas son las únicas que se cultivan, á saber, la lucuma bífera y la lucuma turbinata; la primera fructifica dos veces al año, esto es, á la entrada del estío y en el otoño, bien que las otoñales son las únicas que llevan los huesecillos, que siempre son dos y muy parecidos á las castañas: su figura es redonda y algo sesgada, diferenciándose de este modo de la fruta de la turbinata, la cual es á manera de una peonza: aunque estas frutas maduren perfectamente en el árbol, necesitan guardarse por algun tiempo entre paja, á fin de que pierdan cierta

aspereza que las es natural y adquirieran un sabor agradable y aquella fragancia que se les nota. Las otras especies silvestres se conocen en Chile con los nombres de bellota, keule y chañar: la primera, llamada también lucuma valparadisea porque abunda en las cercanías de Valparaíso, no se distingue de las demás sino en las hojas que son contrapuestas: sus frutas son redondas, ovales ó largas, pero por lo general de un sabor muy amargo: el keule, que crece más de cien pies de alto, echa las hojas ovales de seis á siete pulgadas de largo y de un color verde brillante; su fruta es redonda y de un hermoso color amarillo, y como son muchas y grandes hacen resaltar prodigiosamente el verdor del árbol: finalmente el chañar, lucuma espinosa, arroja un tronco de treinta pies de alto poblado de ramas espinosas y de hojas casi ovales y sin pezoncillo; sus frutas son redondas como las del keule, mantecosas y de muy buen sabor, y su madera sólida, amarilla y de grande utilidad para los ebanistas.

NOTA R, pág. 55.

Pilco, (*Laurus cáustica*): especie de laurel de mediana altura, que echa las hojas alternadas, ovales, rugosas, de más de una pulgada de largo, de color verde que toca en oscuro, muy pequeñas: la fruta se parece enteramente á la del laurel común: los efluvios que echala este árbol, particularmente en estío, causan hinchazón y postillas acres en las partes descubiertas del cuerpo de cualquiera que se detiene á su sombra; y este efecto, que no es mortífero, es tan variable como las complecsiones con que encuentra, pues hay sujetos que experimentan muy poco daño y otros ninguno, y algunos sin más que pasar por debajo del árbol se cubren de postillas enteramente. Sin embargo de estar su madera impregnada de un jugo verdacho, viscoso y cáustico, se aprovechan de ella los naturales cortándola con la precaución de hacer humo al pie, y la emplean en la fábrica de edificios, porque luego que se seca depone el jugo maligno y adquiere un hermoso color rojo venado de manchas amarillas y pardas. Es incorruptible en el agua, en la cual se endurece tanto como el hierro, de modo que no puede haber árbol de madera más apreciable para construir embarcaciones. En Chile lo llaman lithy, y en Quito caspicarancha, que quiere decir árbol que da sarna.

NOTA S, pág. 56.

Plátano (*Musa*): género de la clase monœcia polyandria: el cáliz de el macho como el de la hembra son un amento redondo: el primero no tiene corola, y la del segundo consiste en algunos pétalos; el stigma está inclinado hácia abajo, y las semillas son redondas: el fruto tiene ordinariamente pulgada y media de diámetro, y de diez á doce de largo, algo curvado: no es redondo sino más bien como un ecságono redondeados los ángulos: los extremos terminan en puntas ecságonas: la piel, que es lisa y verde antes de madurar, se pone luego amarilla, encierra una sustancia semejante al queso muy graso, sin algún grano, y solo tiene unas fibras gruesas: cuando el plátano se pasa de maduro, la cáscara se vuelve negra, y lo interior ácedo: el gusto es muy semejante al de la pera: es el mejor alimento que hay para

los negros, y todos los animales de cualquier especie que sean gustan mucho de él, lo cual prueba su bondad. El árbol, ó por mejor decir, la planta que produce el plátano, no da fruto mas que una vez en grandes racimos; y luego que se corta ó que se deja, decae poco á poco, se marchita, se seca y se cae; pero su raiz, que es gruesa, redonda y maciza, produce otros renuevos que á los doce ó catorce meses dan fruto, mueren y reproducen sus raices sin que se necesite nunca plantarlos: no tienen corteza ni madera, sino un grueso rollo de muchas hojas muy largas y anchas que se cubren unas á otras y las exteriores sirven de corteza ó envoltura á las otras: llega á toda su altura á los nueve meses, y tendrá entonces de diez á doce pulgadas de diámetro, lo cual ni lo hace mas duro ni difícil de cortar: el cultivo de esta planta pide un terreno húmedo, graso y sólido, porque necesita mucho nutrimento que por poco que le falte no medra y da una fruta infeliz: el plátano antes de madurar se cuece, como los nabos, con carne; y los marineros y pescadores los comen de este modo: tambien lo asan sobre las ascuas y sirve de pan á los negros: cocido con vino, azúcar y canela adquiere un color encarnado, un bello gusto y olor fragante, y es una de las mejores compotas para los criollos: hay cuatro especies de plátanos que se distinguen con los nombres de bananos, guineos, dominicos y cambures.

NOTA T, pág. 56.

Guayaba (*Psidium pyrifera*): fruta comun en toda la América, y abundante porque nace en cualquier parte en que caiga la semilla, y asi estan llenos de estos árboles los campos: es semejante á la manzana raneta, solo con la diferencia de tener una coronilla: la corteza es áspera y llena de desigualdades: la medula es una sustancia consistente como la de la pera, pero llena de granitos menudos que es la semilla y de un gusto agridulce muy agradable: el árbol es de mediana altura, echa dos veces al año flor, que es como la del naranjo y de un color bellissimo y suave: las hay de dos especies con solo la diferencia del color de la medula, que es en unas blanca y en otras roja.

NOTA U, pág. 56.

Chirimoyas (*Annona squamosa*), y en lengua quichua chirimuyú, que significa fruta de la semilla fria, porque lo es en sumo grado. Esta fruta compite la primacía entre todas las de América: el árbol que la produce es mediano, ramoso hasta el suelo, de hojas algo grandes y anchas, la flor pequeña fragantísima, de tres hojas angostas, carnosas, de color entre verde y pajizo: el fruto tiene la piel verde, sutil y delicada, la medula blanquísima, muy blanda con mas ó menos pepitas, negras, lustrosas, algo chatas, de un dedo de largo y medio de ancho: la figura es irregular, porque unas son redondas, otras piramidales cónicas, otras algo chatas y otras con varias prominencias, aun siendo todas de un mismo árbol: es dulcísima sin fastidio, algo acuosa, en unas con ácido y en otras sin él: se comen partidas ó con cuchara: el tamaño y sazón varia segun los climas y terrenos: en Quito son pequeñas y con muchas pepitas; en Ibarra, Hambato, Loja y Cuenca son mejores, y en Popayan las mas

excelentes de toda la América; y son de cinco á seis dedos de diámetro y algunas como la cabeza de un hombre, con muy pocas pepitas. Algunos dicen que la corteza es áspera con prominencias como la piña; pero esto sucede cuando está verde, porque despues que madura se le estiende de modo que queda lisa, y solo con superficiales lineamientos en forma de semicírculos unos sobre otros, y aun cuando le quedan algunas prominencias son delicadísimas y blandas que no ofenden al tacto.

NOTA V, pág. 56.

Bagre (*Silurus bagre*): pez comun y abundante en casi todos los rios de la América: está cubierto de un pellejo limpio de escamas, liso, pardo por ambos lados y blanquecino por el vientre: se parece mucho en su configuracion á las ninfas de los ranacuajos: su cabeza es muy grande respecto á su cuerpo que es de varios tamaños; el hocico obtuso, y tiene unos hilos como los de los barbos: la espina contenida en la aleta de la espalda no es venenosa, como dicen de la de los demas bagres: su carne tira á amarilla, y es una de las mas delicadas que hay entre todos los peces: tiene poquísimas espinas.

NOTA X, pág. 60.

Duces maximos et fidibus et tibiis cecinisse traditum et exercitus lacedæmoniorum musicis accensos modis. Quid autem aliud in nostris legionibus cornua ac tubæ faciunt? quoruin concentus, quanto est vehementior, tanto romana in bellis gloria cæteris præstat. Quintil. lib. I, cap. 10.

DISERTACION TERCERA.

NOTA A, pág. 84.

El emperador Calígula alimentaba con carne humana á los leones que tenia destinados para los juegos del circo; y Neron quiso obligar á un Egipcio, que se habia hecho famoso por su voracidad, á que comiese hombres vivos. Suet. in Calígul. et Ner. Tito para celebrar la fiesta de su padre Vespasiano hizo devorar por las bestias á tres mil judíos. Josepho, de bello judaico, lib. 7. Plancio, ministro del emperador Severo, con motivo de casar á su hija con el hijo mayor del Emperador, hizo mutilar á cien romanos libres, de los cuales eran algunos casados y padres de familia, á fin de proporcionar á su hija un séquito y acompañamiento de eunucos que fuese digno de una reina de Oriente. Dion, lib. 76, pag. 1271. En tiempo del emperador Claudio se vió á diez y nueve mil hombres degollarse mutuamente sobre el lago Fucin para divertir á la plebe de Roma; y antes de venir á las

manos saludar los combatientes al Emperador: Ave, Imperator, morituri te salutant. César, los que van á morir te saludan. Tacit. Ann. lib. 12, 56. En vista de estos hechos inhumanos y atroces, dice muy oportunamente Chateaubriand que no tenemos razon de quejarnos del estado actual de la sociedad, porque el pueblo moderno mas corrompido es un pueblo de sabios si se compara con las naciones paganas.

NOTA B, pág. 85.

Lo que dió ocasion á los combates de los gladiadores fue la antigua costumbre de sacrificar los cautivos ó prisioneros de guerra á los manes de los grandes hombres que habian muerto en los combates, tal cual vemos que el Aquiles de Homero inmoló doce jóvenes troyanos á los manes de su amigo Patroclo; y cual vemos tambien en Virgilio, que Eneas envió á Evandro algunos cautivos para que fuesen sacrificados en los funerales de su hijo Palas. Porque habiendo parecido con el tiempo cosa muy bárbara y feroz matar á estos cautivos á manera de bestias, como nota M. Rollin, se dispuso que en lo sucesivo se batiesen mutuamente, de manera que empleasen toda su maña y habilidad en salvar su vida dando la muerte á su contrario. La primera vez que el espectáculo de los gladiadores fue presentado al pueblo romano asegura Valerio Máximo que fue en el año 488, cuando los dos hermanos D. y M. Bruto hicieron celebrar con mucha pompa y admirable ostentacion las honras fúnebres de su Padre. Y aunque al principio solo se celebraban estos espectáculos por la muerte de los hombres ilustres, pero fue tal la pasion que tenian por ellos los romanos, que se generalizaron muy pronto; de manera que aun los particulares señalaban en su testamento el número de gladiadores que habian de combatir para solemnizar su entierro: número que, aunque fue muy corto al principio, llegó despues á ser bien escesivo.

Aunque la institucion de los gladiadores no tuvo al principio, segun hemos visto, mas objeto que abolir la antigua costumbre de inmolar los prisioneros de guerra; pero con el tiempo se hizo como un arte ú oficio á que se dedicaban muchos voluntariamente: hombres que en el acto de alquilarse para combatir contra animales feroces se obligaban con juramento á portarse como buenos y leales gladiadores. Y esta especie de espectáculo, que en sus principios solo se dedicaba á la tristeza y al dolor, se hizo despues el objeto mas agradable de la diversion del pueblo. La muerte hacia una parte esencial de las diversiones antiguas: elle étoit la, dice con su acostumbrada elocuencia Mr. de Chateaubriand, pour contraste et pour rehaussement des plaisirs de la vie. A fin d'egager les repas, on faisoit venir des gladiateurs, avec des courtisanes et des joueurs de flúte. En sortant des bras d'un infame on alloit voir une bete feroce boire du sang humain: de la vue d'une prostitution, on passoit au spectacle des convulsions d'un homme expirant. Quel peuple, esclama aquel Filósofo, que céluilá, qui avoit placé l'opprobre á la naissance et á la mort, et élevé sur un théâtre les deux grands misteres de la nature, pour déshonorer d'un seul coup tout l'ouvrage de Dieu!

Antes de dar fin á esta nota, que podria considerablemente alargar sino temiera ser importuno ó molesto, ó si mi corazon padeciese menos cuando traigo á la memoria estos

sensibles y lastimosos extravíos de la especie humana; no puedo pasar en silencio la extrema ferocidad de los romanos que no sufría que los gladiadores, estas desgraciadas víctimas de su cruel alegría, diesen la menor señal de temor ó debilidad en el combate, aun cuando estuviesen heridos y la sangre saliese con abundancia de sus venas. Porque el pueblo entraba entonces en furor é indignacion, como lo asegura Séneca. Mátale, exclamaba, que le quemén, que le desuellen á latigazos. Que! se presenta al combate con aire tímido! no tiene valor de morir con gracia! Occide, ure, verbera. Quare tam timide incurrit in ferrum? quare parum audacter occidit? quare parum libenter moritur?

NOTA C, pág. 37.

La misma religion favoreció asi á los príncipes paganos para perpetuar á sus vasallos en la esclavitud. Et c'est ici la grande erreur de ceux qui louent le polythéisme d'avoir séparé les forces morales des forces religieuses, et qui blâment en même temps le christianisme d'avoir suivi un système opposé. Ils ne s'aperçoivent pas que le paganisme s'adressoit á un immense troupeau d'esclaves, que par conséquent il devoit craindre d'éclairer la race humaine, qu'il devoit tout donner aux sens, et ne rien faire pour l'éducation de l'âme: le christianisme, au contraire, qui vouloit détruire la servitude, dut révéler aux hommes la dignité de leur nature, et leur enseigner les dogmes de la raison et de la vertu. On peut dire que le culte évangélique est le culte d'un peuple libre, par cela seul qu'il unit la morale á la religion. Genie du Christianisme.

NOTA D, pág. 88.

Chose admirable! la religion chrétienne, qui ne semble avoir d'objet que la félicité de l'autre vie, fait encore notre bonheur dans celle-ci. Montesquieu, Esp. des Lois, Liv. XXXIV., ch. 3.

NOTA E, pág. 113.

Decian los antiguos poetas que las Furias eran tres hermanas llamadas Alecto, Tisiphone y Megera, hijas del Acheronte y de la Noche. Permítaseme copiar aqui lo que Demoustier cuenta de estas fingidas deidades en una de sus cartas á Emilia. On assure que ces trois soeurs sont vierges, et les amateurs présument qu'elles le seront encore quelque temps. Leur robe, souillée de sang, est tantôt noire, tantôt blanche; noire quand elles sont irritées, et alors on les appelle Némésés ou Erynnides; blanche quand elles s'apaisent, et alors on les nomme Euménides

Leur ministère ne se borne pas á châtier de leur fouet vengeur les ombres criminelles; souvent elles volent au séjour des vivants, planent sur la tête de l'homme coupable, et, portant dans son sein leurs flambeaux dévorants, elles commencent pour lui, sur la terre, les supplices éternels du Tartare.

De sinistres tableaux, de songes effroyables
Elles tourmentent son sommeil;
De souvenirs affreux, de spectres lamentables
Elles entourent son réveil.
Aux chants joyeux de l'Allégresse,
Aux ris de la Gaîté, aux accents du Plaisir,
Son coeur, prêt à s'épanouir,
Se resserre accablé da fardeau qui l'opresse:
Il voit, sans les goûter, les biens qu'il a perdus,
Et le Remords lui dit: Tu ne dormiras plus.

Le parricide Oreste offrit à la Grèce un exemple effrayant de la sévérité des Furies. Pour les apaiser, il bâtit, au fond de l'Arcadie, un temple dédié aux Furies noires. Il couronna leurs statues de safran et de narcisses; il couvrit leurs autels de fruits et de miel, leur immola une brebis noire, et consuma le corps de la victime sur un bûcher de cyprès, d'aubépine, d'aune et de genièvre. Les déesses implacables, touchées en fin de son repentir, lui apparurent vêtues de blanc; et soudain Oreste éleva un second temple en l'honneur des Furies blanches ou Euménides. Là, il les couronna d'olivier, leur sacrifia deux tourterelles, et fit, en leur honneur, une libation d'eau de fontaine, contenue dans des vases dont les anses étoient couvertes de laine d'agneau. Il évita scrupuleusement de leur offrir du vin ou d'autres liqueurs inflammables: d'après la connoissance qu'il avoit acquise de leur caractère, l'infortuné crut devoir ne leur présenter que des calmants.

Il y a peu de divinités dont le culte ait été aussi étendu que celui des Furies. La Crainte élève plus de temples que l'Amour. Les ministres du temple qu'elles avoient à Athènes, près de l'Aréopage, composoient un tribunal, devant lequel on ne pouvoit comparoître qu'après avoir juré sur l'autel des Euménides de dire la vérité.

Leur sanctuaire servoit d'asile aux criminels; mais souvent ils y éprouvoient un supplice plus horrible que celui qu'ils vouloient éviter. Près de la ville de Céryne, en Achaïe, à peine le coupable avoit-il posé le pied sur le seuil du temple des Furies, qu'un délire affreux s'emparoit de ses sens, et le faisoit passer, en un instant, de la fureur au désespoir, et du désespoir á la mort. Aussi n'osoit-on qu'en tremblant regarder le temple, ou prononcer le nom de ces divinités redoutables.

NOTA F, pág. 129.

Piragua: canoa grande en que se navega al remo: regularmente tiene treinta pies de largo y cuatro de ancho en el centro; termina en punta á los dos extremos, que están mas elevados

como quince pulgadas: está dividida por nueve bancos, detras de cada uno de los cuales hay ocho pulgadas de distancia, un poco mas alto que el banco unos palos como el brazo clavados en el costado para sostener las costillas: tienen dos árboles y dos velas cuadradas: cuando salen los indios en ellas á la mar para alguna espedicion de guerra solo llevan una ó dos mugeres en cada piragua para guisar; pero cuando van solo de viage embarcan toda su familia.

NOTA G, pág. 129.

Cocotero (*Muccifera cocos*): este árbol es muy alto y derecho, y siempre crece: tiene menos grueso en el centro que en las estremidades: echa primero fuera de tierra su principal raiz, que luego rodean otras muchas mas pequeñas, enlazadas unas con otras que fortalecen el árbol: este florece todos los meses, y siempre está cubierto de flores y de frutos en racimos que maduran sucesivamente unos despues de otros. Cuando el fruto está maduro tiene siete ú ocho pulgadas de diámetro en el medio, y diez ó doce de altura: no es perfectamente redondo, sino mas bien triangular: en él hay dos cosas que notar que son, la nuez y la corteza: esta, que cubre y rodea á aquella, se compone de fibras gruesas de una especie de hilaza muy adherente á la nuez, cubierta de una piel delgada, lisa y dura, de color verde, tanto mas pálido quanto está mas maduro. La nuez despojada de la corteza tiene de cuatro á cinco pulgadas de diámetro, y de siete á ocho de altura, cuatro ó cinco líneas de espesor en el medio, y seis ó siete en los extremos: es muy dura, de color oscuro con algunos filamentos grises mezclados de blanco: el extremo por donde está pegada al árbol tiene tres agujeros redondos de dos á tres líneas de diámetro que están cerrados y llenos de una materia gris esponjosa como el corcho, por las cuales segun las apariencias se nutre: cuando se destapan estas sale un licor blanco como el suero, dulce con una punta de agrio muy gustosa: mientras el coco es tierno, esto es, mucho antes de madurar está lleno de esta agua que se va disminuyendo á medida que madura: aserrado ó roto el coco, se halla revestido interiormente de una materia muy blanca, que antes de la perfecta madurez del fruto no tiene mas consistencia que la de leche cuajada y dos líneas de espesor, pero cuando está bien maduro tiene la de requeson, cinco líneas de grueso, y la misma blancura que la nieve: su gusto es muy agradable; compacta, fria y de difícil digestion. En este estado encierra muy poca agua, porque se ha ido congelando poco á poco, y sirviendo de nutrimento á la medula. En algunos se encuentra una bola como de algodón, que llaman esponja de coco y sin duda sobró de la uniforme nutricion, de la cual hacen un dulce muy esquisito y raro, porque se halla en pocos; pero el de la medula es muy comun: de la corteza del coco machacada hacen estopa. Hay mucha variedad de palmas y de cocos que se distinguen por el tamaño sin otra material diferencia.

NOTA H, pág. 129.

Aguay: árbol que se puede creer sea el *Cervera foliis ovatis* de Linneo y Ahovai de Bomare, cuyas hojas se parecen al laurel rosa de América: tiene la flor amarilla monopétala, cortada en cinco lobos oblicuos con cinco estambres y un pistilo: el fruto es de la figura de pera, y encierra una nuez oscura triangular y de mucha dureza, la cual traen los indios colgada de las piernas para hacer ruido unas con otras. El padre Labat llama á esta nuez de serpiente, pues dice que aplicando una cataplasma de ella cura la mordedura de este animal; pero Mr. Lemery dice que no concuerda la descripción que el citado Autor hace con los árboles que él vió. Los indios tapueyes usan la corteza de este árbol para hacer alpargatas.

NOTA I, pág. 129.

Maitén (*Maitenus boaria*): es un árbol grande de la clase dyandria mongogynia, hermosísimo y siempre verde, del reino de Chile, que nace espontaneamente en todas partes: su tronco no se eleva mas de treinta pies; pero las muchas ramas que arroja desde ocho ó diez de su altura forman una bellísima copa: sus hojas ya contrapuestas y ya alternadas son dentelladas y punteadas por ambos extremos, espesísimas, de un verde alegre y brillante, y de cerca de dos pulgadas de largo: lleva unas flores monopétalas, campaniformes, y de color purpureo; pero tan pequeñas que á muy poca distancia no se distinguen: estas flores cubren todas las ramas nuevas y ceden su lugar á una cápsula pequeña y redonda en la cual se encierra una simiente negra. La madera del maitén es dura y de un color naranjado, venada de rojo y verde; y el ganado vacuno apetece tanto sus hojas, que abandona cualquier otro pasto siempre que las encuentra, de modo que á no ser por los cercados y zanjas con que defienden los hacendados estos árboles, se habria estinguido ya su especie: es antídoto eficazísimo contra el veneno de otro árbol llamado lithy.

NOTA J, pág. 134.

Leon marino (*Phoca leonina*): tiene el cuerpo mas ágil, mas elegante y mas bien hecho que las demas phocas; y aunque tambien es cónico y su pelo de color amarillo claro, es corto desde las espaldas hasta la cola y largo en el cuello y en la cabeza como el de las cabras; esta clin muy visible le da alguna conformidad exterior con el leon africano, y un derecho exclusivo para llamarle leon marino, y no al que impropriamente se le dió el almirante Anson y adoptó Linneo. Los indios del reino de Chile le pusieron el de thopel-lame, que quiere decir lame guedejudo, porque no conocian al leon: se parece tambien á este en la hechura de la cabeza y aun en la nariz que es larga y aplanada, pero sin pelo desde la mitad de su largo hasta la estremidad: las orejas casi redondas se levantan como siete ú ocho líneas encima del cráneo: sus ojos muy vivos y alegres tienen las pupilas de color verdegai: le adornan el labio superior unos mostachos largos y blancos, iguales á los del tigre y de todas las phocas. La boca bien rasgada está guarnecida de treinta y cuatro

dientes tan blancos como el marfil, grandes y sólidos enteramente y que ocultan en sus alveolos las dos tercias partes de todo su largo: los incisivos tienen cuatro pulgadas, y de diámetro diez y ocho líneas; pero los colmillos no salen fuera como los de los lames, ni se diferencia la distribución de estos dientes de la de los uríes: los pies posteriores son palmados, y tienen la misma figura y número de dedos de estos: los anteriores son ternillosos y cortos respecto de la masa del cuerpo, dividiéndose hacia su estremidad en cinco dedos armados de garras y unidos entre sí con una membrana al modo de los de la phoca elephantina. Finalmente la cola, situada entre los pies posteriores, es negra y redonda, y apenas excede de un palmo de largo. La hembra, mucho mas pequeña que el macho, carece de guedeja como la leona, tiene dos pechos lo mismo que esta, y pare un hijo en cada parto, al cual da de mamar con señales de verdadera ternura. Algunos les dan hasta veinte y cinco pies de largo: estos animales son muy grasos y abundantes de sangre, se arrojan al mar luego que se sienten heridos, dejando detrás de sí encima del agua, conforme se van retirando, largos rastros de sangre que se distinguen desde lejos; y entonces los persiguen los lames y los uríes, y los destrozan y devoran, lo cual no sucede á estos con otros animales en igual caso.

DISERTACION CUARTA.

NOTA A, pág. 171.

Croiroit on le genre humain, esclama tambien con este objeto M. Rollin, susceptible d'un tel excés de fureur et de frenesie? Les hommes ne portent point communement dans leur propre fonds un renversement si universel de tout ce que la nature á de plus sacré. Immoler, égorger soimeme ses propes enfants, les jeter de sang-froid dans un brasier ardent, etuffer leurs cris et leurs gémissements, de peur qu'une victime offerte de mauvaise grace ne déplut á Saturne: quelle horreur! Histoire romaine.

NOTA B, pág. 173.

Entre los muchos casos de esta especie que nos ofrece la historia romana, bastará citar el siguiente. Jamas Roma desde que fue saqueada por los galos habia sentido un dolor y una consternación tan grande, como despues de la tan famosa quanto desgraciada batalla de Cannes, en la que perecieron cincuenta mil hombres por el orgullo y mala dirección y consejo del cónsul Varron. En los primeros momentos que sucedieron á esta deplorable y triste nueva oyéronse de todas partes grandes alaridos y llantos, acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos: los romanos se lamentaban á gritos de que ya no tenían ni campo, ni generales, ni soldados, y de que Anibal era dueño de las Apulias y del Samnio, y muy en breve lo seria de toda la Italia. No se veia en las calles sino mugeres llorando, que en el exceso del dolor y en la terrible desesperación que agitaba sus almas, se arrancaban los cabellos y laceraban el pecho: á los caballeros y senadores tristes y abatidos, y

devorados interiormente de un dolor que sin embargo que procuraban ocultarle, le manifestaba bastantemente su mismo silencio. ¡Que otra nacion no habria sucumbido con el peso de tantas calamidades! Pero el carácter romano subia siempre de punto en las desgracias; y en estas circunstancias tan tristes, los pretores Philo y Pomponio reunieron sin perder momento el Senado á fin de que se acordasen medidas enérgicas para la conservacion de Roma, porque no dudaban ellos de que Anibal atacaria prontamente la capital, con cuya pérdida se pondria fin de todo punto á la guerra y se consumaria la ruina de la república. Acordó pues el Senado ante todas cosas que los decemviro consultasen los libros de las Sibilas; y que O. Fabio Pictor fuese enviado á Delphos para saber de aquel famoso oráculo cuales fuesen las rogaciones y cuales los sacrificios poderosos de apaciguar la colera de los dioses en tan lamentable coyuntura; y mientras se esperaba la vuelta de Fabio Pictor, se practicaron algunos sacrificios extraordinarios, tales cuales se hallaron indicados en los libros sibilinos, y entre ellos lo fue el de dos galos y dos griegos, uno de cada secso, que enterraron vivos en un grande hoyo que habia en la plaza llamada de los Bueyes y cubrieron luego con gruesas piedras. No fue esta la primera vez que este lugar fue contaminado con sacrificios tan bárbaros y tan pocos dignos de los romanos, aunque muy usados de todas las naciones paganas. ¡Que idea, repito, tenian estas naciones de sus dioses para creer que la sangre humana fuese capaz de apagar su cólera! ¡Y como un pueblo que se preciaba de una gran suavidad y dulzura de costumbres podia entregarse á una supersticion tan cruel é inhumana!

DISERTACION SECSTA.

NOTA A, pág. 244.

Maguei (Agave americana): planta comun en toda la América, pero la mas útil y la mas estimada de los indios, porque de ella sacan agua, vino, vinagre, aceite, bálsamo, miel, vigas para sus casas, tejas, hilo para coser y hacer tejidos, y tallos para comer: es del mismo género que las pitas: las pencas á medio asar dan una porcion de zumo algo dulce, que puesto al fuego hasta que se haga jarabe se cree ser remedio eficacísimo para varias dolencias. Esta planta crece en cualquier parte, y asi abunda tanto; y su principal utilidad, ademas de la referida, es en Nueva España por la bebida llamada pulque que hacen de ella y de que dimos razon mas arriba.

NOTA B, pág. 251.

Huaca: entierro de los indios en tiempo de su gentilidad, que era el hueco de un montecillo artificial que hacian de figura cónica, en que ponian el cadáver sentado con todas sus alhajas y riquezas. Los españoles luego de la conquista dieron en abrirlas para sacar el oro y plata, y los indios por deslumbrarles en el parage que habia alguna hacian otras muchísimas iguales pero vacías.

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



editorial del cardo